

Madeleine L'Engle



UNA ARRUGA
EN EL
TIEMPO

GRANTRAVESÍA

Madeleine L'Engle



**UNA ARRUGA
EN EL
TIEMPO**

GRANTRAVESÍA

Madeleine L'Engle



UNA ARRUGA
EN EL
TIEMPO

GRANTRAVESÍA

Para Charles Wadsworth Camp y Wallace Collin Franklin

NOTA DEL EDITOR



La capacidad de arrugar el tiempo

Un libro también puede ser una estrella, 'material explosivo capaz de suscitar una nueva vida sin fin' un fuego vivo que ilumine la oscuridad y nos guíe a través de un universo en expansión.

Madeleine L'Engle (1918-2007)

A pesar de haberse traducido al español en varias ocasiones, Madeleine L'Engle, una de las fundamentales y más prolíficas escritoras estadounidenses de literatura juvenil, sigue siendo una gran desconocida para los lectores en nuestra lengua.

Quizá la razón de esto sea la dificultad que ella misma sufrió para ser publicada en su propio tiempo. *Una arruga en el tiempo* fue rechazado en trece ocasiones antes de que la editorial Farrar, Straus and Giroux se decidiera a publicarlo en 1962. No obstante, su editor, Hal Vursell, le advirtió a la autora: “Bueno, querida, no pretendemos desilusionarte, pero este libro no va a vender nada. Es demasiado complejo para los niños”. Más tarde la propia L'Engle escribió: “El problema no era que fuera demasiado complejo para los niños. Era demasiado complejo para los adultos”.

Lo que vino más tarde fue inesperado para todos, y sobre todo para la propia escritora. Después de que el libro fuera publicado, recibió el prestigioso premio Newbery Medal (1963), fue finalista del Hans Christian Anderson Award (1964) y en 1965 fue reconocido con el Sequoyah Award y el Lewis Carroll Shelf Award. Pero no sólo eso, hasta la fecha ha vendido más de catorce millones de ejemplares en Estados Unidos, ha sido traducido a más de treinta idiomas, ha sido adaptado al cine, llevado al teatro en forma de musical e incluso recientemente publicado como novela gráfica.

Pero ¿qué es lo que hace de este libro una de las piezas clave de la literatura juvenil de toda la historia? Realmente podría considerarse que lo que hizo Madeleine L'Engle fue adelantarse a su tiempo o, siguiendo su propia jerga, arrugar el tiempo y llevar el futuro al pasado y conseguir que hoy día siga vigente.

La historia de Meg y Charles Wallace, los hermanos Murry, y Calvin O'Keefe, es un profundo viaje espacio-temporal en busca del padre perdido de los Murry, un científico que desapareció sin dejar rastro mientras se hallaba trabajando en un curioso experimento llamado *teseracto*. Aquí es donde una adelantada Madeleine L'Engle se atrevió a hablar de física cuántica en un tiempo en el que la ciencia moderna era aún una desconocida, mucho más para una mujer de aquella época. En la historia, unos curiosos personajes poseedores de un nivel de conciencia superior conducen a nuestros tres jóvenes protagonistas a través del espacio para hacerles ver la amenaza que se cierne sobre la Tierra y sobre todo el universo. En el viaje les explican a los niños el concepto del tesseracto y de la realidad en que viven, formada no por tres o cuatro dimensiones, sino por muchas más.

Una de las características del estilo narrativo de L'Engle es la convivencia de unos diálogos

ingenuos y propios de la edad adolescente con unas temáticas elevadas y muy profundas. De decidido carácter religioso, Madeleine L'Engle también ha sufrido la persecución y la falta de entendimiento por su concepción de la espiritualidad, y *Una arruga en el tiempo* ha sido constantemente perseguido y censurado. También en este aspecto tiene un profundo papel la mordaz crítica política que se plantea en esta historia, de la que nos ocuparemos brevemente al final de esta introducción.

Dicho esto, *Una arruga en el tiempo* es sobre todo un libro protagonizado por tres chicos que sufren los complejos y sentimientos de inadaptación propios de su edad. Son vistos como bichos raros. Los únicos personajes “normales”, que son los hermanos gemelos de Meg y Charles, salen rápidamente de escena. Pero de alguna forma, lo que Madeleine L'Engle transmite es que esa rareza es también una parte de la identidad común de todos sus personajes (y por extensión de todas las personas), puesto que Calvin, el tercer protagonista de esta historia, es un joven popular en el bachillerato, inteligente y buen deportista, sin embargo es un inadaptado total dentro su familia, en la que no encaja su peculiar sensibilidad. Incluso los gemelos de los que hablábamos anteriormente, también son unos bichos raros en una familia de genios científicos e inventores. De alguna forma, lo que plantea L'Engle en esta novela y en toda su obra es cómo la rareza del paso de la edad joven a la edad adulta es común para todos. A todo el mundo se le dificulta en algún momento hallar una supuesta normalidad, encajar en ambientes o con personas que admiramos, o simplemente armonizarnos con las expectativas que tenemos de nosotros mismos. Pero si a algo alienta Madeleine L'Engle a los jóvenes es a ser valientes, a ir más allá de sus propios límites y a no dejarse llevar por el miedo, sino por lo que sienten en sus corazones.

Una edición muy especial

A raíz de la investigación que Charlotte Jones Voiklis, nieta y heredera de la obra de Madeleine L'Engle, hizo de las notas y borradores de *Una arruga en el tiempo*, salió a la luz un fragmento inédito que la autora nunca incluyó en la novela original. Aunque dicho fragmento fue ya publicado por *The Wall Street Journal* en abril de 2015, es la primera vez que se incluye en una edición del libro en cualquier idioma.

A pesar de que se trata de un fragmento de pocas páginas, es una prueba muy interesante de la visión política de esta obra. Muchos habían interpretado que el pasaje que se desarrolla en el planeta Camazotz, dominado por una maligna fuerza cerebral, era una crítica encubierta a los regímenes totalitarios de la época, en particular del comunismo soviético. Sin embargo, en estas líneas queda patente que la crítica de L'Engle es mucho más extensa y abarca también a regímenes democráticos y capitalistas. En el fondo trasciende todo eso y lo que hace es explorar los peligros del conformismo, de la búsqueda de una seguridad artificiosa que se apropie de la verdadera libertad de expresión y pensamiento; y prácticamente anticipa un muy verosímil escenario en el que el miedo a perder la seguridad y el bienestar han convertido al hombre en un instrumento mecánico del intelecto.

Ponemos como colofón unas palabras de la propia autora que nos ayudan a entender mejor su aguda percepción de la realidad humana: “Cuando éramos niños, solíamos pensar que cuando fuéramos adultos dejaríamos de ser vulnerables. Pero crecer es aceptar nuestra vulnerabilidad...”

Estar vivo es ser vulnerable”.



UNO

La señora Qué



Era una noche oscura y tormentosa.

En su habitación del altillo Margaret Murry, envuelta en una vieja colcha de retazos multicolores, se sentó a los pies de su cama y miró los árboles sacudirse con los furiosos azotes del viento. Detrás de los árboles, las nubes cruzaban el cielo frenéticamente. La luna se colaba a través de ellas intermitentemente, creando sombras espectrales que se proyectaban en el suelo.

La casa se sacudió.

Envuelta en su colcha, Meg se estremeció.

Por lo general, ella no le tenía miedo al tiempo. “No se trata sólo del clima”, pensó. “Es el tiempo además del resto. Además de mí. Además de Meg Murry que lo hace todo mal.”

La escuela. La escuela le iba fatal. Había sido relegada a la sección más baja de su curso. Esa mañana uno de sus profesores le había dicho de mal humor: “De verdad, Meg. No entiendo cómo una niña con unos padres tan brillantes, como se supone que son los tuyos, puede ser una estudiante tan mediocre. Si no logras mejorar, el año próximo tendrás que repetir curso”.

Durante el almuerzo había formado un pequeño alboroto para tratar de sentirse mejor, y una de las chicas le había dicho con desdén: “Al fin y al cabo, Meg, ya no somos niños de parvulario. ¿Por qué actúas siempre de un modo tan infantil?”.

Y para rematar, cuando iba de regreso a casa caminando con los brazos llenos de libros, uno de los chicos le había dicho algo acerca de su “hermanito retrasado”. En ese momento, ella había arrojado los libros a un lado del camino para abalanzarse con todas sus fuerzas sobre él, lo cual provocó que llegara a casa con la blusa rota y un gran moretón debajo del ojo.

Sandy y Dennys, sus hermanos gemelos de diez años de edad que habían llegado de la escuela una hora antes, se mostraron disgustados con ella: “Déjanos pelear a nosotros cuando sea necesario”, le habían dicho.

“Una delincuente, eso es lo que soy”, pensó con gravedad. “Eso es lo que van a decir ahora. Mamá no. Pero ellos sí. Todos los demás. Ojalá papá...”

Pero no le era posible pensar en su padre sin correr el riesgo de echarse a llorar. Sólo su madre podía hablar sobre él de una forma natural y decir: “Cuando regrese tu padre...”.

¿Regresar de dónde? ¿Y cuándo? Seguramente su madre debe saber lo que dice la gente, debe estar al tanto de los despiadados chismes que cuchichean con aire de suficiencia. Sin ninguna duda deben hacerle tanto daño como a Meg. Pero si es así, ella no lo muestra exteriormente. Nada turba la serenidad de su expresión.

“¿Por qué no puedo ocultarlo yo también?”, pensó Meg. “¿Por qué siempre tengo que *mostrar* mis sentimientos?”

La ventana se sacudía fuertemente con el viento y ella se aferró a la colcha. Acurrucado en una de sus almohadas, un peludo gatito gris bostezó, mostró su lengua rosada, hundió su cabeza debajo de ellas otra vez, y volvió a quedarse dormido.

Todo el mundo duerme. Todo el mundo excepto Meg. Incluso Charles Wallace, el “hermanito retrasado” que tenía una extraña habilidad para saber cuándo ella estaba despierta y se sentía triste, y que acudía tantas noches de puntillas por las escaleras del altillo para estar con ella, incluso Charles Wallace dormía.

¿Cómo podían dormir? Hubo alertas de huracán en la radio durante todo el día. ¿Cómo podían abandonarla en el altillo, en esa cama de latón desvencijada, sabiendo que el techo podía ser arrancado de la casa y que ella sería arrojada en mitad de la noche para aterrizar quién sabe dónde?

Su temblor creció incontrolablemente.

“Tú quisiste el dormitorio del altillo”, se respondió ella violentamente. “Mamá te dejó quedarte con él porque eres la mayor. Es un privilegio, no un castigo.”

—Durante un huracán no, no es un privilegio —dijo ella en voz alta. Lanzó la colcha a los pies de la cama y se levantó. El gatito se estiró perezosamente y la miró con sus enormes e inocentes ojos.

—Vuélvete a dormir —dijo Meg—. Da gracias de que eres un gatito y no un monstruo como yo —ella se miró en el espejo del armario e hizo una mueca horrible, dejando al descubierto una boca llena de dientes cubiertos por un aparato dental. Automáticamente se colocó las gafas, se pasó los dedos por su cabello de color parduzco como el de un ratón, de manera que se quedó rebeldemente de punta, y dejó escapar un suspiro casi tan ruidoso como el viento.

Sentía frío en los pies al caminar por los desnudos pisos de madera. El viento se colaba a través de las grietas del marco de la ventana, a pesar de la protección que se suponía que tenía que ofrecer el bastidor adicional. Sentía el aullido del viento a través de las chimeneas. Escaleras abajo oyó a Fortinbras, el enorme perro negro, que comenzaba a ladrar. Debe estar también asustado. ¿A qué le estará ladrando? Fortinbras nunca ladra sin razón.

De pronto recordó que cuando ella había ido a la oficina de correos para recoger la correspondencia escuchó hablar acerca de un vagabundo que se suponía que le había robado doce sábanas a la señora Buncombe, la esposa del agente de policía. No lo habían capturado, y tal vez se dirigía a casa de los Murry en estos momentos, aislada en un camino poco transitado como estaba; y esta vez quizás estaría buscando algo más que sábanas. En ese momento, Meg no le había prestado mucha atención a la charla sobre el vagabundo, ya que la empleada de correos, con una sonrisa empalagosa, le había preguntado si había recibido noticias de su padre últimamente.

Ella abandonó su pequeña habitación y se dirigió a través de las sombras del altillo principal, chocando contra la mesa de ping-pong. “Además del resto, ahora voy a tener una contusión en la cadera”, pensó ella.

Luego tropezó con su vieja casa de muñecas, con el caballito de madera de Charles Wallace y

con los trenes eléctricos de los gemelos.

—¿Por qué tiene que pasarme todo a mí? —le preguntó a un gran oso de peluche.

A los pies de la escalera del altillo se quedó quieta y aguzó el oído. No se oía nada proveniente de la habitación de Charles Wallace que se encontraba a su derecha. A la izquierda, en la habitación de sus padres, tampoco se percibía ni un susurro de su madre durmiendo sola en la enorme cama matrimonial. Se acercó de puntillas por el pasillo hasta la habitación de los gemelos, colocándose de nuevo las gafas como si pudieran ayudarla a ver mejor en la oscuridad. Dennys roncaba. Sandy masculló algo sobre beisbol y volvió a quedarse dormido. Los gemelos no tenían problemas. No eran grandes estudiantes, pero tampoco eran malos. Se sentían satisfechos sacando notable promedio en sus calificaciones y de vez en cuando consiguiendo un sobresaliente o un bien. Eran fuertes, veloces y buenos deportistas, y cuando se hacían comentarios burlones acerca de algún miembro de la familia Murry, nunca eran sobre Sandy y Dennys.

Salió de la habitación de los gemelos y descendió por las escaleras, evitando el crujido del séptimo peldaño. Fortinbras había dejado de ladrar. No se trataba del vagabundo entonces. Fort seguiría ladrando si hubiera alguien merodeando por allí.

“Pero ¿suponiendo que *sí* se tratara del vagabundo? ¿Suponiendo que tuviera un cuchillo? Nadie vivía lo suficientemente cerca para oírnos gritar, gritar y gritar. A nadie le importaría de todos modos”.

“Voy a prepararme un chocolate caliente”, decidió. “Eso me animará, y si el techo sale volando por los aires, por lo menos no saldré disparada con él.”

En la cocina había ya una luz encendida y Charles Wallace estaba sentado a la mesa tomando leche y comiendo pan con mermelada. Tenía un aspecto tan pequeño y vulnerable sentado allí solo en la enorme cocina pasada de moda, un niño rubio vestido con un pijama de color azul desteñido, y con los pies balanceándose al menos a quince centímetros por encima del suelo.

—Hola —dijo él alegremente—. Te estaba esperando —bajo la mesa desde donde estaba recostado a los pies de Charles Wallace con la esperanza de atrapar alguna migaja, Fortinbras levantó su esbelta cabeza negra en señal de saludo a Meg, y su cola golpeteó contra el suelo. Fortinbras había llegado una noche de invierno a la puerta de su casa siendo todavía un cachorro, escuálido y abandonado. Era, según lo había decidido el padre de Meg, mitad setter inglés y mitad galgo, y poseía una esbelta belleza oscura que le era totalmente característica.

—¿Por qué no has venido al altillo? —le preguntó Meg a su hermano, hablándole como si tuviera, al menos, su misma edad—. Estaba muerta de miedo.

—Hace demasiado viento para estar en ese ático tuyo —respondió el niño—. Además, sabía que bajarías. He puesto un poco de leche a calentar pensando en ti. Ya debe de estar lista.

¿Cómo sabía siempre Charles Wallace lo que ella iba a hacer? ¿Cómo podía adivinarlo? Él nunca sabía (o al menos parecía no importarle) en qué pensaban Dennys o Sandy. Eran las mentes de su madre y la de Meg las que él sondeaba con una precisión aterradora.

¿Sería el miedo la razón por la cual la gente murmuraba acerca del hijo menor de los Murry, que según se decía no era muy listo? “He oído que las personas inteligentes a menudo tienen hijos retrasados”, escuchó por casualidad Meg una vez. “Los dos chicos parecen ser buenos,

niños normales, pero esa chica tan poco agraciada y el más pequeño, desde luego no lo son.”

Era cierto que Charles Wallace rara vez hablaba cuando había gente delante, por lo cual muchos pensaban que no había aprendido a hacerlo. Y era también cierto que no había hablado absolutamente nada hasta casi los cuatro años de edad. Meg enrojecía de furia cuando la gente lo miraba y chasqueaba con la lengua, moviendo la cabeza con lástima.

“No te preocupes por Charles Wallace, Meg”, le había dicho su padre una vez. Meg lo recordaba muy claramente porque ocurrió justo antes de que él se marchara. “A su mente no le sucede nada. Simplemente, él hace las cosas a su manera y a su propio ritmo.”

“No quiero que crezca y se convierta en un tonto como yo”, le había respondido Meg.

“Oh, cariño, tú no eres tonta”, respondió su padre. “Eres como Charles Wallace. Tu desarrollo tiene que ir a su propio ritmo. Sencillamente no es el mismo de los demás.”

“¿Cómo lo *sabes*?”, le había inquirido Meg. “¿Cómo *sabes* que no soy tonta? ¿No lo dirás sólo porque me quieres?”

“Te quiero, pero ésa no es la razón por la cual lo digo. Mamá y yo les hicimos una serie de pruebas, ya lo sabes.”

Sí, en efecto, era cierto. Meg se había dado cuenta de que algunos de los “juegos” que sus padres practicaban con ella eran una especie de tests de inteligencia, y que lo habían hecho más con ella y con Charles Wallace que con los gemelos.

“¿Te refieres a las pruebas de coeficiente intelectual?”

“Sí, por mencionar algunas de ellas.”

“¿Mi coeficiente intelectual es normal?”

“Más que normal.”

“¿Cuál es?”

“Eso no voy a decírtelo. Pero sí me asegura que cuando crezcan, tanto tú como Charles Wallace, serán capaces de hacer casi todo lo que se propongan en sus vidas. Sólo tienes que aguardar a que Charles Wallace empiece a hablar. Ya lo verás.”

Cuán acertado había estado acerca de ello, a pesar de haberse marchado antes de que Charles Wallace comenzara a hablar usando frases completas, de pronto, sin ninguno de los preliminares habituales de los bebés. ¡Lo orgulloso que se habría sentido!

—Será mejor que le eches un vistazo a la leche —le dijo Charles Wallace a Meg en ese momento, con una dicción mucho más clara y concisa que la de la mayoría de los niños de cinco años de edad—. Sabes que no te gusta cuando le sale nata en la parte superior.

—Has puesto más del doble de la leche necesaria —Meg se asomó a la cacerola.

Charles Wallace asintió serenamente:

—Pensé que también a mamá le gustaría tomar un poco.

—¿Qué es lo que me gustaría? —preguntó una voz, y allí estaba su madre de pie ante la puerta.

—Un chocolate caliente —respondió Charles Wallace—. ¿Te apetece también un sándwich de paté con queso? Si quieres te lo preparo.

—Me encantaría —respondió la señora Murry—, pero puedo preparármelo yo, no te preocupes.

—No hay ningún problema —Charles Wallace se deslizó de su silla y se dirigió al refrigerador, caminando sin hacer ruido con los pies acolchados por su pijama como si fueran los de un gato—. ¿Y tú, Meg? —preguntó él—. ¿Quieres un sándwich?

—Sí, por favor —respondió ella—. Pero no de paté. ¿Quedan tomates?

Charles Wallace miró en el cajón de las verduras:

—Queda uno. ¿Puedo utilizarlo para el sándwich de Meg, mamá?

—¿Qué mejor uso podría dársele? —sonrió la señora Murry—. Pero no hables tan alto, por favor, Charles. A menos que quieras que bajen también los gemelos.

—Quedémonos en exclusiva —dijo Charles Wallace—. Ésa es mi nueva palabra de hoy. Impresionante, ¿verdad?

—Prodigiosa —dijo la señora Murry—. Ven, Meg, déjame examinar ese moretón.

Meg se arrodilló a los pies de su madre. El calor y la luz de la cocina la habían relajado tanto que los miedos que le habían aflorado en el altillo habían desaparecido. El cacao humeaba aromáticamente en la cacerola; los geranios que había en los marcos de las ventanas estaban en flor y había un ramo de pequeños crisantemos amarillos en el centro de la mesa. Las cortinas rojas con un estampado geométrico azul y verde estaban descorridas y parecían reflejar su alegría a través de toda la habitación. El horno ronroneó como un gran animal soñoliento; las luces brillaban con un fulgor constante; afuera, solo en la oscuridad, el viento aún azotaba la casa, pero el airado poder que había asustado a Meg mientras se hallaba sola en el altillo se disipó con el familiar sosiego de la cocina. Bajo la silla de la señora Murry, Fortinbras dejó escapar un suspiro de satisfacción.

La señora Murry tocó suavemente la mejilla amoratada de Meg. Meg miró a su madre, entre admirada y hoscamente resentida con ella. No resultaba una ventaja tener una madre que, además de ser científica, fuera también una belleza. El pelo rojo encendido de la señora Murry, su piel tersa y sus ojos violáceos con sus largas pestañas oscuras, la hacían parecer aún más espectacular en comparación con la escandalosa falta de atractivo de Meg. El pelo de Meg era pasable mientras lo llevó recogido en trenzas. Hasta que se lo cortó cuando entró en la escuela, y ahora ella y su madre luchaban para dominarlo, pero un lado salía rizado y el otro liso, por lo que su aspecto era aún menos atractivo que antes.

—No conoces el significado de la palabra moderación, ¿verdad, querida? —interrogó la señora Murry—. Me pregunto si alguna vez aprenderás a alcanzar el justo término medio. Es una fea contusión la que te ha causado el chico de los Henderson. Por cierto, poco después de que te fueras a la cama su madre llamó para quejarse acerca de cuánto daño le habías hecho a su hijo. Le dije que ya que él es un año mayor y, al menos, doce kilos más pesado que tú, creía que era yo quien debía quejarse. Pero ella parecía pensar que todo fuera culpa tuya.

—Supongo que depende de cómo se mire —dijo Meg—. Por lo general, pase lo que pase, la gente piensa que es culpa mía, aunque no tenga absolutamente nada que ver con ello. No obstante, lo lamento, esta vez sí quise pelearme con él. Ha sido una semana horrible. Y me siento fatal.

La señora Murry acarició la greñuda cabeza de Meg:

—¿Sabes por qué?

—*Odio* ser un bicho raro —respondió Meg—. Es difícil también para Sandy y Dennys. No sé si realmente son como todo el mundo, o si es que simplemente son capaces de fingir que lo son. Yo trato de fingir, pero no me sirve de nada.

—Eres demasiado sincera para fingir lo que no eres —dijo la señora Murry—. Lo siento, Meglet. Tal vez si papá estuviera aquí él podría ayudarte, pero no creo que yo pueda hacer nada hasta que pase un poco más de tiempo. Entonces las cosas te resultarán más sencillas. Pero esto no te sirve de mucho ahora, ¿verdad?

—Tal vez si no tuviera un aspecto tan repulsivo, tal vez si fuera tan guapa como tú.

—Mamá no es guapa, es hermosa —declaró Charles Wallace mientras untaba el paté—. Por tanto, apuesto a que era horrible a tu edad.

—Cuánta razón tienes —dijo la señora Murry—. Date sólo un poco de tiempo, Meg.

—¿Quieres lechuga en el sándwich, mamá? —preguntó Charles Wallace.

—No, gracias.

Cortó el sándwich en porciones, lo colocó en un plato y lo puso delante de su madre diciendo:

—El tuyo estará listo dentro de un momento, Meg. Creo que hablaré sobre ti con la señora Qué.

—¿Quién es la señora Qué? —preguntó Meg.

—Creo que quiero ser exclusivo sobre este asunto durante un tiempo —dijo Charles Wallace—. ¿Sal de cebolla?

—Sí, por favor.

—¿Qué significa eso de “señora Qué”? —preguntó la señora Murry.

—Es su nombre —respondió Charles Wallace—. ¿Se acuerdan de la antigua casa de tejas viejas que hay en el bosque a la cual los niños no se acercan porque dicen que está encantada? Allí es donde viven ellas.

—¿Ellas?

—La señora Qué y sus dos amigas. Un par de días atrás estaba afuera con Fortinbras mientras tú y los gemelos estaban en la escuela, Meg. Nos gusta pasear por el bosque, y de repente él echó a correr tras una ardilla y yo eché a correr tras él hasta que terminamos cerca de la casa encantada; por lo tanto, se podría decir que las conocimos por accidente.

—Pero nadie vive allí —dijo Meg.

—La señora Qué y sus amigas sí. Son muy agradables.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —preguntó la señora Murry—. Además, sabes que no debes salir fuera de nuestra propiedad sin permiso, Charles.

—Lo sé —dijo Charles—. Ésa es una de las razones por la cual no te lo había dicho. Simplemente corrí tras Fortinbras sin pensar. Y entonces decidí, bueno, que de todos modos será mejor reservarlas para una emergencia.

Una ráfaga de viento golpeó contra la casa y la sacudió, y de repente la lluvia comenzó a embestir las ventanas.

—No me gusta este viento —dijo Meg nerviosamente.

—Perderemos algunas tejas del techo, eso está claro —dijo la señora Murry—. Pero esta casa se ha mantenido en pie durante casi doscientos años y creo que durará un poco más, Meg. Ha

habido muchos vientos fuertes en lo alto de esta colina.

—¡Pero esto es un huracán! —se lamentó Meg—. ¡La radio dijo que era un huracán!

—Es octubre —dijo la señora Murry—. Ha habido tormentas en octubre también en el pasado.

En el momento en el que Charles Wallace le dio a Meg su sándwich, Fortinbras salió de debajo de la mesa. Emitió un largo y grave gruñido, y pudieron ver cómo se erizaba el oscuro pelaje de su lomo. Meg sintió que se le erizaba su propia piel.

—¿Qué pasa? —preguntó con ansiedad.

Fortinbras se quedó mirando la puerta que conducía al laboratorio de la señora Murry que estaba en el antiguo establo de piedra justo al lado de la cocina. Más allá del laboratorio, una despensa conducía al exterior, aunque la señora Murry había hecho todo lo posible por convencer a su familia de entrar en la casa por la puerta del garaje o por la puerta principal y no a través de su laboratorio. Pero era a la puerta del laboratorio y no a la de garaje a la cual estaba gruñendo Fortinbras.

—No has dejado ningún producto químico nauseabundo cocinándose sobre el mechero Bunsen, * ¿verdad, mamá? —preguntó Charles Wallace.

La señora Murry se puso de pie:

—No. Pero de todos modos creo que será mejor que vaya a ver qué es lo que inquieta a Fort.

—Es el vagabundo, estoy segura de que es el vagabundo —dijo Meg nerviosamente.

—¿Qué vagabundo? —preguntó Charles Wallace.

—Esta tarde dijeron en la oficina de correos que un vagabundo robó todas las sábanas de la señora Buncombe.

—Entonces es mejor que nos sentemos sobre las fundas de las almohadas —dijo despreocupadamente la señora Murry—. No creo que ni siquiera un vagabundo esté afuera en una noche como ésta, Meg.

—Pero probablemente por eso es que *está* afuera —se lamentó Meg—, tratando de encontrar un lugar para *no* estar al descubierto.

—En ese caso, le ofreceré quedarse en el establo hasta mañana —la señora Murry se fue rápidamente hacia la puerta.

—Iré contigo —la voz de Meg sonó estridente.

—No, Meg, tú te quedas con Charles y te comes tu sándwich.

—¡Comer! —exclamó Meg cuando la señora Murry salió por el laboratorio—. ¿Cómo espera que coma?

—Mamá sabe cuidarse a sí misma —dijo Charles—. Físicamente, quiero decir —pero él se sentó a la mesa en la silla de su padre y las piernas comenzaron a golpear los travesaños; y Charles Wallace, a diferencia de la mayoría de los niños pequeños, tenía la capacidad de quedarse quieto.

Después de unos momentos que a Meg le parecieron una eternidad, la señora Murry regresó, dejando la puerta abierta. ¿Era el vagabundo? Parecía pequeño para la idea que Meg tenía de un vagabundo. La edad o el sexo resultaban imposibles de adivinar, puesto que estaba completamente envuelto entre ropajes. Llevaba varios pañuelos de colores atados sobre la

cabeza, y un sombrero de fieltro de caballero encajado en lo alto. Una estola de color rosa estridente estaba anudada sobre un tosco abrigo, y sus pies estaban cubiertos por unas botas de plástico negro.

—La señora Qué —dijo Charles recelosamente—. ¿Qué está haciendo aquí? ¿Y a esta hora de la noche?

—No te preocupes, tesoro —una voz brotó de entre la estola, las bufandas, el sombrero y el cuello levantado del abrigo; una voz que sonaba como una puerta sin aceitar, pero que, por alguna razón, no resultaba desagradable.

—La señora, ejem, Qué, dice que se ha perdido —informó la señora Murry—. ¿Le apetece un poco de chocolate caliente, señora Qué?

—Encantada, por supuesto —respondió la señora Qué, quitándose el sombrero y la estola—. No es tanto que me haya perdido como el hecho de que he sido desviada de mi camino. Y cuando me di cuenta de que estaba cerca de la casa del pequeño Charles Wallace, pensé en pasar y descansar un poco antes de proseguir mi marcha.

—¿Cómo sabía que ésta era la casa de Charles Wallace? —preguntó Meg.

—Por el olor —la señora Qué se desató una bufanda azul y verde de cachemira, otra con un estampado de flores de color rojo y amarillo, otra con un estampado dorado y un pañuelo rojo y negro. Bajo todo esto se escondía un ralo cabello de color gris recogido en un pequeño pero ordenado moño en la parte superior de su cabeza. Tenía los ojos brillantes, la nariz chata y suave, y la boca arrugada como una manzana pasada—. ¡Caramba! Pero aquí se está estupendamente y calentito —dijo ella.

—Siéntese —la señora Murry le ofreció una silla—. ¿Le apetece un sándwich, señora Qué? Yo estoy tomando uno de paté y queso; Charles está comiendo pan con mermelada; y Meg, uno de lechuga y tomate.

—Déjeme pensar —reflexionó la señora Qué—. Tengo una especial predilección por el caviar ruso.

—¡Ha estado figoneando! —exclamó Charles indignado—. El caviar lo estamos reservando para el cumpleaños de mamá y no puede comérselo usted.

La señora Qué dejó escapar un profundo y lastimoso suspiro.

—No —dijo Charles—. No debes ceder ante ella, mamá, o me enfadaré mucho. ¿Qué le parece uno de ensalada con atún?

—Muy bien —respondió sumisamente la señora Qué.

—Yo lo prepararé —se ofreció Meg, yendo a la despensa por una lata de atún.

“Por el amor de Dios”, pensó ella. “Esta vieja irrumpe en nuestra casa en mitad de la noche y mamá se lo toma como si fuera lo más normal del mundo. Apuesto a que ella *es* el vagabundo. Apuesto a que *fue* ella quien robó esas sábanas. Y desde luego que no es alguien con quien Charles Wallace debería tener amistad alguna, sobre todo porque él ni siquiera es capaz de hablar con gente común y corriente.”

—Llevo poco tiempo viviendo en este vecindario —dijo la señora Qué cuando Meg apagó la luz de la despensa y volvió a entrar en la cocina con el atún—, y estaba convencida de que no iba a simpatizar con los vecinos hasta que el pequeño y encantador Charles vino con su perro.

—Señora Qué —reclamó Charles Wallace severamente—, ¿por qué robó las sábanas de la señora Buncombe?

—Pues porque las *necesitaba*, querido Charles.

—Debe devolverlas inmediatamente.

—Pero Charles, querido, no puedo hacerlo. Ya las he *usado*.

—Eso ha estado muy mal por su parte —la regañó Charles Wallace—. Si tanto necesitaba esas sábanas, debería habérmelo preguntado a mí.

La señora Qué sacudió la cabeza y chasqueó la lengua:

—Ustedes no pueden prescindir de ninguna sábana, pero la señora Buncombe sí.

Meg cortó un poco de apio y lo mezcló con el atún. Después de un momento de vacilación, abrió la puerta del refrigerador y sacó un frasco de pepinillos. “La verdad es que no sé por qué le estoy preparando esto”, pensó, mientras los cortaba. “No me fio ni un pelo de ella.”

—Dile a tu hermana que soy de fiar —le dijo la señora Qué a Charles—. Dile que mis intenciones son buenas.

—El camino del infierno está empedrado de buenas intenciones —recitó Charles.

—¡Oh, cielos!, ¿verdad que es ingenioso? —le sonrió la señora Qué con cariño—. Menos mal que hay alguien que lo entiende.

—Pero me temo que no es así —dijo la señora Murry—. Ninguno de nosotros comprende lo suficiente a Charles.

—Pero al menos usted no trata de anularlo —asintió la señora Qué vigorosamente con la cabeza—. Le permite que sea él mismo.

—Aquí tiene su sándwich —dijo Meg, dándoselo a la señora Qué.

—¿Les importa si me quito las botas antes de comer? —preguntó la señora Qué, agarrando el sándwich a pesar de eso—. Escuchen —movió sus pies arriba y abajo dentro de sus botas, y ellos pudieron oír el chapoteo del agua—. Tengo los pies empapados. El problema es que estas botas me quedan ligeramente apretadas, y nunca soy capaz de quitármelas yo sola.

—Yo la ayudaré —se ofreció Charles.

—Tú no. No eres lo suficientemente fuerte.

—Yo la ayudaré —la señora Murry se puso en cuclillas a los pies de la señora Qué tirando de una de las resbaladizas botas. Cuando la bota salió, lo hizo de improviso. La señora Murry se sentó de un golpe. La señora Qué cayó dando con la silla en el suelo, mientras sostenía el sándwich con la mano en alto. El agua salió de la bota y se desparramó por el suelo, mojando la gran alfombra trenzada.

—¡Oh, cielos! —dijo la señora Qué, recostada de espaldas en la silla volcada y con los pies en el aire: uno cubierto por un calcetín a rayas rojas y blancas, y el otro todavía con la bota puesta.

La señora Murry se puso en pie:

—¿Se encuentra bien, señora Qué?

—Si tiene alguna pomada para el dolor, me la aplicaré allá donde la espalda pierde su honorable nombre —dijo la señora Qué, descansando sobre su espalda—. Creo que me he hecho un esguince. Un poco de esencia de clavo bien mezclada con ajo es un remedio bastante efectivo

—y en ese momento le pegó un buen bocado a su sándwich.

—Por favor, levántese —dijo Charles—. No me gusta verla ahí, tirada de esa forma. Está llevando las cosas demasiado lejos.

—¿Alguna vez has tratado de ponerte en pie con un esguince de tobillo? —pero la señora Qué se enderezó, colocó la silla, y luego volvió a sentarse en el suelo con el pie atascado en la bota delante de ella, y pegó otro bocado. Se movía con mucha agilidad para ser una mujer mayor. Al menos, Meg estaba bastante segura de que era mayor, y seguramente, muy mayor.

Con la boca llena, la señora Qué le ordenó a la señora Murry:

—Ahora jale mientras aún estoy en el suelo.

Muy tranquilamente, como si esta vieja mujer y sus botas no fueran nada del otro mundo, la señora Murry tiró hasta que la segunda bota liberó el pie. Este otro pie estaba cubierto con un calcetín azul y gris a rombos, y la señora Qué, sentada allí, moviendo los dedos del pie, se terminó su sándwich plácidamente antes de incorporarse.

—¡Ah! —dijo ella—. Esto está mucho mejor —y tomó ambas botas y las escurrió sobre el fregadero—. Mi estómago está lleno, y me he calentado por dentro y por fuera, así que es hora de que me vaya a casa.

—¿No cree que es mejor que se quede hasta mañana? —preguntó la señora Murry.

—Oh, gracias, querida, pero hay *tanto* que hacer que no puedo malgastar el tiempo sentándome por ahí frívolamente.

—Es una noche demasiado tormentosa para estar fuera.

—Las noches tormentosas son mi especialidad —dijo la señora Qué—. Simplemente arremetió contra mí una corriente de aire que me desvió de mi camino.

—De acuerdo, pero al menos hasta que se sequen sus calcetines.

—Los calcetines mojados no me molestan. Lo que no me gusta es el chapoteo del agua dentro de las botas. Así que no te preocupes por mí, corderita —uno no pensaría en emplear la palabra corderita para llamar a la señora Murry—. Me sentaré un momento, me ajustaré las botas y me pondré en marcha. Por cierto, hablando de poner algo en marcha, claro que *existe* una cosa llamada taseracto.

La señora Murry palideció de repente y con una mano alcanzó el respaldo y se agarró a la silla para apoyarse. Su voz temblaba:

—¿Qué ha dicho?

La señora Qué tiró de su segunda bota.

—He dicho —gruñó ella, empujando su pie hacia dentro— que claro que existe —empujón— una cosa —empujón— llamada taseracto —su pie se introdujo en la bota, y agarrando los pañuelos, las bufandas y el sombrero, se apresuró hacia la puerta. La señora Murry se quedó muy quieta, sin hacer ningún movimiento para ayudar a la anciana. Al abrirse la puerta, Fortinbras entró como un rayo, jadeando, mojado y brillante como una foca. Miró a la señora Murry y gimió.

La puerta se cerró de golpe.

—Mamá, ¿qué te pasa? —exclamó Meg—. ¿Qué ha dicho? ¿Qué es eso?

—El taseracto —susurró la señora Murry—. ¿A qué se refería? ¿Cómo podría ella saberlo?



* El mechero Bunsen es un instrumento utilizado en los laboratorios científicos para calentar o esterilizar muestras o reactivos químicos.

DOS

La señora Quién



Cuando Meg se despertó con el tintineo de su despertador, el viento seguía soplando pero el sol brillaba; lo peor de la tormenta ya había pasado. Se sentó en la cama y sacudió la cabeza para despejarse.

Debe haber sido un sueño. Anoche estaba asustada por la tormenta y preocupada por lo que había oído del vagabundo, de modo que ella había soñado que bajaba a la cocina y veía a la señora Qué, y que su madre se asustaba y preocupaba al oír esa palabra: ¿cómo era? Tes..., tes algo.

Se vistió a toda prisa, levantó al gatito que todavía estaba acurrucado en la cama y lo dejó caer al suelo sin contemplaciones. El gatito bostezó, se estiró, emitió un maullido lastimero, salió a paso ligero del altillo y bajó las escaleras. Meg hizo la cama y corrió tras él. Su madre estaba en la cocina preparando pan francés y los gemelos ya estaban a la mesa. El gatito lamía la leche de su platillo.

—¿Dónde está Charles? —preguntó Meg.

—Todavía está dormido. Tuvimos una noche bastante movida, si lo recuerdas.

—Tenía la esperanza de que hubiera sido un sueño —dijo Meg.

Su madre le dio la vuelta cuidadosamente a cuatro panes, y entonces dijo con voz firme:

—No, Meg. No tengas la esperanza de que haya sido un sueño. No entiendo lo que está sucediendo más que tú, pero si algo he aprendido en la vida es que uno no tiene que entender las cosas para que *existan*. Siento haberte dejado ver mi preocupación. Tu padre y yo solíamos bromear acerca del taseracto.

—¿Qué *es* un taseracto? —preguntó Meg.

—Es un concepto —la señora Murry les pasó la miel de maple a los gemelos—. Trataré de explicártelo más tarde. No queda tiempo antes de que te vayas a la escuela.

—No entiendo por qué no nos despertaron —dijo Dennys—. Es un fastidio que nos perdiéramos toda la diversión.

—Vas a estar mucho más despierto hoy en la escuela que yo —Meg llevó su pan francés a la mesa.

—¿A quién le importa? —dijo Sandy—. Mamá, si van a permitir que entren viejos

vagabundos en casa en mitad de la noche, mejor sería que Den y yo estuviéramos presentes para protegerlos.

—Después de todo, eso es lo que papá esperaría de nosotros —añadió Dennys.

—Sabemos que eres muy inteligente y todo eso, mamá —dijo Sandy—, pero no tienes mucho *sentido común*. Y la verdad es que Meg y Charles tampoco.

—Ya lo sé. Somos retrasados —dijo amargamente Meg.

—Me gustaría que no fueras tan *tonta*, Meg. Pásame la miel, por favor —Sandy se inclinó sobre la mesa—. No tienes que tomártelo todo a un nivel tan *personal*. Utiliza un término *medio*, por el amor de Dios. Te dedicas solamente a vagabundear por la escuela, mirar por la ventana y no prestar ninguna atención.

—Así sólo consigues que las cosas sean más difíciles para ti —dijo Dennys—. Y Charles Wallace va a pasarlo fatal el año próximo cuando comience la escuela. *Sabemos* que es brillante, pero resulta tan divertido verlo cuando está con otras personas, y la gente está tan acostumbrada a pensar que es tonto, que no sé lo que le pasará. Sandy y yo le daremos un puñetazo a cualquiera que se meta con él, pero no podemos hacer otra cosa.

—No nos preocupemos por el año próximo hasta que éste se haya acabado —dijo la señora Murry—. ¿Quieren más pan, chicos?

Ya en la escuela, Meg se encontraba cansada, tenía los párpados hundidos y su mente divagaba. En la clase de ciencias sociales le preguntaron los nombres de los principales productos que importa y exporta Nicaragua, y aunque ella los había estudiado obedientemente la noche anterior, ahora no podía recordar ninguno de ellos. La profesora fue sarcástica, el resto de la clase se rio, y ella se dejó caer en su asiento hecha una furia.

—De todos modos, ¿a quién le importa los productos que importa y exporta Nicaragua? —masculló ella.

—Si te vas a comportar maleducadamente, Margaret, puedes abandonar la sala —dijo la profesora.

—Está bien, así lo haré —Meg salió haciendo aspavientos.

Cuando estaba en la sala de estudio, el director la llamó:

—¿Qué es lo que sucede ahora, Meg? —le preguntó con una forzada cordialidad.

Meg miró malhumorada hacia el suelo:

—Nada, señor Jenkins.

—La señorita Porter me ha informado que tu comportamiento ha sido inexcusablemente grosero.

Meg se encogió de hombros.

—¿No te das cuenta de que con tu actitud simplemente estás consiguiendo que todo sea cada vez más difícil para ti? —preguntó el director—. Bueno, Meg, *estoy* convencido de que puedes cumplir con tu deber y seguir el ritmo de tu curso si te aplicas lo suficiente, pero algunos de tus profesores no creen lo mismo. Tendrás que demostrar que puedes cambiar. Nadie puede hacerlo por ti —Meg se quedó en silencio—. ¿Y bien? ¿Qué me dices, Meg?

—No sé qué hacer —dijo Meg.

—Para empezar, podrías hacer tu tarea. ¿Tu madre podría ayudarte?

—Si se lo pidiera, sí.

—¿Meg, estás preocupada por algo? ¿No estás a gusto en casa? —preguntó el señor Jenkins. Finalmente Meg lo miró y se colocó sus gafas con un gesto característico:

—Estoy *muy* a gusto en casa.

—Me alegra oír eso. Pero sé que debe resultar difícil que tú padre esté lejos.

Meg miró al director con cautela y se pasó la lengua sobre el alambre superior de su aparato dental.

—¿Han tenido noticias de él últimamente?

Meg estaba segura de que no era sólo su imaginación la que le hacía sentir que detrás de la aparente preocupación del señor Jenkins, había un destello de ávida curiosidad. ¡Le encantaría saberlo!, pensó ella. Pero si ella supiera algo, él sería la última persona a la que se lo contaría. Bueno, una de las últimas.

La empleada de correos debe saber que hace casi un año desde que recibieron la última carta, y Dios sabe a cuántas personas se lo habrá contado *ella*, o las desagradables conjeturas que habrá formulado acerca de su largo silencio.

El señor Jenkins esperaba una respuesta, pero Meg únicamente se encogió de hombros.

—¿A qué se dedica tu padre? —preguntó el señor Jenkins—. Es una especie de científico, ¿verdad?

—*Es* físico —Meg enseñó los dientes para revelar los dos feroces alambres de su aparato dental.

—Meg, ¿no crees que te adaptarías mejor a la vida si le hicieras frente a los hechos?

—Yo le hago frente a los hechos —dijo Meg—. Son mucho más fáciles de afrontar que las personas, puedo asegurárselo.

—Entonces, ¿por qué no te enfrentas a los hechos que conciernen a tu padre?

—Mantenga a mi padre fuera de esto —gritó Meg.

—Deja de vociferar —dijo el señor Jenkins bruscamente—. ¿Quieres que te oiga toda la escuela?

—¿Y qué? —preguntó Meg—. No me avergüenzo de nada de lo que estoy diciendo. ¿Usted sí?

El señor Jenkins suspiró:

—¿Disfrutas siendo la niña más beligerante y poco colaboradora de la escuela?

Meg ignoró estas palabras y se inclinó sobre el escritorio del director:

—Señor Jenkins, usted conoce a mi madre, ¿no es así? No puede acusarla de no enfrentarse a los hechos, ¿verdad que no? Ella es una científica. Cursó la licenciatura tanto en biología como en bacteriología. Su *oficio* son los hechos. Cuando ella me diga que mi padre no volverá a casa, lo creeré. Pero mientras me diga que mi padre *volverá* a casa, eso será lo que creeré.

El señor Jenkins volvió a suspirar:

—No hay duda de que tu madre quiere creer que tu padre regresará a casa, Meg. Está claro que no puedo hacer nada más por ti. Vuelve a la sala de estudio. Trata de ser un poco menos hostil. Puede que tu rendimiento mejorase si tu actitud general fuera más positiva.

Cuando Meg llegó a casa de la escuela, su madre estaba en el laboratorio, los gemelos

estaban jugando beisbol, y Charles Wallace, el gatito y Fortinbras la estaban esperando. Fortinbras saltó, le puso las patas delanteras sobre sus hombros y le dio un beso, mientras que el gatito se precipitó hacia su plato vacío y maulló con fuerza.

—Vamos —dijo Charles Wallace—. Tenemos que irnos.

—¿Adónde? —preguntó Meg—. Tengo hambre, Charles. No quiero ir a ninguna parte hasta que haya comido algo —aún se sentía irritada por su charla con el señor Jenkins, y su voz desprendía un tono molesto. Charles Wallace la miró pensativo cuando ella se dirigió al refrigerador, le puso un poco de leche al gatito, y luego ella se bebió un tazón.

Él le dio una bolsa de papel:

—Aquí hay un sándwich, unas galletas y una manzana. Pensé que sería mejor ir a visitar a la señora Qué.

—¡Oh, caramba! —dijo Meg—. ¿Por qué, Charles?

—Todavía te sientes incómoda con ella, ¿no es cierto? —preguntó Charles.

—Bueno, sí.

—No lo hagas. Es de fiar. Te lo prometo. Ella está de nuestra parte.

—¿Cómo lo sabes?

—Meg —respondió con impaciencia—. Lo sé.

—Pero ¿por qué tenemos que ir a verla ahora?

—Quiero saber más acerca de ese taseracto. ¿No viste cómo trastornó a mamá? Tú sabes que cuando mamá no puede controlar sus sentimientos, cuando nos permite saber que está preocupada, entonces se trata de algo grave.

Meg lo pensó un momento:

—De acuerdo, vamos. Pero llevemos a Fortinbras con nosotros.

—Por supuesto. Necesita hacer ejercicio.

Se pusieron en marcha con Fortinbras que corría por delante y luego regresaba hacia donde estaban los dos niños, para luego correr brincando de nuevo. Los Murrys vivían a unos seis kilómetros y medio del pueblo. Detrás de la casa había un pinar y por allí fue por donde Charles Wallace condujo a Meg.

—Charles, sabes que se va a meter en un lío terrible, me refiero a la señora Qué, quiero decir, si averiguan que ella ha ocupado la casa encantada. Además de haber robado las sábanas de la señora Buncombe y todo lo demás. Podrían encarcelarla.

—Una de las razones por las que quiero ir esta tarde es para advertírselo a ellas.

—¿A ellas?

—Te dije que ella estaba allí con sus dos amigas. Ni siquiera estoy seguro de que fuera la señora Qué quien robara las sábanas, aunque no pondría la mano en el fuego por ella.

—Pero ¿para qué querría estas sábanas?

—Tengo la intención de preguntárselo —dijo Charles Wallace— y de decirles que deben andarse con más cuidado. Realmente no creo que permitan que nadie las encuentre, pero pensé que deberíamos considerar esa posibilidad. A veces, durante las vacaciones, algunos de los muchachos van por ahí en busca de emociones fuertes, aunque no creo que en estos momentos sea así, teniendo en cuenta la temporada de baloncesto y todo lo demás.

Caminaron en silencio durante un momento a través del perfumado bosque, con las agujas de pino secas quebrándose bajo sus pies. Por encima de ellos el viento susurraba entre las ramas. Charles Wallace entrelazó la mano confiadamente en la de Meg, y ese dulce gesto de su hermanito la reconfortó de tal manera que sintió que el nudo de tensión que tenía en su interior comenzó a ceder. Por lo menos, Charles me ama, pensó ella.

—Hoy te fue muy mal de nuevo en la escuela, ¿no es así? —preguntó el chico después de un rato.

—Sí. Me enviaron con el señor Jenkins e hizo comentarios sarcásticos sobre papá.

Charles Wallace asintió con sapiencia:

—Lo sé.

—¿Cómo lo sabes?

Charles Wallace negó con la cabeza:

—No te lo puedo explicar. Eres tú la que me lo cuentas, así de sencillo.

—Pero nunca te digo nada y tú ya parece saberlo.

—Todo en ti me lo dice —agregó Charles.

—¿Y con los gemelos? —preguntó Meg—. ¿Es también así con ellos?

—Supongo que podría ser así si quisiera. Si ellos me necesitaran. Pero es un poco agotador, por lo que sólo me concentro en ti y en mamá.

—¿Quieres decir que lees nuestras mentes?

Charles Wallace parecía turbado:

—No creo que sea eso. Se trata de ser capaz de entender una especie de lenguaje, como en ocasiones, si me concentro con todas mis fuerzas, puedo entender el viento hablar con los árboles. Tú me cuentas lo que sientes un poco inad... inadvertidamente. Una palabra interesante, ¿verdad? Le pedí a mamá que me la buscara en el diccionario esta mañana. Tengo que aprender a leer, aunque me temo que será mucho más difícil para mí el año próximo en la escuela si ya sé ciertas cosas. Creo que es mejor que la gente piense que no soy muy listo. Así no me odiarán demasiado.

Delante de ellos, Fortinbras empezó a ladrar con fuerza, emitiendo el aullido de advertencia que por lo general les avisaba que un coche venía por la carretera o que alguien estaba en la puerta.

—Aquí hay alguien —dijo Charles Wallace bruscamente—. Alguien está merodeando por la casa. *Vamos* —él comenzó a correr, poniendo a prueba sus cortas piernas. Al final del bosque, Fortinbras se detuvo frente a un chico, ladrando furiosamente.

Cuando llegaron jadeando hasta el chico, dijo:

—Por el amor de Dios, controlen a su perro.

—¿Quién es? —le preguntó Charles Wallace a Meg.

—Calvin O'Keefe. Compite en la liga regional de baloncesto, pero es mayor que yo. Es un pez gordo.

—Está bien, amigo. No voy a hacerte daño —dijo el muchacho a Fortinbras.

—Siéntate, Fort —ordenó Charles Wallace, y Fortinbras se recostó delante del chico con un leve gruñido palpitando todavía en su oscura garganta.

—Está bien —Charles Wallace puso las manos en sus caderas—. Ahora dinos qué estás haciendo aquí.

—Yo podría hacerles la misma pregunta —dijo el muchacho con cierta indignación—. ¿No son ustedes dos de los hijos de los Murry? Ésta no es su propiedad, ¿verdad? —comenzó a moverse, pero el gruñido de Fortinbras se hizo más intenso y se detuvo.

—Háblame de él, Meg —pidió Charles Wallace.

—¿Qué puedo contarte de él? —preguntó Meg—. Está un par de años por encima de mí, y juega en el equipo de baloncesto.

—Sólo porque soy alto —la voz de Calvin sonaba un poco avergonzada. Ciertamente era alto y flaco. Sus huesudas muñecas sobresalían de las mangas de su suéter azul; a sus pantalones de pana gastados le faltaban al menos ocho centímetros de largo. Era pelirrojo y necesitaba un buen corte de pelo, y tenía la cara salpicada con las típicas pecas de aquellos que tienen el cabello rojizo. Sus ojos eran de un extraño color azul brillante.

—Dinos qué estás haciendo aquí —exigió Charles Wallace.

—¿Qué es esto? ¿Un interrogatorio? ¿No eres tú el que se supone que es retrasado?

Meg enrojó de rabia, pero Charles Wallace respondió plácidamente:

—Así es. Si quieres que aplaque a mi perro será mejor que respondas.

—Eres el retrasado más peculiar que he conocido —dijo Calvin—. Acabo de llegar porque quería alejarme de mi familia.

Charles Wallace asintió:

—¿Qué clase de familia tienes?

—Todos son unos mocosos. Soy el tercero de once hermanos. Soy bueno.

Ante eso, Charles Wallace sonrió ampliamente:

—Al igual que yo.

—No me refiero jugando al beisbol —dijo Calvin.

—Yo tampoco.

—Quiero decir a nivel biológico —dijo Calvin con desconfianza.

—“Un cambio genético —citó Charles Wallace— puede dar aparición en la descendencia de una característica que no está presente en los padres, pero que es potencialmente transmisible a su descendencia.”

—¿Qué sucede aquí? —preguntó Calvin—. Me habían dicho que no eras capaz de hablar.

—Pensar que soy tonto le da a la gente una razón para sentirse superior —dijo Charles Wallace—. ¿Por qué habría de desilusionarlos? ¿Cuántos años tienes, Cal?

—Catorce.

—¿En qué grado estás?

—En primero de bachillerato. No soy ningún tonto. Escucha, ¿alguien te dijo que vinieras aquí esta tarde?

Charles Wallace, agarró a Fort por el collar y miró a Calvin sospechosamente.

—¿Qué quieres decir con alguien *te dijo*?

Calvin se encogió de hombros.

—Todavía no confías en mí, ¿verdad?

—No *desconfío* de ti —respondió Charles Wallace.

—¿Quieres decirme por qué estás aquí, entonces?

—Fort, Meg y yo decidimos ir a dar un paseo. Lo hacemos a menudo al caer la tarde.

Calvin metió las manos en los bolsillos.

—Te sigues resistiendo a decir la verdad.

—Tú también —respondió Charles Wallace.

—Está bien, compañero —dijo Calvin—. Voy a contarte algo. A veces tengo presentimientos sobre lo que va a pasar. Puedes llamarlo una compulsión. ¿Sabes lo que significa compulsión?

—*Inclinación, pasión vehemente y contumaz por algo o alguien*. No es una buena definición, pero es la que da el diccionario de la Real Academia.

—Está bien, está bien —suspiró Calvin—. Debo recordar que estoy condicionado acerca de tus capacidades mentales.

Meg se sentó en la hierba mullida, justo donde acababa el bosque. Fort se liberó suavemente de las manos de Charles Wallace y se acercó a Meg, recostándose a su lado y poniendo la cabeza en su regazo.

En ese momento Calvin intentó dirigir sus palabras con amabilidad tanto a Meg como a Charles Wallace:

—Cuando tengo esta sensación, esta compulsión, siempre la obedezco. No puedo explicar de dónde viene o cómo la noto, y no sucede muy a menudo. Pero la obedezco. Y esta tarde tenía la sensación de que tenía que venir a la casa encantada. Eso es todo lo que sé, chico. No escondo nada. Tal vez es porque se supone que debíamos encontrarnos. Díganmelo *ustedes*.

Charles Wallace miró a Calvin inquisitivamente durante un momento; a continuación, una mirada casi de cristal apareció en sus ojos y dio la impresión de que estaba pensando en él. Calvin se quedó muy quieto, y aguardó.

Finalmente Charles Wallace dijo:

—De acuerdo. Te creo. Pero no puedo decirte más. Creo que me gustaría confiar en ti. Tal vez deberías venir a casa y cenar con nosotros.

—Oh, sí, pero ¿qué dirá tu madre? —preguntó Calvin.

—Estará encantada. Mamá no pondrá objeción alguna problema. No es una de nosotros, pero es de total confianza.

—¿Qué pasa con Meg?

—Meg lo tiene difícil —dijo Charles Wallace—. Realmente no es ni una cosa ni la otra.

—¿Qué quieres decir con *uno de nosotros*? —preguntó Meg—. ¿Qué quieres decir con que no soy ni una cosa ni la otra?

—Ahora no, Meg —respondió Charles Wallace—. Vayamos con calma. Hablaremos de ello más tarde —miró a Calvin y pareció tomar una decisión rápida justo en ese momento—. Está bien, llevémoslo a conocer a la señora Qué. Si no es de confianza, ella lo sabrá —y se dirigió con sus cortas piernas hacia la vieja casa en ruinas.

La casa encantada estaba ensombrecida por la arboleda de olmos que la rodeaba. En esta época, los olmos estaban prácticamente desnudos y el terreno que había alrededor de la casa estaba cubierto por una amarilla alfombra de hojas húmedas. La luz del atardecer se teñía de un

color ligeramente verdoso que los cristales de las ventanas reflejaban de modo siniestro. Un postigo repiqueteaba desquiciadamente, y de algún lugar llegaba un crujido. Meg no se sorprendió de que la casa tuviera fama de estar encantada.

Un tablón clavado a la puerta principal impedía el paso, pero Charles Wallace los guio hacia la parte trasera. Esta otra puerta parecía estar clavada también, pero Charles Wallace golpeó y la puerta se abrió lentamente hacia fuera con el crujir de sus bisagras oxidadas. Sobre la copa de uno de los olmos un viejo cuervo negro emitió su estridente alarido, y un pájaro carpintero comenzó a taladrar el tronco con mucho ímpetu. Una enorme rata gris se escabulló a toda prisa por la esquina de la casa y Meg dejó escapar un grito ahogado.

—Se divierten mucho usando estos típicos recursos teatrales —dijo Charles Wallace con voz tranquilizadora—. Vamos. Sígueme.

Calvin agarró con fuerza el codo de Meg, y Fort se pegó a su pierna. Su alegría ante la preocupación de ambos por ella fue tan grande que su pánico se disipó, y siguió a Charles Wallace a través de los oscuros recovecos de la casa sin ningún temor.

Entraron en una especie de cocina. Allí había una chimenea enorme con una olla grande y negra que colgaba sobre un fuego vivaz. ¿Por qué no habían visto salir desde afuera el humo de la chimenea? Algo en la olla hervía, y olía más como uno de los experimentos químicos de la señora Murry que como algo que pudiera ser comestible. Una regordeta mujerona estaba sentada en una mecedora totalmente desvencijada. No era la señora Qué, por lo que debía ser, según pensó Meg, una de sus dos amigas. Llevaba puestas unas gafas enormes, el doble de gruesas y de grandes que las de Meg, y se hallaba cosiendo laboriosamente una sábana con puntadas rápidas y precisas. Varias otras sábanas yacían en el suelo polvoriento.

Charles Wallace se acercó a ella:

—Honestamente, no creo que debiera haber robado las sábanas de la señora Buncombe sin consultarme —dijo, tan enfadado y mandón como sólo un niño muy pequeño puede hacerlo—. ¿Para qué diablos las quieren?

La pequeña y regordeta mujer le sonrió:

—¡Vaya, Charlsie, cielo mío! *“Le coeur a ses raisons que la raison ne connaît point.”* Es francés. Lo dijo Pascal: “El corazón tiene razones que la razón no entiende”.

—Pero esto no responde en absoluto a una conducta decorosa —dijo Charles enfadado.

—Tu madre, por el contrario, así lo creería —una sonrisa parecía relucir a través de la redondez de sus gafas.

—No me refiero a los sentimientos de mi madre por mi padre —refunfuñó Charles Wallace—, sino a las sábanas de la señora Buncombe.

La menuda mujer suspiró. Sus enormes gafas reflejaron de nuevo la luz y brillaron como los ojos de un búho:

—Es por si necesitábamos fantasmas, por supuesto —dijo ella—. Estaba convencida de que te lo habrías imaginado. Si nos viésemos en la necesidad de espantar a alguien, la señora Cuál pensó que debíamos hacerlo de la manera apropiada. Por eso resulta tan divertido vivir en una casa encantada. Aunque realmente no queríamos que supieras lo de las sábanas. *“Auf frischer Tat ertappt”*, esto es alemán. *“In flagrante delicto”*, latín. “Pillado con las manos en la masa”,

en español. Como iba diciendo...

Pero Charles Wallace levantó la mano con un gesto perentorio:

—Señora Quién, ¿conoce a este muchacho?

Calvin se inclinó:

—Buenas tardes, señora. Aún no me he enterado de cuál es su nombre.

—Puedes llamarme señora Quién —dijo la mujer—. El chico no fue idea mía, Charlsie, pero creo que puede ayudarnos.

—¿Dónde está la señora Qué? —preguntó Charles.

—Ella está ocupada. Se acerca la hora, Charlsie, se acerca la hora: “*Ab honesto virum bonum nihil deterret*”, Séneca. “Nada disuade a un hombre de bien de hacer aquello que es honorable.” Y él es un hombre muy bueno, Charlsie, cariño, pero en estos momentos necesita nuestra ayuda.

—¿De quién habla? —preguntó Meg.

—¡Y también está aquí la pequeña Megsie! Es un placer conocerte, encanto. Me refería a tu padre, por supuesto. Ahora váyanse a casa, queridos míos. Aún no es el momento. No te preocupes, no nos iremos sin ti. Aliméntense bien y descansen. Denle de comer a Calvin. ¡Y ahora márchense! “*Justitiae soror fides*”, de nuevo latín, por supuesto: “La fe es hermana de la justicia.” ¡Confíen en nosotras! Ahora, ¡largo de aquí!—ella pegó un respingo de la silla y los empujó hasta la puerta con sorprendente fuerza.

—Charles —dijo Meg—. No entiendo lo que sucede.

Charles la tomó de la mano y la sacó de la casa. Fortinbras corría por delante, y Calvin los seguía de cerca.

—No —respondió él—. Yo tampoco lo comprendo aún. Al menos no exactamente. Te diré lo que sé, tan pronto como pueda. Pero vieron a Fort, ¿verdad? No emitió siquiera un gruñido. Ni un temblor. Como si no hubiera nada extraño en ella. Así que ya sabemos que son de confianza. Miren, háganme ambos un favor. No hablemos de ello hasta que hayamos comido algo. Necesito combustible para aclararme y asimilar las cosas adecuadamente.

—Guíanos, retrasado —exclamó Calvin con jovialidad—. ¡Nunca he visto tu casa, y tengo la curiosa sensación de que por primera vez en mi vida estoy yendo a mi verdadero hogar!



TRES

La señora Cuál



La noche empezaba a caer en el bosque y ellos caminaban en silencio. Charles y Fortinbras correteaban por delante. Calvin caminaba junto a Meg y le tocaba el brazo levemente con sus dedos en ademán de protección.

Ésta ha sido la más imposible, la más confusa tarde de mi vida, pensó ella, pero ya no me siento confundida o molesta; sólo me siento feliz. ¿Por qué?

—Tal vez no estábamos destinados a conocernos antes de esto —dijo Calvin—. Quiero decir, yo te había visto en la escuela y todo eso, pero no te conocía. Sin embargo, me alegro de que nos hayamos conocido ahora, Meg. Seremos buenos amigos, ya lo verás.

—Yo también me alegro —susurró Meg. Y ambos se quedaron en silencio otra vez.

Cuando llegaron a casa, la señora Murry se encontraba todavía en el laboratorio. Estaba observando el lento movimiento de un fluido de color azul pálido a través de un tubo desde un vaso de precipitados a un matraz. Sobre el mechero Bunsen burbujeaba una gran cazuela de estofado.

—No le digan a Sandy y a Dennys que estoy cocinando aquí —dijo ella—. Siempre albergan la sospecha de que algún producto químico pueda mezclarse con la carne, pero tenía un experimento que no podía dejar de vigilar.

—Éste es Calvin O’Keefe, mamá —dijo Meg—. ¿Hay suficiente para él también? Huele genial.

—Hola, Calvin —la señora Murry le estrechó la mano—. Encantada de conocerte. Esta noche sólo tenemos estofado, pero ha quedado succulento.

—Me parece perfecto —dijo Calvin—. ¿Puedo llamar por teléfono para avisar a mi madre dónde estoy?

—Por supuesto. Meg, ¿podrías acompañarle y mostrarle el camino? Si no te importa, preferiría que no llamas desde el que está aquí. Me gustaría terminar este experimento.

Meg lo condujo a través de la casa. Charles Wallace y Fortinbras habían salido. Ella percibía el martilleo que provenía del exterior provocado por Sandy y Dennys, que estaban construyendo un fuerte sobre uno de los arces.

—Por aquí —Meg atravesó la cocina y llegó hasta la sala de estar.

—No sé por qué la llamo cuando no voy a casa —dijo Calvin con un tono amargo—. Ni siquiera se da cuenta cuando no estoy —suspiró y marcó—. ¿Mamá? —dijo él—. Oh, Hinky. Dile a mamá que no llegaré a casa hasta más tarde. Pero que no se te olvide. No quiero que cuando llegue la puerta esté cerrada otra vez —colgó y miró a Meg—. ¿Sabes lo afortunada que eres?

Ella sonrió con ironía:

—La mayor parte del tiempo no.

—¡Una madre como la tuya! ¡Una casa como ésta! ¡Vaya, tu madre es guapísima! Deberías ver a mi madre. Le faltan todos los dientes superiores y aunque papá le compró una dentadura postiza, no la usa, y casi nunca se peina. Aunque tampoco se nota mucho cuando lo hace —apretó los puños—. Pero yo la quiero. Ésa es la parte más divertida del asunto. Los quiero a todos, pero a ellos no les importo ni un comino. Tal vez por eso llamo cuando no voy a casa. Porque me importan y nadie más lo hace. Tú no sabes la suerte que tienes de ser amada.

Meg dijo con sorpresa:

—Supongo que nunca antes lo había pensado. Es probable que lo diera por sentado.

Calvin parecía cabizbajo, entonces su enorme sonrisa iluminó de nuevo su cara:

—¡Van a suceder cosas, Meg! ¡Cosas buenas! ¡Lo presiento! —el chico comenzó a deambular todavía lentamente alrededor de la agradable, aunque descuidada, sala de estar. Se detuvo ante una foto que había sobre el piano con un pequeño grupo de hombres posando juntos en una playa.

—¿Quiénes son?

—Oh, un grupo de científicos.

—¿Y dónde están?

Meg se acercó a la imagen:

—En Cabo Cañaveral. Éste de aquí es papá.

—¿Cuál?

—Éste.

—¿El de gafas?

—Sí. El que necesita un corte de pelo —Meg se rio y olvidó sus preocupaciones con la alegría que le produjo mostrarle la foto a Calvin—. Su pelo es de un color similar al mío, y sigue olvidando que tiene que cortárselo de vez en cuando. Por lo general lo termina haciendo mamá, compró una máquina para el pelo y esas cosas, ya que él nunca tiene tiempo para ir al peluquero.

Calvin estudió la imagen:

—Me gusta —declaró juiciosamente—. Se parece un poco a Charles Wallace, ¿no?

Meg se echó a reír de nuevo:

—Cuando Charles era un bebé, tenía *exactamente* el mismo aspecto de mi padre. Era muy divertido.

Calvin continuó mirando la fotografía:

—No es que sea guapo ni nada de eso. Pero me gusta.

Meg replicó indignada:

—Es muy guapo.

Calvin negó con la cabeza:

—Para nada. Es alto y delgado como yo.

—Bueno, yo pienso que tú eres guapo —dijo Meg—. Los ojos de mi padre son similares a los tuyos también. Sabes a qué me refiero. De un azul muy intenso. Pero no se percibe demasiado porque lleva las gafas puestas.

—¿Dónde está él ahora?

Meg se puso tensa. Pero no tuvo que responder porque la puerta que conduce del laboratorio a la cocina se abrió de golpe, y la señora Murry entró llevando la olla con el estofado.

—Ahora voy a darle el último toque en el fuego, como tiene que ser—dijo ella—. ¿Has hecho tus tareas, Meg?

—Casi —respondió Meg, volviendo a la cocina.

—Entonces estoy segura de que a Calvin no le importará si las finalizas antes de cenar.

—Claro, adelante —Calvin metió la mano en su bolsillo y sacó un trozo de papel doblado—. De hecho, yo tengo que terminar las mías. Matemáticas. Es una materia a la que me cuesta seguirle el ritmo. No tengo problemas con nada que tenga que ver con las palabras, sin embargo no me va tan bien con los números.

La señora Murry sonrió:

—¿Por qué no le pides ayuda a Meg?

—Pero es que estoy varios años por encima de ella.

—De todos modos, trata de pedirle que te ayude con las matemáticas —sugirió la señora Murry.

—Claro, claro —dijo Calvin—. Échale un vistazo. Pero es bastante complejo.

Meg alisó el papel y lo estudió:

—¿A tu profesor le importa *cómo* lo haces? —preguntó ella—. Es decir, ¿puedes resolverlo a tu manera?

—Bueno, claro, siempre y cuando lo comprenda y dé las respuestas correctas.

—Es que nosotros tenemos que hacerlo a *su* manera. Presta atención, Calvin, ¿no ves lo fácil que sería si lo hicieras de *esta* forma? —su lápiz se deslizó sobre el papel.

—¡Eh! —dijo Calvin—. ¡Eh! Creo que lo entiendo. Muéstramelo una vez más en otro ejercicio.

De nuevo el lápiz de Meg comenzó a garabatear:

—Todo lo que tienes que recordar es que cualquier fracción simple puede ser convertida en una fracción decimal periódica infinita. ¿Lo ves? Así: $\frac{3}{7}$ es igual a 0.428571.

—Esta familia es impresionante —Calvin le sonrió—. Supongo que ya debería dejar de sorprenderme, pero se supone que tú eres una de las torpes de la escuela y siempre estás castigada.

—Oh, lo soy.

—El problema con Meg y las matemáticas —dijo con brío la señora Murry— es que Meg y su padre solían jugar con los números y Meg aprendió demasiados atajos. Así que cuando quieren que resuelva los problemas con la forma larga, ella se comporta con una actitud hosca y terca, y no da su brazo a torcer.

—¿Hay más imbéciles como Meg y Charles por aquí? —preguntó Calvin—. Si es así, debería conocerlos.

—También sería mejor si la letra de Meg fuera legible —dijo la señora Murry—. Yo consigo descifrarla con muchísima dificultad, pero dudo mucho que sus profesores puedan, o estén dispuestos a dedicarle el suficiente tiempo para hacerlo. Me estoy planteando regalarle una máquina de escribir para Navidad. Quizá serviría de ayuda.

—Si hago algo bien, nadie me creerá —dijo Meg.

—¿Qué es un megapársec? —preguntó Calvin.

—Uno de los apodos que me puso papá —dijo Meg—. También es 3.26 millones de años luz.

—¿Qué es $E = mc^2$?

—La ecuación de Einstein.

—¿Qué significa E?

—Energía.

—¿M?

—Masa.

—¿Y c^2 ?

—La raíz cuadrada de la velocidad de la luz en centímetros por segundo.

—¿Con qué países limita Perú?

—No tengo la menor idea. Creo que está en algún lugar de América del Sur.

—¿Cuál es la capital de Nueva York?

—¡Bueno, la ciudad de Nueva York, por supuesto!

—¿Quién escribió *La vida de Samuel Johnson* de Boswell?

—Oh, Calvin, no soy buena en literatura.

Calvin gruñó y se volvió hacia la señora Murry:

—Entiendo a lo que se refiere. No me gustaría darle clase.

—Es un poco unilateral, lo reconozco —dijo la señora Murry—. Aunque me culpo a mí y a su padre por ello. Sin embargo, todavía le gusta jugar con su casa de muñecas.

—¡Mamá! —gritó Meg desesperada.

—Oh, cariño, lo siento —dijo la señora Murry con rapidez—. Pero estoy segura de que Calvin entiende lo que quiero decir.

Con un gesto de entusiasmo repentino, Calvin abrió sus brazos como si estuviera abrazando a Meg y a su madre y a toda la casa:

—¿Cómo ha sucedido todo esto? ¿No es maravilloso? ¡Me siento como si hubiera acabado de nacer! ¡No estaré solo nunca más! ¿Se dan cuenta de lo que eso significa para mí?

—Pero tú eres bueno jugando al baloncesto y en otras cosas —protestó Meg—. Eres bueno en la escuela. Les gustas a todos.

—Sólo por razones insignificantes —dijo Calvin—. No ha habido nadie, nadie en el mundo con quien pudiera hablar. Es cierto, puedo actuar en el mismo nivel que el resto, puedo subyugarme a los demás, pero ése no soy yo.

Meg tomó unos cuantos tenedores del cajón y les dio la vuelta una y otra vez, observándolos:

—De nuevo, me siento totalmente confundida.

—Oh, y yo también —dijo Calvin alegremente—. Pero por lo menos ahora sabemos que estamos yendo en una dirección.

Meg se alegró y se quedó un poco sorprendida cuando los gemelos mostraron su emoción al saber que Calvin se quedaba a cenar. Ellos estaban más informados acerca de su historial atlético y les impresionaba mucho más que a ella. Calvin se comió cinco platos de estofado, tres platos de gelatina y una docena de galletas, y luego Charles Wallace insistió en que lo acompañara a la cama y le leyera. Los gemelos, que habían terminado su tarea, tuvieron permiso para ver media hora de televisión. Meg ayudó a su madre con los platos y luego se sentaron a la mesa y trabajaron en sus deberes. Pero ella no podía concentrarse.

—Mamá, ¿estás preocupada? —preguntó de repente.

La señora Murry levantó la mirada de una revista científica que estaba hojeando. Durante un momento ella no respondió. Entonces dijo:

—Sí.

—¿Por qué?

Una vez más, la señora Murry hizo una pausa. Ella extendió sus manos y las miró. Eran largas y fuertes y hermosas. Tocó con los dedos de su mano derecha el anillo de oro que descansaba en el dedo anular de su mano izquierda:

—Todavía soy muy joven, ¿sabes? —dijo ella finalmente—. Aunque sé que eso es difícil de concebir para un niño. Y todavía estoy muy enamorada de tu padre. Lo echo de menos terriblemente.

—¿Y piensas que todo esto tiene algo que ver con papá?

—Creo que debe ser así.

—Pero ¿en qué sentido?

—Eso no lo sé. Pero parece ser la única explicación.

—¿Crees que las cosas tienen siempre una explicación?

—Sí. Lo creo. Pero pienso que con nuestras limitaciones humanas no siempre somos capaces de entender esas explicaciones. Aunque ya ves, Meg, únicamente porque no lo entendamos no significa que no exista una explicación.

—Me gusta entender las cosas —dijo Meg.

—A todos nos gusta entender las cosas. Pero no siempre es posible.

—Charles Wallace tiene más entendimiento que el resto de nosotros, ¿verdad?

—Sí.

—¿Por qué?

—Supongo que porque, bueno, porque él es diferente, Meg.

—¿Diferente en qué sentido?

—No estoy muy segura. Tú sabes que no es como los demás.

—No. Y no quiero que lo sea —dijo Meg a la defensiva.

—Esto no tiene nada que ver con lo que uno quiere. Charles Wallace es lo que es. Diferente.

Nuevo.

—¿Nuevo?

—Sí, ésa es la sensación que tu padre y yo tenemos.

Meg torció el lápiz con tanta fuerza que se rompió. Se rio:

—Lo siento. No es que quiera ser destructiva. Sólo trato de aclarar mis ideas.

—Lo sé.

—Pero Charles Wallace no tiene un *aspecto* diferente a los demás.

—No, Meg, pero las personas son más que su mera apariencia física. La singularidad de Charles Wallace no es física. Está en su propia esencia.

Meg suspiró con pesadez, se quitó las gafas, las giró y volvió a ponérselas:

—Bueno, sé que Charles Wallace es diferente y sé que es algo *más*. Supongo que tendré que aceptarlo sin entenderlo.

La señora Murry le sonrió:

—Tal vez es lo que quería que entendieras.

—Claro —dijo Meg dubitativa.

Su madre volvió a sonreír:

—Tal vez sea la razón por la cual nuestra visitante de anoche no me sorprendió. Tal vez sea la razón por la cual me veo capaz de tener una..., diríamos, una interrupción voluntaria de incredulidad. Debido a Charles Wallace.

—¿*Tú* eres como Charles? —preguntó Meg.

—¿Yo? ¡Cielos, no! Tengo la gracia de estar dotada de más cerebro y oportunidades que muchas personas, pero no hay nada en mí que rompa el molde de lo común.

—Tus miradas parecieran indicar lo contrario —dijo Meg.

La señora Murry rio:

—Simplemente no has dispuesto de la suficiente base comparativa, Meg. Soy muy común, de verdad.

Calvin O'Keefe llegó en ese momento y dijo:

—Ja, ja.

—¿Se ha dormido Charles? —preguntó la señora Murry.

—Sí.

—¿Qué le leíste?

—El Génesis. Lo eligió él. Por cierto, ¿en qué clase de experimento estaba trabajando esta tarde, señora Murry?

—Oh, en algo que mi marido y yo estábamos maquinando juntos. No quiero quedarme *demasiado* detrás de él cuando regrese.

—Mamá —Meg siguió insistiendo—, Charles dice que no soy ni una cosa ni la otra, ni chicha ni limonada.

—¡Oh, por el amor de Dios! —dijo Calvin—. Tú eres *Meg*, ¿no es así? Vayamos a dar un paseo.

Pero Meg todavía no se daba por satisfecha:

—¿Y qué opinas de Calvin? —le preguntó a su madre.

La señora Murry volvió a reír:

—No voy a formular ninguna opinión acerca de Calvin. Me cae muy bien y me alegra que haya encontrado su sitio aquí.

—Mamá, ibas a hablarme sobre el taseracto.

—Sí —una mirada de preocupación turbó el rostro de la señora Murry—. Pero ahora no, Meg. Ahora no. Sal a dar ese paseo con Calvin. Le daré un beso de buenas noches a Charles y luego me aseguraré de que los gemelos se vayan a la cama.

Afuera, la hierba estaba cubierta por el rocío. La luna se hallaba a media altura y formaba un gran arco que atenuaba el brillo de las estrellas. Calvin extendió la mano y agarró la de Meg con un gesto tan simple y agradable como lo hacía con ella Charles Wallace:

—¿Has hecho algo que haya inquietado a tu madre? —preguntó con suavidad.

—No creo que yo sea la responsable, pero sí está inquieta.

—¿Con qué?

—Con el asunto de mi padre.

Calvin condujo a Meg a través del césped. Las sombras de los árboles eran largas y retorcidas, y se sentía en el aire un fuerte y dulce aroma otoñal. Meg tropezó cuando la pendiente se inclinó de pronto cuesta abajo, pero la fuerte mano de Calvin la sostuvo. Caminaron con cuidado por el huerto de los gemelos, abriéndose paso a través de las hileras de coles, remolachas, brócolis y calabazas. A su izquierda se alzaban unos altos tallos de maíz. Por delante de ellos había un pequeño manzanal delimitado por un muro de piedra, y más allá se extendía el bosque por el cual habían caminado esa tarde.

Calvin se dirigió hasta el muro y luego se sentó allí, su pelo rojo brillaba a la luz de la luna con un resplandor plateado, y su cuerpo estaba moteado con los dibujos formados por la maraña de ramas. Alzó la mano, arrancó una manzana de una rama nudosa y se la dio a Meg, luego agarró una para él:

—Háblame de tu padre.

—Es físico.

—Claro, eso lo sabemos todos. Y se supone que ha abandonado a tu madre y se ha fugado con otra mujer.

Meg dio un respingo desde la piedra en la que estaba encaramada, pero Calvin la agarró por la muñeca y tiró de ella hacia abajo:

—Tranquila, chica. No he dicho nada que no hayas oído antes, ¿verdad?

—No —dijo Meg, pero siguió forcejeando—. Déjame que me vaya.

—Vamos, cálmate. *Tú* sabes que no es cierto, yo sé que no es cierto. Y si *alguien* después de haber visto a tu madre puede creer que cualquier hombre la abandonaría por otra mujer, sólo demuestra lo rematadamente celosa que está la gente. ¿De acuerdo?

—Supongo que sí —dijo Meg, pero su felicidad se había disipado y estaba otra vez embargada por la ira y el resentimiento.

—Mira, bobita —Calvin la sacudió con suavidad—. Sólo quiero aclarar las cosas, separar los hechos de la ficción. Tú padre es físico. Y eso es un hecho, ¿verdad?

—Sí.

—Tiene varios doctorados.

—Sí.

—La mayoría de las veces trabaja solo, pero en ocasiones lo ha hecho en el Instituto de

Estudios Avanzados de Princeton. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí.

—En ese entonces trabajó para el gobierno, ¿no es así?

—Sí.

—A partir de aquí tienes que continuar tú. Esto es todo lo que yo sé.

—También es todo lo que yo sé —dijo Meg—. Quizá mamá sepa algo más. Lo que él hacía era..., bueno, eso que denominan “información clasificada”.

—¿Quieres decir *Top Secret*?

—Así es.

—¿Y no tienes siquiera idea de lo que era?

Meg negó con la cabeza:

—No. La verdad es que no. Sólo una ligera conjetura debido al lugar donde estaba.

—Y bien, ¿dónde estaba?

—Un tiempo estuvo en Nuevo México, y nosotros estuvimos allí con él; y después fue a Florida, a Cabo Cañaveral, y también allí estuvimos con él. Y entonces comenzó a viajar mucho, así que nos vinimos aquí.

—¿Siempre han tenido esta casa?

—Sí. Pero la usábamos sólo durante el verano.

—¿Y no sabes adónde enviaron a tu padre?

—No. Al principio nos mandaba un montón de cartas. Mamá y papá se escribían diariamente. Creo que mamá aún le escribe cada noche. De vez en cuando la encargada de correos le hace algún chiste sobre sus cartas.

—Supongo que piensan que ella lo persigue o algo así —dijo Calvin con amargura—. La gente no puede comprender el amor verdadero cuando lo ve. Bueno, prosigamos. ¿Qué pasó después?

—No pasó nada —dijo Meg—. Ése es el problema.

—Y bien, ¿qué pasó con las cartas de tu padre?

—Simplemente dejamos de recibirlas.

—¿No han recibido ninguna noticia?

—No —repuso Meg—. Nada —su voz estaba henchida de dolor.

Se hizo el silencio entre ellos, tan tangible como las sombras oscuras de los árboles que caían sobre sus regazos y que ahora parecían descansar sobre ellos tan fuertemente como si poseyeran un peso real y medible.

Finalmente, Calvin habló con una voz seca, carente de emociones, y sin mirar a Meg le preguntó:

—¿Crees que podría estar muerto?

Una vez más, Meg dio un respingo y se levantó, y de nuevo Calvin tiró de ella hacia abajo.

—¡No! ¡Si estuviera muerto nos lo habrían dicho! Siempre envían un telegrama o algo así. ¡Siempre avisan en esos casos!

—¿Y de *qué* les informan ahora?

Meg se tragó un sollozo e hizo lo posible por hablar:

—Oh, Calvin, mamá ha intentado averiguarlo una y otra vez. Viajó a Washington y todo. Y lo único que dicen es que está en una misión secreta y peligrosa, y que puede sentirse muy orgullosa de él, pero que no podrá..., comunicarse con nosotros durante un tiempo. Y que nos darán noticias tan pronto como les sea posible.

—Meg, no te enojés, pero ¿no crees que tal vez *ellos* no lo sepan?

Una lágrima resbaló lentamente por la mejilla de Meg:

—De eso es de lo que tengo miedo.

—¿Por qué no lloras? —preguntó Calvin con delicadeza—. Estás loca por tu padre, ¿no es así? Vamos, llora. Te hará bien.

La voz de Meg emergió temblando entre las lágrimas:

—Lloro demasiado. Yo debería ser como mamá. Debería ser capaz de controlarme.

—Tu madre es una persona completamente diferente a ti y es mucho mayor que tú.

—Me gustaría ser una persona diferente —dijo Meg temblorosa—. Me odio.

Calvin se acercó y le quitó las gafas. Entonces, él sacó un pañuelo de su bolsillo y le enjugó las lágrimas. Este gesto de ternura la deshizo por completo, y ella hundió la cabeza entre sus rodillas y sollozó. Calvin se sentó en silencio a su lado, y de vez en cuando le daba palmaditas en la cabeza.

—Lo siento —sollozó la chica—. Lo siento muchísimo. Ahora tú me odiarás también.

—Oh, Meg, *eres* una tonta —dijo Calvin—. ¿No sabes que eres lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo?

Meg levantó la cabeza, y la luz de la luna brillaba en su cara manchada por las lágrimas; sin las gafas, sus ojos tenían un aspecto inesperadamente hermoso.

—Si Charles Wallace es algo único, yo debo ser un error biológico.

Un claro de luna brilló contra su aparato dental mientras hablaba.

Ahora ella esperaba que la contradijera. Pero Calvin preguntó:

—¿Sabes que ésta es la primera vez que te veo sin las gafas?

—Me quedo ciega como un murciélago sin ellas. Soy miope, como papá.

—Pues ¿sabes qué tienes unos ojos muy bonitos? —dijo Calvin—. Escucha, tienes razón en usar gafas. No creo que quiera que nadie más vea esos ojos tan preciosos que tienes.

Meg sonrió encantada. Podía sentir cómo se sonrojaba y se preguntó si el rubor sería visible a la luz de la luna.

—Bueno, ya está bien, ustedes dos —dijo una voz proveniente de las sombras. Charles Wallace apareció iluminado por los rayos de la luna—. No los estaba espiando —dijo rápidamente—, y no me gusta interrumpir las cosas, pero ya está, chicos. ¡Ya está! —su voz temblaba de emoción.

—¿Qué es lo que ya está? —preguntó Calvin.

—Vamos a ir.

—¿Vamos a ir? ¿Adónde? —Meg estiró el brazo e instintivamente agarró la mano de Calvin.

—No lo sé exactamente —dijo Charles Wallace—. Pero creo que vamos a buscar a papá.

De pronto dos ojos parecieron brotar de la oscuridad y quedarse mirándolos fijamente; la luz de la luna se reflejaba en las gafas de la señora Quién. Estaba de pie junto a Charles Wallace, y

Meg no tenía idea de cómo se las había arreglado para aparecer donde hace un momento no había más que sombras parpadeantes bajo la luz de la luna. Oyó un ruido detrás de ella y se dio la vuelta. Allí estaba la señora Qué trepando por el muro.

—¡Vaya! Me gustaría que no hiciera viento —dijo la señora Qué con un tono lastimero—. Es tan *difícil* con toda esta ropa —llevaba su atuendo de la noche anterior con las botas de goma y todo, y además con una de las sábanas de la señora Buncombe que se había puesto por encima. Al deslizarse del muro, la sábana se quedó enganchada en una rama baja y se le desprendió. El sombrero de fieltro se le encajó entre los ojos, y otra rama le arrancó la estola de color rosa—. Oh, cielos —suspiró ella—. *Nunca* aprenderé a hacerlo.

La señora Quién caminó hacia ella como si flotara, con sus pies diminutos apenas tocando el suelo y las lentes de sus gafas emitiendo leves destellos.

—“*Come t'è picciol fallo amaro morso!*”, dijo Dante. Que significa: “¡Qué amarga aflicción te provoca una leve falta!” —con una mano como si fuera una garra, colocó el sombrero sobre la frente de la señora Qué, desenredó la estola del árbol y con un gesto hábil tomó la sábana y la dobló.

—¡Oh, gracias! —dijo la señora Qué—. ¡Eres tan inteligente!

—“Un asno viejo sabe más que un potro”, A. Pérez.

—Sólo porque eres unos pocos e insignificantes millones de años más... —comenzaba a decir indignada la señora Qué cuando la interrumpió una voz aguda y extraña.

—Esstáaa bieennnn, chiiicass. Nooo hayyy tiiieempoo parrra polemiiizarr.

—Es la señora Cuál —dijo Charles Wallace.

Hubo una débil ráfaga de viento, las hojas se sacudieron, las sombras proyectadas por la luz de la luna se movieron, y en un círculo plateado algo brilló y se estremeció, y la voz dijo:

—Nooo crrreooo queee vayyyaaa a materrrializaarmeee coompletaamenteee. Looo encuentrrroo demaasiaadooo agotadorrr, y nosss queeeda muuucho porrr haaacer.



CUATRO

La cosa Negra



Los árboles fueron azotados con un violento frenesí. Meg gritó y se agarró a Calvin, y la señora Cuál gritó con una voz autoritaria:

—¡Trrraaanquila, niiiñaaa!

¿Acaso una sombra cayó sobre la luna o es que simplemente se apagó, extinguida de una forma tan abrupta y completa como si se tratara de una vela? Todavía se percibía el sonido de las hojas como una aterradora ráfaga de aire. No quedaba nada de luz. La oscuridad era completa. De repente se habían esfumado el viento y todo sonido. Meg sintió que Calvin estaba siendo apartado de ella. Cuando lo buscó, sus dedos no encontraron nada.

—¡Charles! —gritó ella sin saber si lo que quería era ayudarlo a él o que él la ayudara a ella. La palabra luchó por salir de su garganta y Meg se atragantó con ella.

Estaba completamente sola.

Había perdido la protección de la mano de Calvin. Charles no estaba por ninguna parte, ya fuera para auxiliarla o para que ella lo auxiliara a él. Se hallaba sola en un fragmento de la nada. No había luz, ni sonido, ni sentimiento. ¿Dónde estaba su cuerpo? Trataba de moverse presa del pánico, pero no había nada que mover. Así como la luz y el sonido habían desaparecido, ella también se había desvanecido. La Meg corpórea, simplemente ya no lo era.

En ese momento sintió de nuevo sus extremidades. Percibía un ligero hormigueo en sus piernas y brazos, como si se hubieran quedado dormidos. Parpadeó rápidamente, pero a pesar de que de alguna manera ella había regresado no había sucedido así con el resto de las cosas. No se trataba de algo tan simple como la oscuridad o la ausencia de luz. La oscuridad tiene una cualidad tangible; puede sentirse y uno moverse en ella; en la oscuridad puedes golpearte las espinillas; el mundo físico no deja de existir. Pero ahora ella estaba perdida en un aterrador vacío.

Sucedía exactamente igual con el silencio. Esto era algo más que silencio. Una persona sorda puede sentir las vibraciones. Aquí no había nada que se pudiera sentir.

De pronto fue consciente de que su corazón latía rápidamente en su caja torácica. ¿Acaso se había detenido antes? ¿Qué le había hecho empezar de nuevo? El hormigueo en sus brazos y piernas se hizo más fuerte, y de repente sintió el movimiento.

Este movimiento que sentía debía ser la rotación de la Tierra girando sobre su propio eje, viajando con su trayectoria elíptica alrededor del sol. Y esta sensación de movimiento con la Tierra era parecida a la de estar en el océano, más allá del vaivén de las olas, flotando sobre el agua en movimiento, latiendo suavemente con el oleaje y sintiendo el ligero pero inexorable empuje de la luna.

Estoy dormida; estoy soñando, pensó. Estoy teniendo una pesadilla. Quiero despertar. Déjenme despertar.

—¡Vaya! —oyó decir a Charles Wallace—. ¡Esto sí que ha sido un viaje! Podrían habernos advertido.

La luz comenzó a latir y temblar. Meg parpadeó y se colocó temblorosamente las gafas, y allí estaba Charles Wallace, que permanecía de pie con las manos en las caderas, mostrando una actitud de indignación frente a ella.

—¡Meg! —gritó él—. ¡Calvin! ¿Dónde están?

Veía a Charles, lo oía, pero no podía acercarse a él. No podía apartar la extraña y temblorosa luz para acudir a su encuentro.

La voz de Calvin llegó como si estuviera empujándola a través de una nube:

—Bueno, sólo necesito que me des un poco de tiempo, ¿quieres? Soy mayor que tú.

Meg se sobresaltó. No es que Calvin hubiera aparecido de repente. O que se dejara ver primero una parte de él y a continuación el resto de su cuerpo lo siguiera: una mano y luego un brazo, un ojo y por último la nariz. Se trataba más bien de una especie de iridiscencia, como mirar a Calvin a través del agua, a través del humo, a través del fuego, y de pronto allí estaba, sólido y tranquilizador.

—¡Meg! —oyó decir a Charles Wallace—. ¡Meg! Calvin, ¿dónde está Meg?

—Estoy aquí —trató de decir ella, pero su voz parecía estar atrapada en sí misma.

—¡Meg! —chilló Calvin, y se dio la vuelta, buscándola como loco.

—Señora Qué, no habrá dejado *atrás* a Meg, ¿verdad? —gritó Charles Wallace.

—Si cualquiera de ustedes le ha hecho daño a Meg... —comenzó a decir Calvin, pero de pronto Meg sintió un violento empujón y un estallido como si hubiera sido lanzada a través de una pared de cristal.

—¡Oh, estás *ahí*! —dijo Charles Wallace, y corrió hacia ella y la abrazó.

—Pero ¿*dónde* estoy? —preguntó Meg sin aliento, aliviada al oír que ahora su voz salía de ella de una manera más o menos normal.

Miró a su alrededor con frenesí. Estaban de pie en un campo iluminado por el sol, y el aire que los rodeaba se movía con la deliciosa fragancia que sólo se percibe en los escasos días de primavera en los que los rayos del sol no son abrasadores y las flores de los manzanos comienzan a abrirse. Ella se recolocó las gafas sobre la nariz para afirmarse a sí misma que lo que estaba viendo era real.

Habían dejado el destello plateado de una penetrante tarde otoñal; y ahora alrededor de ellos todo estaba iluminado por un color dorado. Las hierbas del campo tenían el tierno color verde de las hojas nuevas, y esparcidas por doquier había pequeñas flores multicolor. Meg se volvió lentamente para ponerse frente a una montaña que llegaba tan alto en el cielo que su pico se

perdía en una corona de voluminosas nubes blancas. Desde los árboles hasta el pie de la montaña llegaba el repentino canto de los pájaros. Había un aire de paz y alegría tan inefables a su alrededor que el desbocado latir de su corazón amainó. La señora Quién dijo:

“¿Cuándo nos encontraremos los tres de nuevo,
en los relámpagos, en la lluvia, o en los truenos?” *

De repente, las tres estaban allí, la señora Qué con su estola rosa descolocada; la señora Quién con sus gafas relucientes; y la señora Cuál que todavía era poco más que un resplandor. Delicadas mariposas multicolores revoloteaban por encima de ellas, a modo de saludo.

La señora Qué y la señora Quién comenzaron a reír, y continuaron riendo hasta que pareció que, cualquiera que fuera la broma que se habían gastado entre ellas, se caerían al suelo con la hilarante diversión que les estaba provocando. El resplandor parecía estar riendo también. Se hizo ligeramente más oscuro y más sólido; y en ese momento apareció una figura vestida con una bata negra y un sombrero negro con visera, de ojos pequeños y brillantes, nariz picuda y largo cabello gris; una mano huesuda agarró un palo de escoba.

—Buuueeno, sóoolooo looo haaagooo parrra queee estéeen contennntas, chicasss —dijo la extraña voz, y la señora Qué y la señora Quién se abrazaron prorrumpiendo en enormes carcajadas.

—Si ustedes, señoras, se han divertido ya lo suficiente, creo que deberían aclararles un poco más la situación a Calvin y Meg —dijo Charles Wallace con frialdad—. Casi matan a Meg del susto, arrastrándola de esta forma sin previo aviso.

—“*Finxerunt animi, raro et perpauca loquentis*” —entonó la señora Quién—, Horacio: “Quien no se halla inclinado a actuar, menos lo está para hablar”.

—¡Señora Quién, me gustaría que dejara de declamar citas! —exclamó Charles Wallace muy irritado.

La señora Qué se ajustó su estola:

—Pero a ella se le hace muy difícil verbalizar sus pensamientos, querido Charles. Recurrir a las citas le resulta más sencillo que hallar sus propias palabras para expresarse.

—Yyyy nooo deebemoss perrrderrr nuessstrooo sentidooo deeel humorrr —repuso la señora Cuál—. Laaa úunicaaaa forrrma deee enfrrentarrse aaa uuun asuuuntooo terribleementeee seriiiio esss inteeentarr traatarlooo coon cierrra liiigerrezaaa.

—Pero a Meg le va a resultar difícil —dijo la señora Qué—. Va a ser difícil para ella darse cuenta de que *somos* serias.

—¿Y yo qué? —preguntó Calvin.

—La vida de tu padre no está en juego —respondió la señora Qué.

—¿Entonces qué pasa con Charles Wallace?

La voz de puerta chirriante de la señora Qué estaba llena de calidez, cariño y orgullo:

—Charles Wallace lo sabe. Charles Wallace sabe que está en juego mucho más que la vida de su padre. Charles Wallace sabe lo que está en juego.

—Pero recuerda —dijo la señora Quién—: “*Ἄελπτον οὐδέν, πάντα δ’ ἐλπίζειν χρηῶν*”, Eurípides: “Nada es imposible, debemos tener esperanza siempre”.

—¿Dónde estamos ahora, y cómo hemos llegado hasta aquí? —preguntó Calvin.

—En Uriel, el tercer planeta de la estrella Malak en la espiral nebulosa de Messier 101.

—¿Se supone que debo creerlo? —preguntó Calvin indignado.

—Ccccomoo deseesss —repuso con frialdad la señora Qué.

Por alguna razón, Meg sintió que la señora Cuál, a pesar de su aspecto y su inestable palo de escoba, era alguien en quien uno podía tener completa confianza.

—No parece más peculiar que cualquiera de las cosas que ya han pasado.

—¡Bueno, entonces, que alguien me diga cómo hemos llegado hasta aquí! —la voz de Calvin denotaba que seguía enojado y parecía que sus pecas sobresalían de su rostro—. Incluso viajando a la velocidad de la luz, tardaríamos años y años en llegar hasta aquí.

—Oh, nosotras no viajamos a la velocidad de *cosa alguna* —explicó con seriedad la señora Qué—. Nosotras *teseractuamos*. O mejor dicho, nosotras *arrugamos*.

—Claro como la noche —dijo Calvin.

“Tesseractuar”, pensó Meg. ¿Podría tener algo que ver con el tesseracto de su madre?

Estaba a punto de preguntarlo cuando la señora Cuál comenzó a hablar, y uno no interrumpía a la señora Cuál cuando hablaba:

—Laaa señññorra Quéee esss joooven eee ingeeenuaaa.

—Sigue pensando que puede explicar las cosas con *palabras* —dijo la señora Quién: “*Qui sait plus, plus se tait*”, esto es francés, como ya saben: “Cuanto más sabe un hombre, menos habla”.

—Pero ella tiene que emplear palabras para que Meg y Calvin la entiendan —le recordó Charles a la señora Quién—. Si los han traído hasta aquí, tienen derecho a saber lo que está pasando.

Meg se acercó a la señora Cuál. Debido a la intensidad de su pregunta, había olvidado por completo el tesseracto:

—¿Mi padre está aquí?

La señora Cuál negó con la cabeza:

—Nooo esstáaa aquíii, Meggg. Deeejaa queee seaaa laaa señññorra Quéee, laaa queee teee looo expliqueee. Ellaaa esss joooven y lee resultaas máaaas fáciil utiilizarr elll lenguaaje deee lasss palaaabrasss queee aaa noosotrrras.

—Nos hemos detenido aquí —explicó la señora Qué—, por un lado, para recuperar el aliento. Y, por otro, para darles la oportunidad de saber a lo que se están enfrentando.

—Pero ¿qué pasa con papá? —preguntó Meg—. ¿Está bien?

—Por el momento sí, cariño. Él es una de las razones por las que estamos aquí. Pero ya ves, es sólo una de ellas.

—Y bien, ¿dónde está? ¡Por favor, llévenme con él!

—Todavía no puede ser —repuso Charles—. Tienes que ser paciente, Meg.

—¡Pero yo *no* soy paciente! —gritó Meg con fervor—. ¡Nunca he sido paciente!

Las gafas de la señora Quién brillaron hacia ella con amabilidad:

—Si quieres ayudar a tu padre, entonces debes aprender a tener paciencia. “*Vitam impendere vero*”, “Consagrar la vida a la búsqueda de la verdad”. Eso es lo que debemos hacer.

—Eso es lo que tu padre está haciendo —confirmó la señora Qué. Y su voz, al igual que la de

la señora Quién, sonó muy seria, muy solemne. A continuación exhibió una sonrisa radiante—. ¡Entonces! ¿Por qué ustedes tres no se dan una vuelta para que Charles les pueda explicar un poco las cosas? Están totalmente seguros en Uriel. Por esa razón nos hemos detenido aquí para descansar.

—¿Pero no van a venir con nosotros? —preguntó Meg con temor.

Por un momento se hizo un silencio. Entonces la señora Cuál levantó su mano con autoridad:

—Muésstrrrraselo —le dijo a la señora Qué, y algo en su voz hizo que Meg se pusiera a la defensiva.

—¿Ahora? —preguntó la señora Qué, su voz chirriante se convirtió en un chillido. Fuera lo que fuera lo que la señora Cuál quería que vieran, era algo que a la señora Qué también le hacía sentir incómoda.

—Ahooorra —dijo la señora Cuál—. Elloos tambiéeen debeeen saberrrlooo.

—¿Debería..., debería *cambiar*? —preguntó la señora Qué.

—Meeejorrr.

—Espero que no les afecte demasiado a los niños —musitó la señora Qué como para sí misma.

—¿Debería cambiar yo también? —preguntó la señora Quién—. ¡Oh! Pero me *divertía* tanto estar vestida con esta ropa. Pero tengo que admitir que la señora Qué es la mejor en ello. “*Das Werk Lobt den Meister*”, en alemán: “La habilidad del obrero se conoce por su obra”. ¿Me transformo ahora también?

La señora Qué negó con la cabeza:

—Aúuun nooo. Aquíiii nooo. Deeeebsss esperrrarr.

—No se asusten, preciosos —dijo la señora Qué. Su pequeño cuerpo regordete comenzó a brillar, a temblar, a cambiar. Los colores vivos de sus vestidos palidieron, se blanquearon. Su bolso redondo se estiró, se alargó, se fusionó. Y de repente, ante los niños, se hallaba una criatura más hermosa que cualquiera que Meg hubiera siquiera imaginado, y su belleza residía en mucho más que en la descripción exterior. En apariencia, la señora Qué claramente ya no era la señora Qué, sino un cuerpo de mármol blanco de formas poderosas. Algo así como un caballo, pero al mismo tiempo completamente diferente a un caballo, porque desde la magnífica espalda modelada surgía un torso noblemente formado, unos brazos y una cabeza parecida a la de un hombre, pero un hombre con una perfección y semblanza de dignidad y virtud, una exaltación de alegría como Meg nunca antes había visto. No, pensó ella, no se parece a un centauro griego. De ninguna manera.

De los hombros se desplegaron lentamente un par de alas, alas hechas de arcoíris, de luz sobre agua, de poesía.

Calvin cayó de rodillas:

—No —dijo la señora Qué, aunque su voz no era la de la señora Qué—. No te postres ante mí, Calvin. Nunca ante mí. Levántate.

—Llévaateloos —ordenó la señora Qué.

Con un gesto al mismo tiempo fuerte y delicado, la señora Qué se inclinó delante de los chicos, desplegando sus alas y manteniéndolas firmes, pero temblorosas:

—Encarámense a mi espalda, ahora —dijo la nueva voz.

Los chicos dieron pasos vacilantes hacia la hermosa criatura.

—Pero ¿cómo la llamamos ahora? —preguntó Calvin.

—Oh, queridos míos —oyeron decir a la nueva voz, una voz rica con la calidez de un instrumento de viento hecho de madera, con la claridad de una trompeta, con el misterio de un oboe—. No pueden cambiar mi nombre cada vez que me metamorfosee. Y me place tanto ser la señora Qué, que pienso que será mejor dejarlo así —¿ella? ¿Él? ¿Ello? les sonrió, y el resplandor de su sonrisa era tan tangible como una brisa suave, tan reconfortante como los rayos del sol.

—Vengan —Charles Wallace se subió a su montura.

Meg y Calvin lo siguieron, Meg se sentó entre los dos muchachos. Un estremecimiento recorrió las enormes alas y entonces la señora Qué se alzó del suelo y se movieron por los aires.

Meg pronto descubrió que no había necesidad de aferrarse a Charles Wallace o a Calvin. El vuelo de esta gran criatura era serenamente delicado. Los chicos observaban el paisaje con entusiasmo.

—Mira —señaló Charles Wallace—. Las montañas son tan altas que no se les ve el fin.

Meg miró hacia arriba, y en efecto las montañas parecían llegar hasta el infinito.

Dejaron las fértiles praderas y volaron a través de una gran meseta de roca granítica moldeada con la forma de enormes monolitos. Tenían una forma definida, eurítmica, pero no eran estatuas; no se parecían a nada que Meg hubiera visto antes, y se preguntó si habrían sido forjados por el viento y el clima, por la formación de este planeta, o si se trataba de una creación de seres como aquél en el que estaba montada.

Salieron de la gran llanura de granito y sobrevolaron un jardín aún más hermoso que cualquier cosa que hubiera soñado. En él se reunían muchas de las criaturas como ésta en la que la señora Qué se había convertido: algunas yacían entre las flores, otras nadaban en un río ancho y cristalino que fluía a través del jardín, algunas volaban en lo que Meg estaba segura que debía ser una especie de danza, saliendo y entrando de la copa de los árboles. Hacían música, música que no surgía sólo de sus gargantas, sino también del movimiento de sus grandes alas.

—¿Qué cantan? —preguntó Meg emocionada.

La señora Qué sacudió su hermosa cabeza:

—No puede ser expresado con tus palabras: yo no puedo transferirlo a tu idioma. ¿Estás captando algo de ello, Charles?

Charles Wallace se sentó muy quieto en la ancha montura, en su rostro se reflejaba una fija mirada de atención, el mismo aspecto que tenía cuando ahondaba en Meg o en su madre:

—Un poco. Sólo un poco. Pero creo que podría captar más con el tiempo.

—Sí. Podrías aprenderlo, Charles. Pero no hay tiempo. Sólo podemos permanecer aquí lo suficiente para descansar y hacer algunos preparativos.

Meg apenas la escuchaba:

—¡Quiero saber qué están diciendo! Quiero saber lo que significa.

—Inténtalo, Charles —le instó la señora Qué—. Trata de traducírselo. Puedes dejarte llevar ahora. No debes vacilar.

—¡Pero no soy capaz! —se lamentó Charles Wallace con una voz angustiada—. ¡Aún no sé

lo suficiente! ¡Aún no!

—Entonces, intenta hacerlo conmigo y voy a tratar de verbalizarlo un poco para ellos.

Charles Wallace puso su mirada inquisitiva, de atención total. “¡Conozco esa mirada!”, pensó Meg de repente. ¡Ahora creo que sé lo que significa! Porque yo misma he llegado a tener esa expresión en ciertas ocasiones, haciendo ejercicios de matemáticas con mi padre, cuando estaba a punto de resolver un problema.

La señora Qué parecía estar escuchando los pensamientos de Charles.

—Bueno, sí, es una idea. Puedo probar. Es una pena que no estés completamente seguro para que puedas transmitírmelo directamente, Charles. Es mucho más trabajoso de esta manera.

—No seas perezosa —dijo Charles.

La señora Qué no se mostró ofendida, y se explicó:

—Oh, pero se trata de mi actividad favorita, Charles. Por esa razón me eligieron para acompañarlas, a pesar de ser mucho más joven que ellas. Es mi única habilidad verdadera. Pero requiere una tremenda cantidad de energía, y vamos a necesitar hasta el último ápice de nuestra fuerza para lo que nos espera. No obstante, voy a intentarlo. Lo intentaré por Calvin y por Meg —ella se quedó en silencio y sus grandes alas casi dejaron de moverse, sólo un delicado temblor parecía mantenerlos en vuelo—. Ahora escuchen —dijo la señora Qué. La resonante voz se elevó y las palabras parecían rodearlos de forma que Meg sentía que casi podía alcanzarlas y tocarlas:

*¡Elevad un cántico nuevo al Señor y alabadlo desde los confines de la Tierra; vosotros que descendéis hasta el mar y todo lo que hay en él: las islas y sus moradores. Que tanto la naturaleza como las ciudades alcen su voz; que los habitantes de los riscos canten, que clamen desde la cima de las montañas. Que todos glorifiquen al Señor! ***

Meg sintió un palpito de alegría que recorrió todo su cuerpo como nunca lo había experimentado antes. Tocó la mano de Calvin y él no la aferró a la suya; simplemente movió sus dedos de forma que apenas la palpaba, pero la alegría fluía a través de ellos, circulaba a su alrededor y dentro de ellos.

Cuando la señora Qué suspiró, parecía totalmente incomprensible que con esta felicidad pudiera surgir el más leve atisbo de duda.

—Tenemos que irnos ahora, hijitos —la voz de la señora Qué estaba embargada por una profunda tristeza y Meg no podía entenderlo. Al alzar la cabeza, la señora Qué emitió un llamado que parecía ser una orden, y una de las criaturas que volaban por encima de los árboles más cercanos levantó su cabeza para escuchar y, a continuación, voló y recogió tres flores de un árbol que crecía cerca del río y se las ofreció a ellos—. Cada uno de ustedes tiene que tomar una —dijo la señora Qué—. Más tarde les diré cómo usarlas.

Tan pronto como Meg tomó su flor, se dio cuenta de que no era una única flor, sino cientos de diminutas florecillas que formaban una especie de campana hueca.

—¿Adónde vamos? —preguntó Calvin.

—Arriba.

Las alas comenzaron a moverse incesantemente, con rapidez. El jardín se quedó atrás, la planicie de granito, las formas imponentes, y entonces la señora Qué voló hacia arriba, ascendiendo sin interrupción. Debajo de ellos los árboles de la montaña menguaban, eran

reemplazados por arbustos y pequeños hierbajos secos, y llegó un momento en el que la vegetación desapareció por completo y sólo había rocas, picudas y puntiagudas rocas, afiladas y peligrosas.

—Agárrense fuerte —dijo la señora Qué—. No se resbalen.

Meg sintió el brazo de Calvin rodear su cintura para sujetarla.

Seguían ascendiendo.

Ahora se hallaban entre las nubes. No conseguían ver más que una espesa blancura, y la humedad se aferró a ellos y se condensó en gotitas heladas. Al estremecerse Meg, Calvin afianzó su agarre. Frente a ella Charles Wallace se sentó en silencio. Una vez que pudo darse la vuelta el tiempo suficiente, le dirigió una rápida mirada de ternura y preocupación. Pero Meg sintió cómo cada momento que pasaba, él se alejaba más y más, y cada vez era menos su hermanito adorado y formaba más parte del tipo de ser que la señora Qué, la señora Quién, y la señora Cuál eran en realidad.

De repente salieron de golpe de las nubes. Debajo de ellos aún había rocas; por encima de ellos esas rocas llegaban al cielo, pero ahora, aunque parecían estar muchos kilómetros más arriba, Meg era capaz de distinguir la cima de la montaña.

La señora Qué siguió subiendo, y en sus alas se notaba un ligero esfuerzo. Meg sintió que su corazón se aceleraba; un sudor frío comenzó a acumularse en su cara y sintió cómo sus labios se tornaban de color azul. Ella empezó a jadear.

—Muy bien, niños, ahora utilicen sus flores —dijo la señora Qué—. La atmósfera comenzará a enrarecerse a partir de ahora. Mantengan las flores pegadas al rostro y respiren, ellas les proporcionarán el oxígeno suficiente. No será igual a lo que están acostumbrados, pero les bastará.

Meg casi se había olvidado de las flores, y se alegró de darse cuenta de que aún la tenía en las manos y que no la había dejado caer. Llevó su rostro a la flor y respiró profundamente.

Calvin todavía la agarraba con un brazo, pero él también acercó la flor a su cara.

Charles Wallace movió lentamente la mano que sostenía la flor, casi como si estuviera en un sueño.

Las alas de la señora Qué forcejearon contra el enrarecimiento de la atmósfera. La cúspide estaba sólo un poco por encima de ellos, y entonces llegaron. La señora Qué se paró a descansar en una pequeña meseta de piedra lisa plateada. Delante de ellos se hallaba un gran disco blanco.

—Ésa es una de las lunas de Uriel —les dijo la señora Qué con su poderosa voz, que parecía quedarse ligeramente sin aliento.

—¡Oh, es hermosa! —exclamó Meg—. ¡Es hermosa!

La luz plateada de la enorme luna se derramaba sobre ellos, mezclándose con la naturaleza dorada del día, vertiéndose sobre los niños, sobre la señora Qué y sobre el pico de la montaña.

—Ahora daremos la vuelta —dijo la señora Qué, y por el tono de su voz, Meg volvió a tener miedo otra vez.

Pero cuando se volvieron, no vio nada. Por delante de ellos se extendía el claro azul del cielo; mientras que por debajo las rocas empujaban el cambiante mar de nubes blancas.

—Ahora esperaremos la puesta de sol y de la luna —dijo la señora Qué.

Casi mientras lo decía, la luz empezó a desvanecerse, a volverse oscura.

—Quiero ver la puesta de la luna —dijo Charles Wallace.

—No, cielo. No se den la vuelta, ninguno de ustedes. Dirijan sus miradas a la oscuridad. Lo que tengo que enseñarles será más visible entonces. Miren hacia delante, hacia el frente, tan lejos como puedan hacerlo.

Los ojos de Meg le dolían por el esfuerzo de mirar y de no ver nada. Entonces, por encima de las nubes que rodeaban la montaña, a ella le pareció vislumbrar una sombra, una especie de débil oscuridad tan lejana que apenas estaba segura de estar viéndola realmente.

Charles Wallace preguntó:

—¿Qué es eso?

—Esa especie de sombra que hay ahí —señaló Calvin—. ¿Qué es? No me gusta.

—Observen —ordenó la señora Qué.

Era una sombra, nada más que una sombra. Ni siquiera tan tangible como una nube. ¿Acaso era proyectada por algo? ¿O era una Cosa en sí misma?

El cielo se oscureció. La luz dorada desapareció y fueron rodeados por un halo azul que se fue haciendo cada vez más profundo hasta que allí, donde no había habido nada más que el cielo del atardecer, surgió entonces el ligero titilar de una estrella, y luego de otra y otra y otra más. Había más estrellas de las que Meg hubiera visto nunca.

—La atmósfera está tan enrarecida aquí —dijo la señora Qué como si estuviera dando respuesta a una pregunta sin formular— que no oscurece su visión como lo haría en su hogar. Ahora miren. Miren justo al frente.

Meg miró. La sombra oscura todavía estaba allí. No había disminuido o se había dispersado con la llegada de la noche. Y allá donde estaba la sombra, las estrellas no eran visibles.

¿Qué podría hacer que una sombra fuera tan terrible para que ella supiera que nunca había habido nada ni lo habría en el futuro que le hiciera helarse con un miedo que estaba más allá del estremecimiento, del llanto o del alarido, más allá de la posibilidad de consuelo?

La mano de Meg que sostenía su flor fue cayendo lentamente y parecía como si un cuchillo atravesara sus pulmones. Abrió la boca pero no había aire para que ella pudiera respirar. La oscuridad nubló sus ojos y su mente, sin embargo a medida que comenzaba a entrar en la inconsciencia, su cabeza cayó sobre la flor que todavía estaba agarrando; y al inhalar la fragancia de su pureza, su mente y su cuerpo revivieron, y ella se sentó otra vez.

La sombra aún seguía allí, oscura y terrible.

Calvin sostuvo su mano con firmeza, pero ella no sintió ni fuerza ni tranquilidad en su tacto. Junto a ella un temblor pasó a través de Charles Wallace, pero él permaneció muy quieto.

“Mi hermano no debería estar viendo esto”, pensó Meg. Es demasiado para un niño, no importa lo diferente y extraordinario que sea ese niño.

Calvin se volvió, rehuendo la cosa oscura que había borrado la luz de las estrellas.

—Haz que se marche, señora Qué —susurró él—. Haz que se marche. Es maligna.

Poco a poco la majestuosa criatura se dio la vuelta hasta que la sombra quedó detrás de ellos, de modo que sólo vieron las estrellas que no habían sido oscurecidas, el suave titilar de las estrellas en la montaña, el círculo descendente de la gran luna deslizándose rápidamente sobre el

horizonte. Luego, sin que la señora Qué dijera palabra alguna, emprendieron su viaje hacia abajo, hacia abajo, hacia abajo. Cuando llegaron a la corona de nubes, la señora Qué dijo:

—Ahora pueden respirar sin las flores, hijitos.

De nuevo silencio. Ni una sola palabra. Era como si la sombra los hubiera alcanzado y tocado de alguna manera con su poder oscuro, provocando que ahora fueran incapaces de hablar. Al regresar al prado florido, bañado entonces con la luz de las estrellas y de otra luna más pequeña, más amarilla, y en fase creciente, se destensaron un poco y se dieron cuenta de que el cuerpo de la hermosa criatura en la cual viajaban se había puesto tan rígido como los de ellos.

Con un gesto elegante se posó en el suelo y plegó sus grandes alas. Charles Wallace fue el primero en desmontar:

—¡Señora Quién! ¡Señora Qué! —gritó él y hubo un inmediato estremecimiento en el aire. Las reconocibles gafas de la señora Quién aparecieron ante ellos. La señora Cuál apareció también; pero, tal y como le había dicho a los niños, para ella era difícil materializarse por completo, y aunque allí no estaban la bata ni su sombrero, Meg podía ver la montaña y las estrellas a través de ellos. Desmontó del lomo de la señora Qué y caminó, más insegura después del largo viaje, hasta llegar ante la señora Cuál.

—Esa cosa oscura que hemos visto —dijo ella—. ¿Es eso contra lo que mi padre está luchando?



* *Macbeth*, acto I.

** Isaías 42:10.

CINCO

El tesseracto



—**S**í —respondió la señora Cuál—. Éeel ssse encuentrrra deetrásss deee laaa oscuuridadd, porrr esooo níii siiiquierra nosotraas podeemos verloo.

Meg se echó a llorar, a gemir con fuerza. A través de sus lágrimas pudo ver a Charles Wallace allí de pie, muy pequeño, muy blanco. Calvin la rodeó con sus brazos, pero ella se estremeció y se apartó, gimiendo como loca. En ese momento las majestuosas alas de la señora Qué la envolvieron y ella sintió un consuelo y una fortaleza que le recorrieron el cuerpo. La señora Qué no habló en voz alta, y sin embargo Meg entendió sus palabras a través de las alas.

—Hijita, no desesperes. ¿De verdad crees que te habríamos traído aquí si no hubiera esperanza? Les estamos pidiendo que hagan algo difícil, pero estamos seguros de que pueden lograrlo. Tu padre necesita ayuda, necesita valor, y él será capaz de hacer por sus hijos lo que no puede hacer para sí mismo.

—¿Yyy biiien? —dijo la señora Qué—. ¿Essstán listooos?

—¿Adónde vamos? —preguntó Calvin.

Una vez más, Meg sintió un hormigueo físico de miedo totalmente real cuando la señora Cuál habló.

—Debeeemos iir máaass alláaa deee laaa sombrrra.

—Pero no vamos a hacerlo todo de una sola vez —les tranquilizó la señora Qué—. Lo haremos en etapas cortas—ella miró a Meg—. Ahora vamos a tesseractuar, vamos a arrugar de nuevo. ¿Lo entienden?

—No —dijo Meg rotundamente.

La señora Qué suspiró:

—Las explicaciones no son fáciles cuando se tratan de cosas para las que su civilización aún no tiene palabras. Calvin habló acerca de viajar a la velocidad de la luz. Eso lo entiendes, ¿verdad, pequeña Meg?

—Sí —asintió Meg.

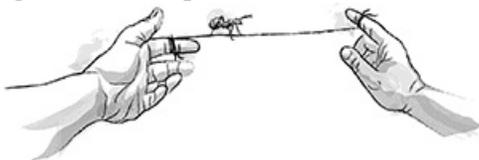
—Ése, por supuesto, es el camino largo e inútil. Nosotras hemos aprendido a tomar atajos siempre que sea posible.

—¿Algo así como con las matemáticas? —preguntó Meg.

—Igual que con las matemáticas —la señora Qué miró a la señora Quién—. Agarra tu falda y se los mostraré.

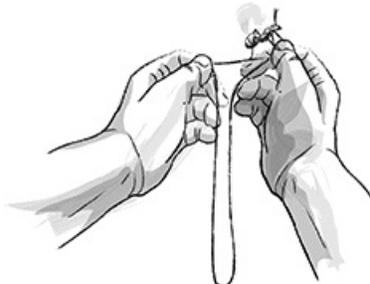
—“La experiencia es la madre de la ciencia”, queridos míos, como dijo Cervantes —la señora Quién tomó una parte de su bata blanca entre sus manos y la sostuvo con fuerza.

—Observen —dijo la señora Qué—, si un insecto muy pequeño fuera a pasar de la parte de la falda que la señora Quién está sosteniendo con su mano derecha a la que tiene en su izquierda, sería una caminata bastante larga si tuviera que recorrerla en línea recta.



Rápidamente la señora Quién acercó sus manos, sosteniendo todavía la falda.

—Ahora miren —dijo la señora Qué—, este insecto *estaría* allí, sin necesidad de hacer ese largo viaje. Ésa es la forma en que nosotras viajamos.



Charles Wallace admitió la explicación con serenidad. Incluso Calvin parecía no haberse inquietado.

—Oh, cielos —suspiró Meg—. Supongo que *soy* una imbécil. Pero sencillamente no lo entiendo.

—Eso es porque concibes el espacio sólo en tres dimensiones —le dijo la señora Qué—. Nosotras viajamos a través de la quinta dimensión. Esto es algo que tú puedes entender, Meg. No tengas miedo de intentarlo. ¿Tuvo tu madre ocasión de explicarte lo que es el tesseracto?

—Lo cierto es que no —repuso Meg—. Estaba tan preocupada con ello. ¿Por qué, señora Qué? Ella dijo que tenía algo que ver con papá y con ella.

—Era un concepto que estaban tratando de dilucidar —dijo la señora Qué—, y consiste en pasar de la cuarta a la quinta dimensión. ¿Te lo explicó tu madre a ti, Charles?

—Pues sí —Charles parecía un poco avergonzado—. Por favor, no te ofendas, Meg. Estuve detrás de ella mientras tú estabas en la escuela hasta que conseguí que me lo dijera.

Meg suspiró:

—Explicámelo y ya está.

—Está bien —dijo Charles—. ¿Qué es la primera dimensión?

—Pues, una línea —————

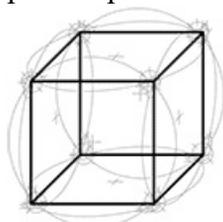
—Así es. ¿Y la segunda dimensión?

—Bueno, elevas la línea al cuadrado. En esta segunda dimensión estaríamos hablando de un cuadrado plano.



—¿Y la tercera dimensión?

—Bueno, habría que elevar al cuadrado la segunda dimensión. Entonces el cuadrado ya no sería plano. Tendría fondo, lados, y una parte superior. Un cubo.



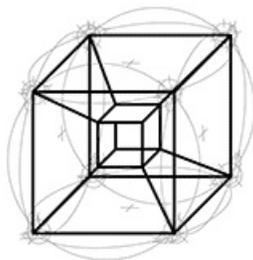
—¿Y la cuarta?

—Bueno, supongo que si quieres plantearlo en términos matemáticos, sería la cuadratura del cubo. Pero no se puede tomar un lápiz y dibujarlo como sucede con los tres primeros. Sé que tiene algo que ver con Einstein y el tiempo. Supongo que a la cuarta dimensión podríamos llamarla Tiempo.

—Eso es correcto —dijo Charles—. Buena chica. Bien, entonces, para la quinta dimensión habría que elevar la cuarta al cuadrado, ¿verdad?

—Supongo que sí.

—Pues bien, la quinta dimensión es un tesseracto. Se añade eso a las otras cuatro dimensiones y se puede viajar a través del espacio sin tener que ir por el camino largo. En otras palabras, para decirlo según Euclides o la antigua geometría plana, una línea recta *no* es la distancia más corta entre dos puntos.



Durante un breve e iluminador segundo, el rostro de Meg tuvo la mirada inquisitiva, de atención total, que tan a menudo se observaba en el de Charles.

—¡Lo tengo! —exclamó—. ¡Lo he entendido! ¡Por un momento lo he captado! ¡No puedo explicarlo ahora, pero por un segundo lo he visto! —ella se volvió con entusiasmo hacia Calvin—. ¿Lo has entendido tú también?

Él asintió con la cabeza:

—Lo suficiente. No lo entiendo como lo hace Charles Wallace, pero lo suficiente como para tener una idea.

—Entonnnnces nooos vamosss —dijo la señora Qué—. Nooo teneemos tooodo eeel tiiiempo deeel mundooo.

—¿Podríamos tomarnos de las manos? —preguntó Meg.

Calvin le tomó la mano y la apretó con fuerza en la suya.

—Puedes intentarlo —dijo la señora Qué—, aunque no estoy segura de que resulte. Verás que aunque viajamos juntos, viajamos solos. Iremos primero y más tarde los llevaremos sobre nuestra estela. Así será más fácil para ti —a medida que hablaba, el gran cuerpo blanco comenzó a temblaquear, las alas se disolvieron en la niebla. La señora Quién pareció evaporarse hasta que no quedaron nada más que las gafas, y entonces desaparecieron también las gafas. Meg se acordó del gato de Cheshire.*

A menudo he visto un rostro sin gafas, pensó; ¡pero nunca unas gafas sin rostro! Me pregunto si yo me iré también de esa manera. ¿Primero yo y después mis gafas?

Miró a la señora Cuál. En un momento la señora Cuál estaba allí y de repente ya no estaba.

Hubo una ráfaga de viento y un gran impulso y un brusco estruendo cuando fue propulsada a través de... ¿qué? De repente todo era oscuridad, silencio, nada. Si Calvin aún sostenía su mano no podía sentirlo. Pero esta vez ella se preparó para la súbita y completa disolución de su cuerpo. Cuando sintió regresar el cosquilleo a sus dedos supo que este viaje casi había terminado y pudo sentir de nuevo la presión de la mano de Calvin sobre la suya.

Sin previo aviso, de la misma forma que llega una completa e inesperada sorpresa, sintió una presión que nunca había imaginado, como si estuviera siendo completamente aplastada por una gigantesca aplanadora. Esto era mucho peor de lo que había sido la nada; mientras ella no era nada, no tenía necesidad de respirar, pero ahora sus pulmones estaban siendo estrujados de forma que, a pesar de que se estaba muriendo por la falta de aire, era imposible que se expandieran y contrajeran para tomar el necesario y seguir manteniéndose con vida. Esto era completamente diferente al enrarecimiento de la atmósfera cuando sobrevolaron la montaña y ella había tenido que poner la flor en su rostro para respirar. Trató de jadear, pero una muñeca de papel no puede jadear. Pensó que estaba tratando de pensar, pero su mente aplanada era tan incapaz de reaccionar como sus pulmones; sus pensamientos fueron aplastados junto al resto de ella. Su corazón trató de latir; emitió un leve movimiento de convulsión, sin embargo no podía expandirse.

Justo entonces le pareció escuchar una voz, o si no una voz, al menos unas palabras, palabras aplanadas como si estuvieran impresas en papel: “¡Oh, no! ¡No podemos detenernos aquí! ¡Se trata de un planeta de *dos* dimensiones y los niños no pueden adaptarse a él!”.

Ella fue arrastrada de nuevo a la nada, y la nada era maravillosa. No le importaba no sentir la mano de Calvin, no poder ver, sentir o incluso ser. La liberación de esa presión intolerable que la estaba ahogando era todo lo que necesitaba.

A continuación, el cosquilleo comenzó a regresar a sus dedos, a los dedos de sus pies; sentía a Calvin agarrándola con fuerza. El corazón le latía con regularidad; la sangre corría por sus

venas. Lo que había sucedido, fuera cual fuera el error que hubiera cometido, ya había pasado. Le pareció oír hablar a Charles Wallace, y sus palabras sonaban claras y completas como deben ser las palabras habladas:

—*De verdad*, señora Cuál, ¿podría habernos matado!

Esta vez ella fue empujada de la aterradora quinta dimensión con un repentino e inmediato tirón. Allí se encontraba, de nuevo siendo ella misma, de pie junto a Calvin, que le sostenía su mano en señal de protección, y con Charles Wallace delante de ella que exhibía una expresión indignada en su rostro. La señora Qué, la señora Quién y la señora Cuál aún no eran visibles, pero sabía que se encontraban allí; el hecho de su presencia era perceptible para ella.

—Niiiños, miiis diiisculpass —se oyó decir a la señora Cuál.

—Vamos, Charles, cálmate —dijo la señora Qué, haciendo acto de presencia no como la gran y hermosa bestia que había sido la última vez que la habían visto, sino con su familiar atuendo desaliñado lleno de chales y bufandas y el viejo abrigo de vagabundo y el sombrero—. Sabes lo difícil que es para ella materializarse. Si uno mismo no es sólido, resulta *muy* difícil darse cuenta de lo limitado que es el protoplasma.

—Looo sieentooo —oyeron pronunciar de nuevo a la señora Cuál; pero se notaba un retintín de diversión en ella.

—*No* resulta para nada gracioso —Charles Wallace dio un pataleo infantil.

Las gafas de la señora Quién refulgieron, y lentamente el resto de su apariencia física fue surgiendo detrás de ellas:

—“*We are such stuff as dreams are made on*” —ella sonrió ampliamente—. “Somos la misma sustancia de la cual están hechos los sueños”, Próspero en *La tempestad*. Me encanta esa obra.

—¿No lo habrás hecho a *propósito*? —reclamó Charles.

—Oh, mi cielo, por supuesto que no —respondió la señora Qué con premura—. Ha sido un error muy comprensible. Es muy difícil para la señora Cuál pensar de una forma corpórea. Ella no les haría daño deliberadamente; tú lo sabes. Y realmente se trata de un pequeño planeta muy agradable, y más bien divertido por el hecho de ser plano. Siempre disfrutamos las visitas que hacemos allí.

—¿Entonces, dónde estamos ahora? —preguntó Charles Wallace—. ¿Y por qué?

—En el cinturón de Orión. Tenemos una amiga en este lugar, y queremos que echen una mirada a su propio planeta.

—¿Cuándo iremos a casa? —preguntó Meg con ansiedad—. ¿Qué pasa con mamá? ¿Qué pasa con los gemelos? Estarán muy preocupados por nosotros. Cuando no nos hayan visto llegar a la hora de dormir, bueno, a estas alturas mamá debe estar nerviosa. ¡Ella y los gemelos y Fort habrán estado buscándonos sin cesar, y por supuesto no estamos allí para que puedan encontrarnos!

—Vamos, no te preocupes, pequeña mía —dijo la señora Qué con total alegría—. Nos ocupamos de ello antes de irnos. Tu madre ha tenido suficiente con qué preocuparse contigo y con Charles, y sin saber nada de tu padre, para que le provoquemos más ansiedades. Nosotras arrugamos tanto el tiempo como el espacio. Es muy fácil de hacer si se sabe cómo.

—¿A qué se refiere? —preguntó Meg con tono lastimero—. Por favor, señora Qué, todo es tan confuso.

—Relájate y no te preocupes por cosas que no necesitas que te aflijan —dijo la señora Qué—. Hemos tesseractuado en el tiempo ordenada y pulcramente, y a menos que algo vaya terriblemente mal, los tendremos de regreso unos cinco minutos antes de que se hubiesen marchado, por lo que dispondremos de tiempo de sobra y nadie habrá de saber que se han ido, aunque por supuesto se lo contarán a su madre, pobre corderita. Y si algo sale muy, muy mal, no importará si regresamos o no.

—Nooo loss asuuusteees —se escuchó decir a la señora Cuál—. ¿Esstás perrrdiendooo laaa fee?

—Oh, no. En absoluto.

Pero Meg pensó que su voz sonaba un poco apagada.

—Espero que sea un planeta bonito —dijo Calvin—. No se ve mucho de él. ¿Alguna vez el ambiente se vuelve más claro?

Meg miró a su alrededor y se dio cuenta de que se había quedado tan sin aliento por el viaje y la parada en el planeta de dos dimensiones que no le había prestado atención a su entorno. Y tal vez esto no resultaba muy sorprendente, porque lo más importante acerca de lo que les rodeaba era exactamente que *parecía* imperceptible. Daba la impresión de que estaban de pie en una especie de indescriptible superficie plana. El aire que los circundaba era gris. No se trataba exactamente de niebla, pero no se podía ver nada a través de él. La visibilidad se limitaba a los cuerpos bien definidos de Charles Wallace y Calvin, los increíbles cuerpos de la señora Qué y la señora Quién, y un leve destello ocasional de la señora Cuál.

—Vengan, hijitos —dijo la señora Qué—. No tenemos que ir muy lejos, y bien podemos caminar. Les hará bien estirar las piernas un poco.

A medida que avanzaban a través de la grisura de esa atmósfera, Meg captó un destello aislado de piedras volcánicas, pero no había rastro de árboles o arbustos, nada más que tierra plana bajo sus pies, sin rastro de vegetación alguna.

Por último, por delante de ellos se alzaba lo que parecía ser una colina de piedra. A medida que se acercaban, Meg pudo distinguir que había una entrada que conducía a una cueva profunda y oscura.

—¿Vamos a entrar ahí? —preguntó la chica con nerviosismo.

—No tengas miedo —repuso la señora Qué—. A la Médium Feliz le resulta más sencillo trabajar dentro. Oh, les gustará, niños. Es muy alegre. Si alguna vez la viera triste, yo misma me quedaría muy deprimida. Mientras ella sea capaz de reír, estoy segura de que todo saldrá bien.

—Señoora Quéee —oyeron decir a la señora Cuál con severidad—, siiimplemeente poor eel hechooo deee queee seaaas muyyy joooven, nooo signiifica queee puedass hablaaar siiin cesarr.

La señora Qué parecía ofendida, pero se calmó inmediatamente.

—¿Qué edad *tiene* usted? —le preguntó Calvin.

—Un momento —farfulló la señora Qué mientras parecía que calculaba rápidamente con sus dedos. Ella asintió con aire triunfal—. Tengo exactamente 2,379,152,497 años, 8 meses y 3 días.

Esto es de acuerdo con *su* calendario, por supuesto, que, como saben, ni siquiera es muy preciso —ella se inclinó más cerca de Meg y Calvin y susurró—: realmente fue un *gran* honor para mí haber sido elegida para esta misión. Es sólo debido a mi verbalización y mi capacidad para materializarme tan bien. Pero, por supuesto, no podemos presumir de nuestros talentos. Lo que cuenta es la forma en que los usamos. Y yo cometo demasiados errores. Por eso la señora Quién y yo disfrutamos cuando vemos que la señora Cuál cometió un error cuando trató de aterrizar con ustedes en un planeta de dos dimensiones. Nos reíamos de *eso*, y no de ustedes. Ella se reía de sí misma, ya ven. Ella es sumamente comprensiva con nosotras, las más jóvenes.

Meg estaba escuchando con tanto interés lo que la señora Qué le estaba contando que apenas se dio cuenta cuando entraron en la cueva; la transición de la grisura del exterior a la grisura del interior era casi imperceptible. Vio una luz parpadeante por delante de ellos, y fue hacia allí adonde se dirigieron. Al acercarse se percató de que se trataba de un fuego.

—Puede llegar a hacer mucho frío aquí —dijo la señora Qué—, así que le hemos pedido que preparara una buena hoguera para ustedes.

Cuando se acercaron al fuego pudieron distinguir una sombra oscura proyectada en él, y a medida que se aproximaban vieron que dicha sombra era una mujer. Llevaba un turbante de hermosa seda color malva pálido, y un largo y suelto vestido de satén morado. En sus manos reposaba una bola de cristal en la que ella miraba embelesada. Parecía no haber visto ni a los niños, ni a la señora Qué, ni a la señora Quién, ni a la señora Cuál, y siguió mirando la bola de cristal; y mientras ella miraba comenzó a reír; y ella se rio sin cesar de lo que fuera que estuviera viendo.

La voz de la señora Cuál sonó clara y fuerte, haciendo eco contra las paredes de la caverna, y las palabras cayeron con un ruido sonoro.

—¡ESSSTAMOOOS AAAQUÍ!

La mujer levantó la vista de la bola, y cuando los vio, se levantó e hizo una profunda reverencia. La señora Qué y la señora Quién hicieron unas pequeñas reverencias en respuesta, y el resplandor que debía ser la señora Cuál también pareció inclinarse ligeramente.

—Oh, Médium, querida —dijo la señora Qué—, éstos son los niños: Charles Wallace Murry —al ser presentado, Charles Wallace hizo una reverencia—, Margaret Murry —Meg sintió que si la señora Qué y la señora Quién habían hecho una reverencia, ella también debía hacerla; así que lo intentó con bastante poco tino— y Calvin O’Keefe —Calvin asintió con la cabeza—. Queremos que vean su planeta de origen —dijo la señora Qué.

La médium perdió la sonrisa de placer que había exhibido hasta entonces:

—Oh, ¿por qué tienen que hacerme ver cosas desagradables cuando hay tantas otras encantadoras que se pueden contemplar?

Una vez más la voz de la señora Cuál reverberó a través de la cueva:

—Nooo haaabrá máaas cosass agrrrradableees aaa lasss cualeees miiirar siiii laaa geeente cooon resssresponsabiliidad nooo haaace naaada acerrra deee lasss queee soon deesagradaaables.

La médium suspiró y sostuvo la bola en alto.

—Miren, niños —dijo la señora Qué—. Miren bien en su interior.

—“*Que la terre est petite à qui la Voit des cieux!*”, Delille: “Qué pequeño es el mundo para aquel que lo mira desde el cielo” —entonó musicalmente la señora Quién.

Meg miró en el interior de la bola de cristal, al principio con cautela, después con creciente impaciencia, y pareció vislumbrar una enorme extensión de espacio oscuro y vacío, y de galaxias balanceándose a través de él. Finalmente parecía que se iban acercando a una de las galaxias.

—Su Vía Láctea —susurró la señora Qué a Meg.

Se dirigieron directamente al centro de la galaxia; luego se movieron a un lado; las estrellas parecían precipitarse hacia ellos. Meg puso el brazo encima de su rostro como para detener el golpe.

—¡Miraaa! —ordenó la señora Cuál.

Meg dejó caer su brazo. Parecía que se estaban dirigiendo a un planeta. Pensó que podía distinguir las capas de hielo polar. Todo parecía centelleantemente claro.

—No, no, querida Médium, eso es Marte —llamó suavemente la atención la señora Qué.

—¿De verdad *tengo* que hacerlo? —preguntó la Médium.

—¡AHOORAAA! —ordenó la señora Qué.

El brillante planeta se esfumó de su visión. Por un momento quedó la oscuridad del espacio; luego vieron otro planeta. Los contornos de este planeta no estaban limpios y definidos. Parecía estar cubierto por una nube de humo. A través de la bruma, Meg pensó que podría distinguir las familiares siluetas de los continentes como sucede en las imágenes de sus libros de Ciencias Sociales.

—¿Se debe a nuestra atmósfera que no podamos ver bien? —preguntó la chica con ansiedad.

—Nooo, Meggg, túuu sabeees queee nooo esss debiiido aaa laaa atmósferrra —repuso la señora Cuál—. Deeeebes seer valieeente.

—¡Es la Cosa! —exclamó Charles Wallace—. ¡La Cosa Negra que vimos desde el pico de la montaña de Uriel, cuando montábamos a lomos de la señora Qué!

—¿Ha llegado ahora? —preguntó Meg con agonía, incapaz de apartar los ojos de la enfermiza sombra que había oscurecido la belleza de la Tierra—. ¿Ha llegado mientras estábamos fuera?

La voz de la señora Cuál parecía muy fatigada:

—Díiiseeelo —se dirigió a la señora Qué.

La señora Qué suspiró:

—No, Meg. No ha llegado ahora. Lleva allí muchos años. Es por eso que su planeta tiene un grave problema.

—Pero ¿por qué...? —empezó a preguntar Calvin, hablando con voz ronca.

La señora Qué levantó la mano para que guardara silencio:

—Les mostramos la Cosa Negra primero en Uriel, bueno, por muchas razones. En primer lugar, porque la atmósfera en los picos de las montañas es tan clara y fina que pudieron verla tal y como es. Y pensamos que sería más fácil para ustedes entenderla si la veían, bueno, primero en *otro* lugar, y no en su propio planeta.

—¡La odio! —gritó Charles Wallace vehementemente—. ¡Odio la Cosa Negra!

La señora Qué asintió:

—Sí, querido Charles. Todos la odiamos. Ésa es otra razón por la que queríamos prepararlos en Uriel. Pensamos que sería demasiado aterrador que la vieran antes de todo sobre su amado mundo.

—Pero ¿qué es? —preguntó Calvin—. Sabemos que es maligna, pero ¿qué es eso?

—¡Túuu looo hasss diiicho! —se oyó decir a la señora Cuál—. Esss maligggna. ¡Esss eeel Poderrr deee laaa Ossscuridaddd!

—Pero ¿qué va a pasar? —dijo Meg con voz temblorosa—. ¡Oh, por favor, señora Cual, díganos lo que va a suceder!

—¡Seguireeemosss luchaaando!

Algo en la voz de la señora Cuál hizo que los tres niños se irguieran, echando hacia atrás sus hombros con determinación, mirando el resplandor que era la señora Cuál con orgullo y confianza.

—Y no estamos solos, ya lo saben, queridos —dijo la señora Qué transmitiéndoles consuelo—. En todo el universo se está librando esta batalla, en todo el cosmos y, Dios mío, es una batalla grandiosa y emocionante. Sé que es difícil para ustedes concebir la idea de la medida, la poca diferencia que hay entre el tamaño del microbio más pequeño y la más grande de las galaxias. Reflexionen en ello, y tal vez no les parezca extraño que algunos de nuestros mejores combatientes hayan llegado directamente desde su propio planeta, y éste es un planeta *pequeño*, queridos, situado en el borde de una pequeña galaxia. Pueden estar orgullosos de que se haya hecho tan bien.

—¿Quiénes han sido nuestros combatientes? —preguntó Calvin.

—Oh, tú debes conocerlos, querido —dijo la señora Qué.

Las gafas de la señora Quién brillaron hacia ellos triunfantemente:

—“Y la Luz vino a las tinieblas, mas las tinieblas no la comprendieron.” **

—¡Jesús! —dijo Charles Wallace—. ¡Por supuesto, Jesús!

—¡Por supuesto! —afirmó la señora Qué—. Vamos, Charles, cielo. Ha habido otros. Todos sus grandes artistas. Ellos han sido luces que nos han alumbrado el camino.

—¿Leonardo da Vinci? —sugirió Calvin con indecisión—. ¿Y Miguel Ángel?

—¡Y Shakespeare —gritó Charles Wallace— y Bach! ¡Y Pasteur y madame Curie y Einstein!

Ahora la voz de Calvin sonó con confianza:

—¡Y Schweitzer y Gandhi y Buda y Beethoven y Rembrandt y san Francisco!

—Ahora tú, Meg —ordenó la señora Qué.

—Oh, Euclides, supongo —pero Meg estaba tan desesperadamente impaciente que su voz chirriaba con irritación—. Y Copérnico. Pero ¿qué pasa con papá? Por favor ¿qué pasa con papá?

—Ireeemos aaaa encontrarrnos cooon tuuuu padreee —dijo la señora Cuál.

—Pero ¿dónde está? —Meg se acercó a la señora Cuál y pataleó como si fuera tan joven como Charles Wallace.

La señora Qué respondió con una voz baja pero muy firme:

—En un planeta que ha sucumbido. Así que hay que prepararse para ser muy fuerte.

Todo rastro de alegría había abandonado la cara de la Médium. Estaba sentada sosteniendo la gran bola, mirando hacia la Tierra en sombras, y una lágrima lenta se derramó por su mejilla.

—No puedo soportarlo más —sollozó ella—. ¡Miren ahora, hijitos, miren!



* Hace referencia al personaje de *Alicia en el país de las maravillas* que podía aparecer y desaparecer a voluntad, y del que su sonrisa era lo último en ocultarse.

** Juan 1:5.

SEIS

La Médium feliz



Una vez más concentraron su mirada en la bola de cristal. La Tierra con su terrible capa de sombra oscura desapareció de la vista y ellos se movieron rápidamente a través de la Vía Láctea. Allí surgió de nuevo la Cosa.

—¡Cuidado! —les dijo la Médium.

La oscuridad parecía hervir y retorcerse. ¿Se supone que esto era para *consolarlos*?

De repente hubo una gran explosión de luz que atravesó la Oscuridad. La luz se dispersó y allá donde tocaba la Oscuridad, la Oscuridad desaparecía. La luz se extendió hasta que la mancha formada por la Cosa Negra se disolvió, y solamente quedó un suave resplandor, y a través del resplandor surgieron las estrellas, claras y puras. Luego, poco a poco, el resplandor se redujo hasta que también se fue, y no hubo más que estrellas y luz estelar. No había sombras. No había temor. Sólo las estrellas y la clara oscuridad del espacio, muy diferentes de la terrible oscuridad de la Cosa.

—¡Lo ven! —gritó la Médium, sonriendo feliz—. ¡Puede ser vencida! ¡De hecho es vencida continuamente, una y otra vez!

La señora Qué suspiró, un suspiro tan triste que Meg quiso poner sus brazos alrededor de ella y consolarla.

—Entonces, díganos exactamente lo que ha sucedido, por favor —dijo Charles Wallace con un hilo de voz.

—Fue una estrella —respondió la señora Qué tristemente—. Una estrella dando su vida en la batalla contra la Cosa. Ganó, oh, sí, hijos míos, ganó. Pero perdió su vida en la victoria.

La señora Cuál habló de nuevo. Su voz sonaba cansada, y ellos sabían que para ella era un esfuerzo tremendo hablar.

—Parrra vosootrrras nooo fueee haaace taaanto tieeempo, ¿verrrdaddd? —preguntó ella con delicadeza.

La señora Qué negó con la cabeza.

Charles Wallace se acercó a la señora Qué:

—Ahora lo entiendo. Una vez ustedes fueron estrellas, ¿no es así?

La señora Qué se cubrió el rostro con sus manos como si estuviera avergonzada, y asintió.

—¿E hicieron lo que esta estrella acaba de hacer?

Con su cara todavía tapada, la señora Qué asintió de nuevo.

Charles Wallace la miró, y muy solemnemente dijo:

—Me gustaría darte un beso.

La señora Qué retiró las manos de su cara y atrajo hacia sí a Charles Wallace en un rápido abrazo. Él le rodeó el cuello con sus brazos, apretó su mejilla contra la de ella y entonces la besó.

Meg sintió que también a ella le hubiera gustado besar a la señora Qué, pero después de Charles Wallace cualquier cosa que ella o Calvin hubieran dicho o hecho hubiera sido contraproducente. Se contentó con contemplar a la señora Qué. A pesar de que estaba acostumbrada al extraño atuendo de la señora Qué (y la propia extrañeza de ello era lo que le daba ese aspecto tan consolador), se dio cuenta con una fresca conmoción que no era a la señora Qué a quien estaba viendo realmente. La completa, la verdadera señora Qué, supo entonces Meg, estaba más allá de la comprensión humana. Lo que ella veía era sólo el juego al que la señora Qué estaba jugando; un divertido y encantador juego lleno de risa y consuelo, pero era sólo una de las más pequeñas facetas de todo aquello que la señora Qué *podía* ser.

—No quería decírselos — vaciló la señora Qué—. Nunca fue mi intención que lo supieran. ¡Pero, oh, queridos míos, amaba tanto ser una estrella!

—Todaaavíia erres muyyy joooven —dijo la señora Qué, reprendiéndola ligeramente con su voz.

La Médiu se sentó, contemplando feliz el cielo estrellado dentro de su bola, sonriendo y asintiendo con la cabeza y riéndose suavemente. Pero Meg se dio cuenta de que sus ojos se le caían, y de repente su cabeza se inclinó hacia delante y emitió un leve ronquido.

—Pobrecita —dijo la señora Qué—. La hemos agotado. Es un trabajo muy duro para ella.

—Por favor, señora Qué —preguntó Meg—, ¿qué pasa ahora? ¿Por qué estamos aquí? ¿Qué haremos a continuación? ¿Dónde está mi padre? ¿Cuándo nos encontraremos con él? —ella entrelazó sus manos en actitud suplicante.

—¡Una cosa después de otra, cariño! —dijo la señora Qué.

La señora Quién intervino:

—“*As paredes têm ouvidos*”, eso es portugués: “Las paredes oyen”.

—Sí, vamos a salir de aquí —dijo la señora Qué—. Vamos, dejémosla descansar.

Pero cuando se disponían a marchar, la Médiu alzó la cabeza y les sonrió radiante:

—No pensarían marcharse sin decirme adiós, ¿verdad? —les preguntó.

—Pensamos en dejarte descansar, querida —la señora Qué le dio una palmadita en el hombro a la Médiu—. Hemos hecho que te esfuerces terriblemente y sabemos que debes estar muy cansada.

—Pero yo iba a ofrecerles un poco de ambrosía o néctar o al menos un poco de té.

En este momento Meg se dio cuenta de que tenía hambre. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que se habían comido sus platos de estofado?, se preguntó.

Pero la señora Qué dijo:

—Oh, gracias querida, pero creo que será mejor que nos marchemos.

—*Ellas* no necesitan comer, ya sabes —le susurró Charles Wallace a Meg—. Por lo menos

no los alimentos que nosotros consumimos. Comer es sólo un juego para ellas. Tan pronto como hayamos recuperado la normalidad, será mejor recordarles que tendrán que darnos de comer, tarde o temprano.

La Médium sonrió y asintió con la cabeza:

—Sin embargo, debería poder hacer algo *agradable* por ustedes, después de haber tenido que mostrarles a estos pobres niños cosas tan horribles. ¿Les gustaría ver a su madre antes de partir?

—¿Podríamos ver a papá? —preguntó ansiosamente Meg.

—Nooo —dijo la señora Qué—. Vaamos aaa enconotrarrnos coon tuu padrrre, Meggg. Nooo seass impaaacienteee.

—Pero *podrían* ver a su madre, ¿no es así? —dijo la Médium con tono lisonjero.

—Oh, por qué no —agregó la señora Qué—. No nos llevará mucho tiempo y no les hará mal alguno.

—¿Y Calvin también? —preguntó Meg—. ¿Podría ver a su madre igualmente?

Calvin tocó a Meg con un gesto rápido, que no supo discernir si era de agradecimiento o aprensión.

—Creeo queee eees uuun eeerrooor —reprobó la señora Cuál—. Perrro comooo loo hasss meencionaaado, supooongo queee deberrría sseguir coon tuuu ideeeaaa.

—Detesto cuando se enfada —dijo la señora Qué, mirando a la señora Cuál— y el problema es que ella parece estar siempre en lo cierto. Pero realmente no pienso que pueda ser perjudicial, y podría hacerlos sentir mejor. Vamos, querida Médium.

La Médium, sonriendo y tarareando en voz baja, ladeó ligeramente la bola de cristal entre sus manos. Estrellas, cometas y planetas brillaron en el cielo, y luego la Tierra apareció de nuevo a la vista, la oscurecida Tierra, más cercana, más cercana, hasta que inundó la bola por completo, y de alguna manera ellos atravesaron la oscuridad hasta que el suave blancor de las nubes y el contorno delicado de los continentes brilló con claridad.

—La madre de Calvin primero —susurró Meg a la Médium.

La esfera se puso borrosa, se nubló y las sombras empezaron a solidificarse para irse aclarando, hasta que ellos se encontraron mirando una cocina desordenada con el fregadero lleno de platos sucios. Enfrente del fregadero se hallaba de pie una mujer con el pelo gris despeinado, repartido en todo su rostro. Tenía la boca abierta y Meg vio las encías sin dientes, y parecía que casi podía oírla gritar a dos niños pequeños que estaban de pie junto a ella. Entonces ella agarró una cuchara de madera del fregadero y comenzó a golpear a uno de los niños.

—Oh, cielos —farfulló la Médium, y la imagen comenzó a disolverse—. Yo no quería...

—Está bien —dijo Calvin en voz baja—. Creo que prefiero que lo sepan.

Ahora, en lugar de aferrarse a Calvin para sentirse segura, Meg tomó su mano entre las suyas, sin decir nada con las palabras pero tratando de transmitirle con la presión de sus dedos lo que sentía. Si alguien le hubiera dicho el día anterior que Meg, la de los dientes torcidos, la miope, la torpe, estaría agarrando la mano de un chico para ofrecerle consuelo y fortaleza, sobre todo la de un chico popular e importante como Calvin, la idea habría estado más allá de su comprensión. Pero ahora le parecía tan natural querer ayudar y proteger a Calvin como le sucedía con Charles Wallace.

Las sombras se arremolinaban nuevamente en el cristal y a medida que iban desapareciendo, Meg comenzó a reconocer el laboratorio de su madre en su casa. La señora Murry estaba sentada sobre su taburete alto, escribiendo a vuelapluma en una hoja de papel sobre una carpeta que tenía apoyada en su regazo. “Le escribe a papá”, pensó Meg. “Como hace siempre. Todas las noches”.

Las lágrimas que nunca podría aprender a controlar brotaron de sus ojos mientras miraba. La señora Murry levantó la vista de su carta, casi como si estuviera mirando directamente a los niños, y luego dejó caer su cabeza sobre el papel, y se sentó allí, acurrucada, entregándose a una infelicidad que ella nunca permitía que sus hijos vieran.

Y ahora el deseo de llorar abandonó a Meg. La ardiente y protectora ira que había sentido por Calvin cuando vio la imagen en su casa, la sintió ahora hacia su madre.

—¡Vamos! —gritó con dureza—. ¡Hagamos algo!

—Ella siempre tiene razón —musitó la señora Qué, mirando hacia la señora Cuál—. A veces me gustaría que afirmara: “Te lo dije” y ya está.

—Sólo quería ayudar —lamentó la Médium.

—Oh, Médium, querida, no te sientas mal —dijo la señora Qué rápidamente—. Haznos contemplar algo alegre. ¡No puedo soportar haberte angustiado!

—No pasa nada —aseguró Meg a la Médium con seriedad—. Es la verdad, señora Médium, y se lo agradecemos mucho.

—¿Estás segura? —preguntó la Médium más animada.

—¡Claro que sí! Realmente me ayuda mucho porque me hace enfadar, y cuando me enfado no siento miedo.

—Bueno, entonces dame un beso de despedida para tener buena suerte —dijo la Médium.

Meg se acercó a ella y le dio un beso rápido, y así lo hizo también Charles Wallace. La Médium miró sonriente a Calvin y le guiñó un ojo:

—Quiero que el joven me bese también. Siempre me encantó el pelo rojo. Y te dará buena suerte, encanto.

Calvin se agachó sonrojándose, y torpemente le besó la mejilla.

La Médium arrugó la nariz:

—Tienes mucho que aprender, muchacho —le dijo.

—Llegó el momento de despedirnos, querida Médium, y muchas gracias —dijo la señora Qué—. Me atrevería a decir que no nos veremos hasta dentro de uno o dos eones.

—¿Adónde irán, en caso de que quiera sintonizar con ustedes? —preguntó la Médium.

—A Camazotz —dijo la señora Qué (¿Dónde estaba y qué era Camazotz? A Meg no le gustaba el sonido de esa palabra o la forma en que la señora Qué la pronunció.)—. Pero por favor, no te angusties por nosotras. Ya sabes que no te gusta mirar en los planetas oscuros, y es muy triste para nosotras cuando no estás feliz.

—Pero tengo que saber lo que pasa con los niños —dijo la Médium—. Es mi peor defecto, que le tomo cariño a cualquiera enseguida. Si no fuera por eso, podría ser feliz todo el tiempo. *Oh*, bueno, hum, usualmente me las arreglo para estar bastante alegre, y una pequeña siesta me sentará de maravilla en este momento. Adiós, a tod... —y sus palabras se perdieron en el ZZZZZZZ habitual de un ronquido.

—Vaaamoss —ordenó la señora Cuál, y ellos la siguieron fuera de la oscuridad de la cueva hasta la impersonal grisura del planeta de la Médium—. Niiiñoss, ahorrra nooo deeeben tenerrr mieceedo aaa looo quee vaaa aaa pasarr —advirtió la señora Cuál.

—Sigue enfadada, pequeña Meg —susurró la señora Qué—. En estos momentos necesitarás toda tu rabia.

Sin previo aviso, Meg fue engullida a la nada de nuevo. Esta vez la nada fue interrumpida por un sentimiento de frialdad húmeda, como ella nunca había sentido antes. La frialdad profundizó y se arremolinó alrededor y a través de ella, y la llenó con una nueva y extraña especie de oscuridad que era completamente tangible, una cosa que quería comérsela y digerirla como un enorme y maligno depredador.

Entonces la oscuridad desapareció. ¿Había sido la sombra, la Cosa Negra? ¿Habían tenido que viajar a través de ella para llegar hasta su padre?

De nuevo sintió el, ahora familiar, hormigueo en sus manos y pies, y el empujón a través de la dureza, y se encontró de pie, sin aliento pero ilesa, junto a Calvin y Charles Wallace.

—¿Es esto Camazotz? —preguntó Charles Wallace a la señora Qué, que se materializó delante de él.

—Sí —respondió ella—. Ahora permítenos ponernos de pie, recobrar el aliento y mirar a nuestro alrededor.

Estaban de pie en una colina y cuando Meg miró a su alrededor, sintió que podría ser fácilmente una colina de la Tierra. En ese lugar había árboles muy familiares y que ella conocía bien: abedules, pinos, arces. Y a pesar de que hacía más calor que cuando ellos se fueron tan precipitadamente del huerto, había un toque ligeramente otoñal en el ambiente; cerca de ellos se encontraban varios árboles pequeños con hojas rojas muy similares al zumaque, y un gran terreno de flores similares al solidago. Al mirar por la colina pudo distinguir las chimeneas de una ciudad, y pudo haberse tratado de una de las muchas ciudades que ellos conocían. No parecía haber nada extraño o diferente o aterrador en el paisaje.

Pero la señora Qué se acercó a ella y la rodeó con sus brazos para confortarla:

—No puedo estar con ustedes aquí, ya lo sabes, cielo —dijo ella—. Ustedes tres estarán solos, pero nosotros permaneceremos cerca; vigilandolos. Sin embargo no podrán vernos ni pedirnos ayuda, ni tampoco podremos acudir a su llamado.

—Pero ¿papá está aquí? —preguntó Meg temblando.

—Sí.

—Pero ¿dónde? ¿Cuándo lo veremos? —ella estaba a punto de echar a correr, como si fuera a hacerlo a toda velocidad, inmediatamente, allá donde estuviera su padre.

—Eso no lo sé. Tendrás que esperar el momento propicio.

Charles Wallace miró fijamente a la señora Qué:

—¿Estás preocupada por nosotros?

—Un poco.

—Pero si no tenías miedo de hacer lo que hiciste cuando eras una estrella, ¿por qué ahora te preocupas por nosotros?

—Sí tenía miedo —dijo la señora Qué suavemente, y miró fijamente a los tres niños, uno por

uno—. Van a necesitar ayuda —les dijo—, pero todo lo que se me permite entregarles es un pequeño don. Calvin, tu gran cualidad es tu capacidad para comunicarte, para comunicarte con toda clase de personas. Así que fortaleceré ese don para ti. Meg, a ti te concedo tus defectos.

—¡Mis defectos! —exclamó Meg.

—Tus defectos.

—¡Pero si siempre trato de deshacerme de mis defectos!

—Sí —dijo la señora Qué—. Sin embargo, creo que te serán muy útiles en Camazotz. Charles Wallace, a ti puedo darte únicamente la resistencia de tu niñez.

Desde algún punto vieron brillar las gafas de la señora Quién y oyeron su voz:

—Calvin —dijo ella—, una pista. Tengo una pista para ti. Escucha bien:

*... y, al ser un espíritu tan sensible
para cumplir sus abominables órdenes,
negándole obediencia, te encerró,
con la ayuda de agentes poderosos
y en su cólera más incontenible,
en un pino partido, en cuyo hueco
doce años con dolor permaneciste prisionero...
Shakespeare, La tempestad.*

—¿Dónde está, señora Quién? —preguntó Charles Wallace—. ¿Y dónde está la señora Qué?

—Ahora no podemos estar con ustedes —la voz de la señora Quién sopló hacia ellos como si fuera el viento: “*Allwissend nicht ich bin; ist doch viel mir bewusst*”, Goethe: “Yo no lo sé todo; todavía hay muchas cosas que no comprendo”. Ésta es para ti, Charles. Recuerda que no lo sabes todo —en ese momento la voz se dirigió a Meg—. A ti te dejo mis gafas, pequeña miope. Pero no las uses a menos que sea el último recurso. Guárdalas para el momento de peligro final —mientras hablaba hubo otro reflejo de las gafas, y luego desapareció y la voz se desvaneció con ella. Las gafas estaban en la mano de Meg. Las puso con cuidado en el bolsillo de su chamarra, y el hecho de saber que estaban allí, de alguna manera le hizo sentir un poco menos de miedo.

—Lesss doyyyy uuuna orrrden aaa looos treees —dijo la señora Qué—. Máaarchennsse aaa laaa ciudddadd. Vaaayan juuuntoss. Nooo perrrmiitan queee looos separren. Seaaan fuerrrtss —hubo un destello y luego se desvaneció. Meg se estremeció.

La señora Qué debió ver el escalofrío porque le dio una palmadita en el hombro a Meg. Luego se volvió a Calvin y dijo:

—Cuida de Meg.

—Yo puedo cuidar de Meg —dijo Charles Wallace bruscamente en su lugar—. Siempre lo he hecho.

La señora Qué miró a Charles Wallace, y su chirriante voz parecía al mismo tiempo tan delicada como profunda:

—Charles Wallace, aquí el mayor peligro es para ti.

—¿Por qué?

—Por el simple hecho de lo que eres. Y exactamente por esa razón tú serás, de lejos, el más vulnerable de todos. Debes *quedarte* con Meg y Calvin. *No* debes irte por tu cuenta. Ten cuidado con el orgullo y la arrogancia, Charles, porque podrían traicionarte.

Al oír el tono de voz de la señora Qué, que tanto les advertía como les infundía temor, Meg se estremeció de nuevo. Y Charles Wallace se dirigió a la señora Qué de la misma forma que lo hacía a menudo con su madre, susurrando:

—Ahora creo que sé lo que quiere decir acerca de tener miedo.

—Sólo un tonto no tiene miedo —dijo la señora Qué—. Ahora márchense —y donde ella había estado, ahora sólo quedaba cielo, hierba y una pequeña piedra.

—¡Vamos! —dijo Meg con impaciencia—. ¡Vamos, pongámonos en marcha!

Ella no era en absoluto consciente de que su voz temblaba como una hoja de álamo. Agarró a Charles Wallace y a Calvin de las manos y comenzó a bajar la colina.

Debajo de ellos la ciudad estaba dispuesta en rigurosas formas angulares. Las casas de las afueras eran todas exactamente iguales, pequeñas cajas cuadradas pintadas de gris. Cada una de ellas tenía un pequeño rectángulo de césped en la parte delantera con una línea recta de flores de aspecto aburrido que perfilaba el camino hacia la puerta. Meg tenía la sensación de que si hubiera podido contar las flores, el resultado habría sido exactamente el mismo número de ellas en cada casa. Enfrente de dichas casas había niños jugando. Algunos saltaban la cuerda y otros botaban la pelota. Meg percibió ligeramente que había algo en sus juegos que no cuadraba. Tenía exactamente la misma apariencia que cualquier suburbio en donde hubiera niños jugando, y sin embargo, había algo diferente en toda esa familiar escena. Miró a Calvin y notó que él también estaba perplejo.

—¡Miren! —dijo Charles Wallace de repente—. ¡Están saltando la cuerda y botando la pelota al mismo ritmo! Todos lo hacen exactamente al mismo tiempo.

Y así era. En el momento en el que la cuerda golpeaba el pavimento, también lo hacía la pelota. En el instante en el que la cuerda se curvaba sobre la cabeza del niño que saltaba, el niño que jugaba con la pelota, la atrapaba. Bajaban las cuerdas. Bajaban las pelotas. Una y otra vez. Arriba. Abajo. Todo al mismo tiempo. Todos idénticos. Al igual que las casas. Al igual que los caminos. Al igual que las flores.

Entonces las puertas de todas las casas se abrieron simultáneamente, y salieron mujeres como si formaran parte de una hilera de muñecas de papel. El estampado de sus vestidos era diferente, pero todos ellos daban la apariencia de ser el mismo. Cada mujer se colocó en los escalones de su casa. Cada una de ellas llamó con una palmada. Cada uno de los niños que tenía la pelota, atrapó la pelota. Cada niña que tenía la cuerda para saltar, dobló la cuerda. Todos se dieron la vuelta y entraron en las casas. Las puertas se cerraron tras ellos.

—¿Cómo pueden hacerlo? —preguntó con asombro Meg—. Nosotros no podríamos hacerlo así aunque lo intentáramos. ¿Qué significa esto?

—Regresemos —urgió Calvin.

—¿Regresar? —preguntó Charles Wallace—. ¿Adónde?

—No lo sé. A cualquier sitio. A la colina. Regresemos con la señora Qué y con la señora Quién y con la señora Cuál. No me gusta nada esto.

—Pero ellas no están allí. ¿Crees que vendrían si nosotros nos diéramos la vuelta ahora?

—No me gusta nada esto —dijo Calvin de nuevo.

—Vamos —la impaciencia de Meg se convirtió en un chillido—. *Saben* que no podemos volver atrás. La señora Qué *dijo* que fuéramos a la ciudad.

Comenzó a caminar por la calle y los dos chicos la siguieron. Las casas, todas idénticas, continuaban hasta donde alcanzaba la vista.

Entonces, de repente, vieron algo que les hizo detenerse a observar. Enfrente de una de las casas había un niño con una pelota y la estaba botando. Pero lo hacía bastante mal y sin un ritmo concreto, a veces dejándola caer y corriendo detrás de ella con torpeza, y otras tirándola al aire y tratando de atraparla. La puerta de su casa se abrió y salió una de las madres. Miró con cara de espanto arriba y abajo de la calle, vio a los niños y se llevó la mano a la boca como si fuera a ahogar un grito, agarró al niño y se precipitó en el interior de la casa con él. La pelota cayó de sus dedos y rodó hacia la calle.

Charles Wallace corrió tras ella y la agarró, sosteniéndola para que Meg y Calvin pudieran verla. Parecía una pelota de plástico de color marrón completamente normal.

—Devolvámosela y veamos qué pasa —sugirió Charles Wallace.

Meg tiró de él:

—La señora Qué dijo que fuéramos a la ciudad.

—Bueno, *estamos* en la ciudad, ¿no es así? Al menos, en las afueras. Quiero saber más sobre esto. Tengo el presentimiento de que nos puede ayudar más adelante. Continúa si no quieres venir conmigo.

—No —dijo Calvin con firmeza—. Nos quedaremos juntos. La señora Qué dijo que no permitiéramos que nos separaran. Pero te doy la razón en esto. Llamemos a la puerta y veamos qué sucede.

Subieron por el camino hasta la casa, Meg se mostraba reacia, deseosa de ir a la ciudad.

—Démonos prisa —rogó ella—. *¡Por favor!* ¿No quieren que encontremos a papá?

—Sí —dijo Charles Wallace—, pero no a ciegas. ¿Cómo podremos ayudarle si no sabemos ante qué nos enfrentamos? Y es obvio que nos han traído aquí para ayudarle, no sólo para encontrarlo —subió rápidamente los escalones y llamó a la puerta. Los chicos esperaron. No pasó nada. Entonces Charles Wallace vio un timbre y lo hizo sonar. Se escuchó el zumbido del timbre en la casa y su sonido hizo eco en la calle. Después de un momento, la madre abrió la puerta. Todas las otras puertas de la calle se abrieron, pero sólo una rendija, y los ojos miraban hacia los tres niños y la mujer también los miraba con temor.

—¿Qué quieren? —preguntó ella—. Aún no es la hora del periódico; ya nos han traído la leche; ya hemos recibido nuestra suscripción mensual; y he ofrecido mis donaciones habituales. Todos mis papeles están en orden.

—Creo que a su hijo se le cayó la pelota —dijo Charles Wallace, sosteniéndola.

La mujer apartó el balón:

—¡Oh, no! ¡A los niños de nuestra sección no se les caen los balones! Todos están perfectamente entrenados. No hemos tenido una aberración desde hace tres años.

A lo largo de todo el vecindario las cabezas asintieron en acuerdo.

Charles Wallace se acercó a la mujer y miró al interior de la casa. Detrás de ella, entre las sombras, pudo distinguir al niño, que debía ser de su misma edad.

—No puedes entrar —dijo la mujer—. No me has enseñado ningún papel. No tengo por qué dejarte entrar si no traes los papeles.

Charles Wallace sostuvo la pelota fuera del alcance de la mujer para que el niño pudiera verla. Rápido como un rayo, el muchacho saltó hacia delante y agarró la pelota de la mano de Charles Wallace, a continuación, se precipitó hacia las sombras. La mujer se puso muy blanca, abrió la boca como si fuera a decir algo, pero en vez de eso, cerró la puerta en sus narices. Todas las puertas de la calle se cerraron de un portazo.

—¿De qué tienen miedo? —preguntó Charles Wallace—. ¿Qué les pasa?

—¿No lo sabes? —le preguntó Meg—. ¿No sabes de qué se trata todo esto, Charles?

—Todavía no —respondió Charles Wallace—. Ni siquiera tengo un indicio. Y lo estoy intentando pero no he llegado a ninguna conclusión. Ni siquiera he hallado un resquicio. Sigamos —y bajó los escalones.

Después de varias cuerdas, las casas dieron paso a edificios de apartamentos; al menos Meg estaba segura de que eso era lo que parecían. Eran edificios bastante altos y rectangulares, absolutamente sobrios, cada una de las ventanas, cada una de las entradas era exactamente como cualquier otra. Entonces se acercó hacia ellos por la calle un chico de la edad de Calvin montando una máquina que era algo así como una combinación entre una bicicleta y una motocicleta. Tenía la finura y ligereza de una bicicleta, y sin embargo, a medida que se movían los pedales, parecía generar una fuente invisible de poder, por lo que el chico podía pedalear muy lentamente y, sin embargo, moverse a lo largo de la calle con bastante rapidez. Al llegar a cada una de las entradas metía una mano en el interior de una bolsa que llevaba colgada del hombro, sacaba un rollo de papeles y lo arrojaba a la entrada. Podría haber sido Dennys o Sandy o cualquiera de los cientos de chicos con una ruta de repartidor de periódicos en cualquiera de los cientos de ciudades del lugar de donde venían, y sin embargo, al igual que con los niños que jugaban a la pelota y saltaban a la cuerda, había algo que no cuadraba. El ritmo del gesto nunca variaba. El periódico desplegaba el mismo arco en cada puerta, aterrizando idénticamente en el mismo lugar. Era imposible que nadie lanzara con tal perfección constante.

Calvin silbó:

—Me pregunto si aquí juegan al beisbol.

Cuando el niño los vio, disminuyó su marcha y se detuvo con la mano quieta, como si estuviera a punto de introducirla en la bolsa de los periódicos.

—Chicos, ¿qué están haciendo en la calle? —preguntó él—. Como ya saben, sólo a los que estamos de ruta se nos permite estar afuera ahora.

—No, nosotros no lo sabemos —repuso Charles Wallace—. Somos forasteros. ¿Podrías contarnos algo acerca de este lugar?

—¿Quieres decir que tienen sus papeles de ingreso aceptados y todo eso? —preguntó el muchacho—. Deben tenerlos, si es que están aquí —respondió él mismo—. Y si no nos conocen, ¿qué es lo que están haciendo aquí?

—Dímelo tú —respondió Charles Wallace.

—¿Son examinadores? —preguntó el niño un poco agitado—. Todo el mundo sabe que nuestra ciudad tiene la mejor Central Primordial de Inteligencia del planeta. Nuestros niveles de producción son los más altos. Nuestras fábricas no cierran; nuestras máquinas nunca dejan de funcionar. Sumado a esto tenemos cinco poetas, un músico, tres artistas y seis escultores, todo ello perfectamente canalizado.

—¿Qué estás citando? —preguntó Charles Wallace.

—*El Manual*, por supuesto —afirmó el niño—. Somos la ciudad más orientada del planeta. No ha habido ningún problema de ningún tipo durante siglos. Todo Camazotz conoce nuestro historial. Por esa razón somos la capital de Camazotz. Por esa razón la Central Primordial de Inteligencia está aquí. Por esa razón ELLO tiene aquí SU hogar —había algo en la forma en que decía “ELLO” que a Meg le producía un escalofrío que le recorría la columna vertebral.

Pero Charles Wallace preguntó enérgicamente:

—¿Dónde está ese Centro de Inteligencia Primordial tuyo?

—Central Primordial de Inteligencia —corrigió el chico—. Sigán en línea recta y no se perderán. *Son forasteros, ¿verdad? ¿Qué están haciendo aquí?*

—¿Acaso te está permitido hacer preguntas? —cuestionó Charles Wallace severamente.

El muchacho se puso blanco, al igual que lo hizo la mujer:

—Pido humildemente perdón. Ahora debo seguir mi itinerario o tendré que justificar mi retraso al explicador —y salió disparado por la calle montado en su máquina.

Charles Wallace se le quedó mirando:

—¿Qué sucede aquí? —le preguntó a Meg y a Calvin—. Había algo peculiar en su forma de hablar, como si, no sé, como si realmente no fuera él quien hablara. ¿Saben lo que quiero decir?

Calvin asintió, pensativo:

—Algo peculiar, sí. Sumamente peculiar. No sólo en su forma de hablar. Todo esto huele mal.

—Vamos —Meg tiró de ellos. ¿Cuántas veces les había instado a seguir?—. Vamos a buscar a papá. Él será capaz de explicárnoslo todo.

Siguieron caminando. Después de varias manzanas comenzaron a ver a otras personas, gente adulta, ya no había niños, recorrieron las calles. Estas personas ignoraban a los niños completamente, parecían estar completamente concentradas en sus propios asuntos. Algunas de ellas iban a los edificios de apartamentos. La mayoría caminaba en la misma dirección que los niños. A medida que estas personas llegaban a la calle principal provenientes de las calles adyacentes, doblaban las esquinas con un paso automático, extraño, como si estuvieran tan metidas en sus propios problemas y el camino les resultara tan familiar que no tuvieran que prestar ninguna atención hacia donde iban.

Después de un rato, los edificios de departamentos dieron paso a lo que debían ser edificios de oficinas: grandes estructuras austeras con entradas enormes. Hombres y mujeres con maletines entraban y salían de ellos.

Charles Wallace se acercó a una de las mujeres y le preguntó cortésmente:

—Disculpe, ¿podría decirme...? —pero ella apenas lo miró mientras seguía su marcha.

—Mira —señaló Meg. Delante de ellos, en medio de una plaza, estaba el edificio más alto

que ellos habían visto en su vida, más alto que el Empire State Building, y casi tan ancho como alto.

—Debe ser éste —dijo Charles Wallace—, el edificio de la Central Primordial de Inteligencia o lo que quiera que sea. Sigamos.

—Pero si papá tiene algún tipo de problema con este planeta —objetó Meg—. ¿No es exactamente allí donde no *deberíamos* ir?

—Y bien, ¿qué propones entonces para encontrarlo? —preguntó Charles Wallace.

—¡Lo que tengo claro es que no preguntaría *allí*!

—Yo no he dicho nada acerca de preguntar. Pero no tendremos la menor idea de dónde o cómo empezar a buscarlo hasta que sepamos algo más sobre este lugar, y tengo el presentimiento de que es ahí donde tenemos que comenzar. Si tienes una propuesta mejor, Meg, por supuesto, dínosla.

—¡Bah, deja ya ese tono de suficiencia! —exclamó Meg enfadada—. Vayamos a tu querida Central Primordial de Inteligencia y acabemos de una vez con esto.

—Creo que deberíamos tener pasaportes o algo así —sugirió Calvin—. Esto es mucho más complicado que salir de Estados Unidos para ir a Europa. Y ese chico y la mujer parecían estar tan preocupados de tenerlo todo perfectamente en regla. Y la verdad es que nosotros no tenemos ningún papel en regla.

—Si necesitáramos pasaportes o documentos, la señora Qué nos lo habría dicho —aseguró Charles Wallace.

Calvin puso las manos en sus caderas y miró a Charles Wallace:

—Escúchame un momento, compañero. Me encantan esas tres ancianas tanto como a ti, pero no estoy seguro de que lo sepan *todo*.

—Ellas saben mucho más que nosotros.

—Por supuesto. Pero tú también sabes que la señora Qué nos dijo que había sido una estrella. No creo que ser una estrella le haya concedido mucha práctica para conocer a las personas. Cuando trató de ser una persona, estuvo muy cerca de meter la pata. Nunca ha habido nadie, en ningún lugar conocido, con la apariencia de la señora Qué.

—Sólo se estaba divirtiendo —dijo Charles—. Si hubiera querido parecerse a ti o a Meg, estoy seguro de que podría haberlo hecho.

Calvin negó con la cabeza:

—No estoy tan seguro. Y estas personas parecen ser *personas*, si entiendes a lo que me refiero. No son como nosotros, te doy la razón en eso, hay algo muy fuera de tono en ellas. Pero son mucho más normales que la gente de Uriel.

—¿Crees que son robots? —preguntó Meg.

Charles Wallace negó con la cabeza:

—No. Ese chico al que se le cayó la pelota no era ningún robot. Y tampoco creo que el resto de ellos lo sea. Déjame escuchar un momento.

Se quedaron muy quietos y juntos, a la sombra de uno de los grandes edificios de oficinas. Seis puertas grandes se abrían y cerraban sin cesar, a medida que la gente entraba y salía, con la mirada fija al frente, al vacío, sin prestar atención en absoluto a los niños, nada de nada. Charles

escuchaba y sondeaba sus miradas:

—No son robots —dijo repentina y definitivamente—. No estoy seguro de lo *que* son, pero no son robots. Puedo sentir que hay mentes allí. No soy capaz de entrar en ellas de ninguna forma, pero puedo sentir su palpitación. Voy a intentarlo un poco más.

Los tres se quedaron allí muy quietos. Las puertas se seguían abriendo y cerrando, una y otra vez, y la entumecida gente se apresuraba para salir y entrar sin descanso, caminando nerviosamente como figuras de una vieja película muda. Entonces, de repente, el flujo de movimiento se hizo menos numeroso. Había sólo unas pocas personas y éstas se movían más rápidamente, como si la película se hubiera acelerado. Un hombre con la cara blanca embutido en un traje oscuro miró fijamente a los niños y dijo:

—Oh, cielos, debo estar llegando tarde — y entró vacilante en el edificio.

—Él es como el conejo blanco —se rio Meg nerviosamente.

—Tengo miedo —dijo Charles—. No hay manera de que me interne en ellos. Estoy completamente bloqueado.

—Tenemos que encontrar a papá —comenzó de nuevo Meg.

—Meg... —los ojos de Charles Wallace se entornaron y asustaron—. Ni siquiera estoy seguro de que reconoceré a papá. Ha pasado mucho tiempo, y yo era sólo un bebé...

Meg le respondió inmediatamente con tono tranquilizador:

—¡Lo reconocerás! ¡Por supuesto que lo harás! De la misma forma en la que me conoces sin siquiera mirarme porque siempre estoy ahí para ti, siempre puedes entrar en mí...

—Sí —Charles golpeó con el puño su palma abierta, con un gesto muy decidido—. Entremos a la Central Primordial de Inteligencia.

Calvin se acercó y agarró por el brazo tanto a Charles como a Meg:

—¿Recuerdan cuando nos conocimos que me preguntaron por qué estaba allí? ¿Y yo les respondí que era porque tenía una compulsión, una corazonada de que tenía que ir a ese lugar en particular en ese preciso momento?

—Sí, lo recordamos.

—Tengo otro presentimiento. No de la misma clase, uno totalmente diferente, el presentimiento de que si entramos en ese edificio, correremos un peligro terrible.



SIETE

El hombre de los ojos rojos



—**S**abíamos que íbamos a correr peligro —dijo Charles Wallace—. La señora Qué nos lo advirtió.

—Sí, y ella nos dijo que iba a ser peor para ti que para Meg y para mí, y que debías tener cuidado. Quédate aquí con Meg, compañero, y déjame entrar a mí para echar un vistazo; luego les informaré a ustedes.

—No —respondió Charles Wallace con firmeza—. Ella nos dijo que permaneciéramos juntos, que no fuéramos por nuestra cuenta.

—Dijo que *tú* no fueras por tu cuenta. Yo soy mayor y debo entrar en primer lugar.

—No —el tono de voz de Meg fue tajante—. Charles tiene razón, Cal. Tenemos que permanecer juntos. Supongamos que no puedes salir y tenemos que ir tras de ti, ¿eh? Vamos. Pero si no les importa, entrelacemos nuestras manos.

Tomados de la mano, cruzaron la plaza. El enorme edificio de la Central Primordial de Inteligencia tenía sólo una puerta, pero era enorme, al menos de una altura de dos pisos y más ancha que una habitación, hecha de un material opaco similar al bronce.

—¿Tocamos a la puerta? —se rio Meg.

Calvin estudió el portón:

—No hay ninguna manija o perilla o pestillo ni nada por el estilo. Tal vez haya otra manera de entrar.

—Tratemos de golpear de todas maneras —dijo Charles. Levantó la mano, pero antes de que tocara la puerta se abrió desde la parte superior y a cada uno de los dos lados, dividiéndose en tres secciones que habían sido completamente invisibles un momento antes. Los sorprendidos niños se encontraron con un gran recibidor de un mármol verdoso sin brillo. A lo largo de las paredes había bancas de mármol alineadas. La gente estaba sentada ahí como estatuas. El verde del mármol que se reflejaba en sus rostros les confería un aspecto bilioso. Ellos volvieron sus cabezas cuando la puerta se abrió, miraron a los niños y apartaron la mirada de nuevo.

—Vamos —dijo Charles, y, sin soltar las manos, entraron. Al cruzar el umbral, la puerta se cerró silenciosamente detrás de ellos. Meg miró a Calvin y a Charles, y ellos, al igual que la gente que estaba esperando, se tornaron de un color verde enfermizo.

Los niños se dirigieron a la cuarta pared que estaba totalmente desnuda. Parecía irreal, como si casi se pudiera caminar a través de ella. Charles extendió su mano para tocarla:

—Es sólida y fría como el hielo.

Calvin también la tocó:

—¡Uf!

La mano izquierda de Meg estaba agarrada a la de Charles, su derecha a la de Calvin, y ella no tenía deseo alguno de dejar ninguna de las dos para tocar esa pared.

—Vamos a preguntarle a alguien —Charles los llevó a una de las bancas—. Hum, ¿podría decirnos cuál es el procedimiento que hay que llevar a cabo aquí? —preguntó a uno de los hombres. Todos ellos vestían anodinos trajes de negocio, y aunque sus rasgos eran tan diferentes entre sí como lo son los rasgos de los hombres de la Tierra, también había una semejanza en ellos.

“Como la semejanza de las personas que viajan en el metro”, pensó Meg. “Sólo que en el metro, de vez en cuando, te encuentras a alguien diferente y aquí no.”

El hombre miró a los niños con cautela:

—¿El procedimiento para qué?

—¿Cómo podemos hablar con la persona que esté al mando aquí? —preguntó Charles.

—Tiene que presentar sus papeles en la máquina A. Usted debería saberlo —respondió el hombre con gravedad.

—¿Dónde está la máquina A? —preguntó Calvin. El hombre señaló hacia la pared vacía.

—Pero no hay ninguna puerta ni nada por el estilo —dijo Calvin—. ¿Cómo entramos?

—Ponga sus documentos S en la ranura B —repuso el hombre—. ¿Por qué me hace estas preguntas tan estúpidas? ¿Cree que no sé las respuestas? Será mejor que no intente ningún juego aquí o tendrá que pasar por la máquina Procesadora de nuevo, y estoy seguro de que usted no querrá hacer *eso*.

—Somos forasteros —dijo Calvin—. Por esa razón desconocemos estas cosas. Por favor, díganos, señor, quién es usted y a qué se dedica.

—Dirijo una máquina deletreadora de segundo grado.

—Pero ¿qué está haciendo aquí? —preguntó Charles Wallace.

—Estoy aquí para informar que una de mis letras se atasca, y hasta que no sea engrasada correctamente por un engrasador de Grado F, hay peligro de generar mentes atascadas.

—¿Prefiere la mermelada de fresa o de frambuesa? —preguntó Charles Wallace. Calvin miró a Charles y movió la cabeza en señal de advertencia. Meg le apretó la mano con suavidad. Charles Wallace, ella estaba totalmente segura de ello, no trataba de ser grosero o ingenioso; ésta era su manera de vencer con la sorpresa a ese hombre.

El señor miró a Charles bruscamente:

—Creo que voy a tener que informar sobre ti. Dada la naturaleza de mi trabajo les tengo afecto a los niños, y no me gusta meterlos en problemas, pero antes de correr yo mismo el riesgo de ser reprocesado, debo informar sobre ti.

—Tal vez sea una buena idea —dijo Charles—. ¿A quién le va informar sobre nosotros?

—¿A *quién* le voy a informar sobre ti, querrás decir?

—Bueno, a quién le va informar sobre mí, entonces. Aún no estoy en segundo grado.

“Ojalá que no actuara tan seguro de sí mismo”, pensó Meg, mirando ansiosamente a Charles y agarrando su mano cada vez con más fuerza hasta que él escurrió sus dedos en señal de protesta. Esto es lo que la señora Qué dijo que tenía que vigilar: su orgullo. “No, por favor, no sigas”, pensó concentrada en Charles Wallace. Se preguntó si Calvin se daba cuenta de que demasiada arrogancia se convertía en bravuconería.

El hombre se puso de pie, moviéndose bruscamente como si hubiera estado sentado durante mucho tiempo.

—Espero que no sea demasiado severo contigo —masculló mientras guiaba a los niños hacia la cuarta pared vacía—. Pero fui reprocesado una vez y ya tuve más que suficiente. No quiero que me envíen a ELLO. Nunca me han enviado a ELLO y no puedo arriesgarme a que suceda.

Aquí estaba ELLO de nuevo. ¿Qué era ese ELLO?

El hombre sacó de su bolsillo una carpeta llena de papeles de todos los colores. Hurgó entre ellos cuidadosamente y finalmente escogió uno:

—He tenido que presentar varios informes últimamente. Tendré que pedir una solicitud para disponer de más tarjetas A-21 —él tomó la tarjeta y la puso contra la pared. Se deslizó a través del mármol, como si hubiera sido aspirada, y desapareció—. Puede que lo detengan algunos días —dijo el hombre—, pero estoy seguro de que no serán demasiado duros con usted debido a su juventud. Relájese y no se resista, y todo será mucho más fácil para usted —regresó a su asiento, dejando a los niños de pie y mirando a la pared completamente desnuda.

De repente la pared ya no estaba allí y ellos se hallaron mirando una enorme habitación llena de máquinas perfectamente alineadas. No parecía haber una gran diferencia con las grandes máquinas computadoras que Meg había visto en sus libros de ciencia y con las que ella sabía que su padre trabajaba a veces. Daba la impresión de que algunas de ellas no estaban en uso; mientras que en otras, las luces parpadeaban y se apagaban. Una máquina devoraba una larga cinta; otra perforaba una serie de puntos y guiones. Varios operarios vestidos de blanco se movían sin cesar vigilando las máquinas. Si vieron a los niños, no mostraron señal alguna de ello.

Calvin murmuró algo.

—¿Qué? —le preguntó Meg.

—“No hay que tener miedo a nada, salvo al miedo mismo”^{*} —dijo Calvin—. Estoy citando, al igual que la señora Quién. Meg, estoy muerto de miedo.

—Yo también —Meg aferró su mano con más fuerza—. Vamos.

Entraron en la habitación de las máquinas. A pesar de la enorme anchura de la habitación, era incluso más larga que ancha. La perspectiva daba la impresión de que las largas hileras de máquinas casi se tocaban. Los niños caminaban por el centro de la sala, manteniéndose en la medida de lo posible alejados de las máquinas.

—Supongo que no son radiactivas o algo así —dijo Charles Wallace—, o que van a estirarse, agarrarnos y triturarnos.

Después de haber caminado durante lo que les pareció varios kilómetros, pudieron ver que la enorme habitación tenía fin, y que al final de ella había algo.

Charles Wallace dijo de repente, y su voz era presa del pánico:

—¡No suelten mis manos! ¡Agárrenme fuerte! ¡Está tratando de atraparme!

—¿Quién? —chilló Meg.

—No lo sé. ¡Pero está intentando entrar en mí! ¡Puedo sentirlo!

—Volvamos —Calvin empezó a tirar hacia atrás.

—No —dijo Charles Wallace—. Tengo que seguir adelante. Tenemos que tomar nuestras propias decisiones, y no podremos hacerlo si están basadas en el miedo —su voz sonaba vieja, extraña y remota. Meg, asía su pequeña mano con fuerza, y sentía el sudor en la suya.

A medida que se acercaban al final de la sala, sus pasos se hacían más lentos. Ante ellos había una plataforma. En la plataforma había una silla, y en la silla había un hombre.

¿Qué había en él que parecía contener toda la frialdad y oscuridad que ellos habían sentido cuando se sumergieron a través de la Cosa Negra en su camino a este planeta?

—Los estaba esperando, queridos míos —dijo el hombre. Su voz era amable y dulce, para nada la voz fría y aterradora que Meg esperaba. Le llevó un momento darse cuenta de que aunque la voz provenía de aquel hombre, él no había abierto la boca ni movido los labios en absoluto, que no se habían pronunciado palabras reales que sus oídos pudieran haber percibido, que de alguna manera él se había comunicado directamente en sus cerebros.

—Pero ¿cómo es que ustedes son tres? —preguntó el hombre.

Charles Wallace habló con un áspero desparpajo, pero Meg podía sentirlo temblar:

—Oh, Calvin acaba de llegar para acompañarnos en este viaje.

—¡Oh! Así es, ¿verdad? —por un momento se sintió una mordacidad en la voz que hablaba dentro de sus mentes. Entonces se relajó y volvió a ser suave de nuevo—. Espero que la visita haya sido agradable hasta ahora.

—Muy edificante —dijo Charles Wallace.

—Deja que Calvin hable por sí mismo —ordenó el hombre.

Calvin gruñó, con los labios apretados y su cuerpo rígido:

—No tengo nada que decir.

Meg miró al hombre con horrorizada fascinación. Sus ojos brillaban y tenía un resplandor rojizo. Sobre su cabeza había una luz y refulgía de la misma manera que sus ojos: palpitante, punzante, con un ritmo inmutable.

Charles Wallace cerró los ojos con fuerza:

—Cierren los ojos —les dijo a Meg y a Calvin—. No miren a la luz. No lo miren a los ojos. Los hipnotizará.

—Eres inteligente, ¿no es así? Que me miraran a los ojos sería, por supuesto, una ayuda —la voz tranquilizadora continuó hablando—, pero hay otros métodos, mi pequeño hombrecito. Oh, sí, hay otros métodos.

—¡Si lo intentas conmigo, te patearé! —advirtió Charles Wallace. Era la primera vez que Meg había oído a Charles Wallace insinuar violencia.

—Oh, ¿de verdad lo harás, mi pequeño hombrecito? —el pensamiento que les enviaba sonaba tolerante, divertido, pero cuatro hombres vestidos con batas oscuras aparecieron y flanquearon a los niños.

—Bueno, queridos míos —las palabras continuaron—, por supuesto que no hay necesidad de recurrir a la violencia, pero pensé que tal vez les evitaría sufrimiento si les mostraba de una vez por todas que no les hará ningún bien tratar de oponerse a mí. Verán, de lo que pronto se darán cuenta es de que no hay necesidad de pelear conmigo. No sólo no hay necesidad, sino que, además, no tendrán el menor deseo de hacerlo. ¿Por qué se desearía pelear con alguien que está aquí sólo para ahorrarles dolor y problemas? Para ustedes, así como para el resto de todas las personas útiles y felices de este planeta, *yo*, con mi propia fuerza, estoy dispuesto a asumir todo el dolor, toda la responsabilidad, todas las cargas de pensamiento y decisión.

—Nosotros tomaremos nuestras propias decisiones, gracias —dijo Charles Wallace.

—Pero, *por supuesto*. Y nuestras decisiones serán una, las suyas y la mía. ¿No ven cuánto mejor, cuánto *más fácil* será para ustedes? Déjenme mostrarles. Digamos juntos la tabla de multiplicar.

—No —se negó Charles Wallace.

—Uno por uno es uno. Uno por dos es dos. Uno por tres es tres.

—¡María tenía un corderito!** —gritó Charles Wallace—. ¡Su lana era blanca como la nieve!

—Uno por cuatro es cuatro. Uno por cinco es cinco. Uno por seis es seis.

—¡Y adonde quiera que fuera María, el corderito iba también!

—Uno por siete es siete. Uno por ocho es ocho. Uno por nueve es nueve.

—¡Pedro, Pedro, comedor de calabaza, tenía una esposa y no podía guardarla!†

—Uno por diez es diez. Uno por once es once. Uno por doce es doce.

La tabla de multiplicar golpeaba insistentemente en el cerebro de Meg. Parecía estar perforando su cráneo.

—Dos por uno es dos. Dos por dos es cuatro. Dos por tres es seis.

La voz de Calvin salió con un grito airado:

—Hace ochenta y siete años nuestros ancestros hicieron de este continente una nueva nación, concebida en libertad, y con el firme propósito de que todos los hombres sean iguales.

—Dos por cuatro es ocho. Dos por cinco es diez. Dos por seis es doce.

—¡Padre! —gritó Meg—. ¡Padre! —el grito, medio involuntario, arrojó su mente de las tinieblas.

La voz que recitaba la tabla de multiplicar pareció romper en carcajadas:

—¡Espléndido! ¡Espléndido! Han pasado sus pruebas preliminares con gran éxito.

—No iría a pensar que podría engatusarnos con un truco tan viejo, ¿verdad? —preguntó Charles Wallace.

—Ah, esperaba que no. Sinceramente esperaba que no fuera así. Pero después de todo, ustedes son muy jóvenes e impresionables, y cuanto más jóvenes mejor, mi pequeño hombrecito. Cuanto más jóvenes mejor.

Meg contempló esos horribles ojos, esa luz pulsátil que brillaba encima de ellos, y luego desvió la mirada. Intentó mirarle la boca, los delgados y casi incoloros labios, y esto resultaba más posible, a pesar de que tenía que mirar de soslayo, por lo que no estaba exactamente segura a qué se parecía su rostro, si era joven o viejo, cruel o amable, humano o extraterrestre.

—Si pudiera hacernos el favor —dijo ella, tratando de que su voz sonara calmada y valiente

—. La única razón por la que hemos venido es porque creemos que nuestro padre está aquí. ¿Podría decirnos dónde encontrarlo?

—¡Ah, tu padre! —la voz parecía regodearse de placer—. ¡Ah, sí, tu padre! No se trata de si *puedo*, jovencita, sino de si *quiero*.

—¿Querría entonces?

—Eso depende de varias cosas. ¿Por qué quieres a tu padre?

—¿Tiene usted padre? —preguntó Meg—. Uno no quiere a su padre por una *razón* en especial. Lo quiere porque es su *padre*.

—Ah, pero últimamente él no ha *actuado* como debería hacerlo un padre, ¿no es verdad? Abandonar a su esposa y a sus cuatro hijos pequeños para dar rienda suelta a su afán de correr aventuras.

—Estaba trabajando para el gobierno. Nunca nos habría abandonado de no ser así. Y queremos verlo, por favor. Ahora mismo.

—¡Vaya, parece que la señorita es impaciente! Paciencia, paciencia, jovencita.

Meg no le dijo al hombre de la silla que la paciencia no era una de sus virtudes.

—Y, por cierto, hijos míos —continuó suavemente—, no es necesario que pronuncien verbalmente conmigo, ya saben a qué me refiero. Puedo entenderlos igual de bien como ustedes a mí.

Charles Wallace puso las manos en sus caderas en actitud desafiante:

—La palabra hablada es uno de los triunfos del hombre —proclamó él— y tengo la intención de seguir utilizándola, particularmente con gente en la que no confío.

Pero su voz sonaba temblorosa. Charles Wallace, que aun siendo bebé rara vez había llorado, estaba a punto de romper en lágrimas.

—¿Y tú no confías en mí?

—¿Qué razón nos ha dado para confiar en usted?

—¿Y qué razón les he dado para que *desconfíen* de mí? —los delgados labios se curvaron ligeramente.

De repente Charles Wallace se abalanzó hacia delante y golpeó al hombre tan fuerte como pudo, lo cual fue bastante fuerte, ya que había recibido un buen entrenamiento de los gemelos.

—¡Charles! —gritó Meg.

Los hombres vestidos con las batas oscuras se movieron con suavidad pero con rapidez hacia Charles. El hombre de la silla levantó un dedo con despreocupación, y los hombres se replegaron.

—¡Quieto! —susurró Calvin, y juntos, él y Meg, se lanzaron hacia delante y agarraron a Charles Wallace, tirando de él desde la plataforma.

El hombre dio un respingo y el pensamiento de su voz sonó ligeramente sin aliento, como si el golpe de Charles Wallace hubiera conseguido dejarlo sin respiración.

—¿Puedo preguntar por qué lo has hecho?

—Porque usted no es usted —dijo Charles Wallace—. No estoy seguro de lo que sea, pero usted —señaló al hombre de la silla— no es quien está hablando con nosotros. Pido disculpas si le he hecho daño. No pensé que fuera real. Pensé que tal vez fuera un robot, porque no siento

nada que provenga directamente de usted. No estoy seguro de dónde venga, pero llega *a través* de usted. No de usted.

—Eres bastante inteligente, ¿no es verdad? —preguntó el pensamiento, y Meg tuvo la incómoda sensación de que era una especie de gruñido.

—No es que yo sea inteligente —dijo Charles Wallace, y de nuevo Meg pudo sentir la sudoración de la palma de su mano en la de ella.

—Entonces intenta averiguar quién soy yo —le instó el pensamiento.

—Lo he intentado —dijo Charles Wallace, en un tono agudo y angustiado.

—Mírame a los ojos. Mira profundamente en ellos y te lo diré.

Charles Wallace miró rápidamente a Meg y a Calvin, y luego dijo, como para sí mismo: “Tengo que hacerlo”, y enfocó sus ojos azul claro en los ojos rojos del hombre sentado en la silla. Meg no miró al hombre, sino a su hermano. Después de un momento parecía que sus ojos ya no enfocaran. Las pupilas se tornaron cada vez más pequeñas, como si estuviera mirando en una luz intensamente brillante, hasta que parecieron cerrarse por completo, hasta que sus ojos no eran más que un azul opaco. Él dejó escapar sus manos de las de Meg y Calvin y comenzó a caminar lentamente hacia el hombre de la silla.

—¡No! —gritó Meg—. ¡No!

Pero Charles Wallace continuó su lento caminar hacia delante, y ella sabía que no la había oído.

—¡No! —gritó de nuevo y corrió tras él. Su torpe intento de saltar para detenerlo hizo que cayera encima de él. Ella era mucho más grande que él por lo que hizo que se desplomara, golpeándose la cabeza con un golpe seco contra el suelo de mármol. Ella se arrodilló junto a él, sollozando. Después de un momento de estar allí tirado, a pesar de haber sido noqueado por el golpe, abrió los ojos, sacudió la cabeza y se sentó. Poco a poco sus pupilas se dilataron hasta que regresaron de nuevo a su tamaño normal, y la sangre volvió a sus mejillas blancas.

El hombre de la silla habló directamente a la mente de Meg, y ahora había una clara amenaza en sus palabras.

—No estoy nada complacido —le dijo—. Podría perder muy fácilmente la paciencia con ustedes, y eso, para tu información, jovencita, no sería bueno para su padre. Si tienes el menor deseo de ver a tu padre otra vez, es mejor que cooperes.

Meg reaccionó como a veces reaccionaba con el señor Jenkins en la escuela. Frunció el ceño mirando hacia el suelo con una furia contenida.

—Sería una ayuda si usted nos ofreciera algo de comer —se quejó ella—. Estamos muertos de hambre. Si se va a comportar de una forma horrible con nosotros, al menos podría llenar nuestros estómagos primero.

Otra vez los pensamientos irrumpieron en forma de risa.

—¡Será graciosa esta chica! Es una suerte para ti que me diviertas, querida, o no me comportaría de una forma tan amigable con ustedes. A los chicos no los encuentro para nada divertidos. Entonces, dime, señorita, ¿si los alimento dejarán de interferir conmigo?

—No —repuso Meg.

—El hambre hace maravillas, por supuesto —le dijo el hombre—. Detesto usar métodos tan

primitivos con ustedes, pero es evidente que saben que me están forzando a ello.

—De todos modos yo no probaría su rancia comida —Meg seguía irritada y nerviosa como si estuviera en la oficina del señor Jenkins—. No confiaría en su alimento.

—Está claro que nuestra comida, al ser sintética, no es superior a sus huevos revueltos con frijoles, tocino y demás, pero te aseguro que es mucho más nutritiva, y aunque no tiene sabor propio, sólo necesita un toque de condimento para darles la ilusión de que están cenando pavo asado.

—Si la comiera ahora, vomitaría de todos modos —agregó Meg.

Sin soltar las manos de Meg y Calvin, Charles Wallace dio un paso adelante.

—Muy bien, ¿y ahora qué? —le preguntó al hombre de la silla—. Ya estamos cansados de estos preliminares. Sigamos adelante.

—Eso es exactamente lo que estábamos haciendo —dijo el hombre—, hasta que tu hermana interfirió, provocándote prácticamente una conmoción cerebral. ¿Lo intentamos de nuevo?

—¡No! —exclamó Meg—. No, Charles. *Por favor*. Déjame hacerlo a mí o a Calvin.

—Pero sólo el sistema neurológico del niño es lo bastante complejo. Si ustedes intentaran poner en uso la conductividad de las neuronas que hacen falta para ello, sus sesos explotarían.

—¿Y a Charles no le sucedería nada?

—No lo creo.

—Pero ¿existe una posibilidad de que sea así?

—Siempre existe una posibilidad.

—Entonces no debe hacerlo.

—Creo que tendrás que concederle el derecho a tomar sus propias decisiones.

Pero Meg, con la obstinada tenacidad que tantas veces le había causado problemas, continuó:

—¿Se refiere a que Calvin y yo no podemos saber quién es usted realmente?

—Oh, no, yo no he dicho eso. No pueden saberlo de la misma manera, y tampoco es importante para mí que lo hagan. ¡Ah, aquí viene! —desde algún lugar de las sombras aparecieron cuatro hombres más vestidos con batas oscuras llevando una mesa. Estaba cubierta con una tela blanca, como las mesas utilizadas por el servicio de habitaciones de los hoteles, y portaba una olla de metal caliente que contenía algo que emanaba un olor delicioso, algo que olía a pavo asado.

Hay algo falso en todo este montaje, pensó Meg. Definitivamente hay algo que huele mal en Camazotz.

Una vez más los pensamientos parecieron prorrumpir en carcajadas:

—Es obvio que *en realidad* no huele a nada, pero ¿no es igual de bueno que si realmente lo hiciera?

—Yo no huelo a nada —repuso Charles Wallace.

—Lo sé, jovencito, y considera lo mucho que te estás perdiendo. Esto te sabrá como si estuvieras comiendo arena. Pero te sugiero que te lo comas a la fuerza. Preferiría que tus decisiones no vinieran dadas por la debilidad de un estómago vacío.

La mesa estaba dispuesta delante de ellos, y los hombres oscuros sirvieron sus platos con pavo y relleno y puré de papas y *gravy* y pequeños chícharos con grandes trozos amarillos de

mantequilla derritiéndose sobre ellos y arándanos y camotes cubiertos por una viscosa gelatina de color marrón y aceitunas y apio y rábanos y...

Meg sintió que su estómago rugía con estruendo. La saliva se le vino a la boca.

—¡Oh, madre mía! —masculló Calvin.

Aparecieron varias sillas y los cuatro hombres que habían dispuesto el festín, desaparecieron entre las sombras.

Charles Wallace liberó sus manos de las de Meg y Calvin se dejó caer sobre una de las sillas.

—Vamos —dijo él—. Si está envenenada está envenenada, pero no creo que sea así.

Calvin se sentó. Meg seguía de pie, indecisa.

Calvin le dio un mordisco. Masticó. Tragó saliva. Miró a Meg:

—Si esto no es real, es la mejor imitación que uno pueda encontrar.

Charles Wallace dio un mordisco, hizo una mueca y escupió su bocado:

—¡Es injusto! —le gritó al hombre.

De nuevo la risa:

—Vamos, hombrecito. Come.

Meg suspiró y se sentó:

—No creo que debamos comer estas cosas, pero si van a hacerlo, será mejor que yo también me una a ello —ella probó un bocado—. Tiene buen sabor. Prueba del mío, Charles —ella le ofreció un bocado de pavo.

Charles Wallace lo tomó, puso otra mueca, pero consiguió tragarlo:

—Todavía me sabe a arena —dijo él, y miró al hombre—: ¿por qué?

—Sabes perfectamente bien por qué. Has cerrado tu mente por completo a mí. Los otros dos no son capaces. Yo puedo introducirme a través de sus grietas. No hasta el fondo, pero sí lo suficiente como para darles pavo para cenar. Ya ves, no soy más que un gentil y alegre caballero.

—Ja —dijo Charles Wallace.

El hombre arqueó sus labios con una sonrisa, y su sonrisa era la cosa más horrible que Meg hubiera visto jamás.

—¿Por qué no confías en mí, Charles? ¿Por qué no confías en mí lo suficiente como para entrar en mí y averiguar lo que soy? Yo soy la paz y el descanso total. Soy la liberación de toda responsabilidad. Venir a mí es la última decisión difícil que tendrás que tomar.

—¿Si entrara podría salir de nuevo? —preguntó Charles Wallace.

—Por supuesto, si así lo quisieras. Pero no creo que sea así.

—Si yo entro, no para quedarme, se entiende, sino para averiguar más acerca de usted, ¿nos dirá dónde está nuestro padre?

—Sí. Lo prometo. Y yo no hago promesas a la ligera.

—¿Puedo hablar con Meg y con Calvin a solas, sin que nos escuche?

—No.

Charles se encogió de hombros:

—Oíganme —les dijo a Meg y a Calvin—. Tengo que averiguar lo que es realmente. Lo saben. Trataré de contenerlo. Trataré de mantener parte de mí mismo fuera. Esta vez no debes detenerme, Meg.

—¡Pero no serás capaz, Charles! ¡Él es más fuerte que tú! ¡Lo sabes!

—Tengo que intentarlo.

—¡Pero la señora Qué te lo advirtió!

—Tengo que intentarlo. Por papá, Meg. Por favor. Quiero, quiero conocer a mi padre —por un momento, sus labios temblaron. Luego volvió a retomar el control—. Pero no se trata sólo de papá, Meg. Tú lo sabes. Es la Cosa Negra. Tenemos que hacer aquello por lo que la señora Qué nos envió.

—Calvin... —suplicó Meg.

Pero Calvin negó con la cabeza:

—Tiene razón, Meg. Estaremos con él, pase lo que pase.

—Pero ¿qué va a pasar? —exclamó Meg.

Charles Wallace miró al hombre:

—Está bien —dijo—. Vamos.

Ahora los ojos rojos y la luz que estaba sobre ellos pareció penetrar en Charles, y de nuevo las pupilas del pequeño niño se contrajeron. Cuando el último punto de negro se perdió en el azul, él apartó la vista de los ojos rojos, miró a Meg y sonrió dulcemente, pero la sonrisa no era la de Charles Wallace.

—Vamos, Meg, cómete esta deliciosa comida que han preparado para nosotros —dijo él.

Meg le arrebató el plato a Charles Wallace y lo tiró al suelo, por lo que la comida se desparramó y el plato se rompió en pedazos:

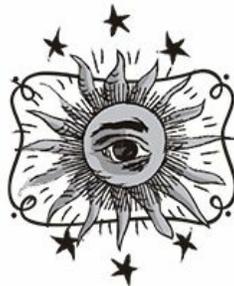
—¡No! —gritó ella con voz estridente—. ¡No! ¡No! ¡No!

Desde las sombras llegó uno de los hombres oscuros y puso otro plato delante de Charles Wallace, y éste empezó a comer con avidez:

—¿Qué pasa, Meg? —preguntó Charles Wallace—. ¿Por qué te estás comportando de una forma tan beligerante y poco colaboradora? —la voz era la de Charles Wallace, y sin embargo, sonaba diferente, algo monocorde, casi como se hubiera podido escuchar en un planeta de dos dimensiones.

Meg agarró violentamente a Calvin, gritando:

—¡Éste no es Charles! ¡Charles se ha ido!



* Esta cita no está señalada en el texto pero parece referirse a una frase del gran filósofo y hombre de ciencia inglés, sir Francis Bacon, parafraseada por Franklin D. Roosevelt en su discurso de investidura en 1933.

** Traducción de la letra de “Mary Had a Little Lamb”, una canción popular estadounidense cuya melodía es conocida en todo el mundo. Fue la primera grabación que hiciera Thomas Edison en su fonógrafo.

† En este caso se trata de una clásica canción de cuna inglesa: “Peter, Peter, Pumpkin Eater”.

OCHO

La columna transparente



Charles Wallace se sentó allí devorando el pavo como si fuera la cosa más deliciosa que hubiera probado nunca. Estaba vestido como Charles Wallace; se parecía a Charles Wallace; tenía el mismo pelo castaño claro, la misma cara que todavía no había perdido su redondez de bebé. Sólo los ojos eran diferentes, porque una turbia oscuridad había apagado su color azul. Pero era mucho más que esto lo que le hizo sentir a Meg que Charles Wallace se había ido, que el niño pequeño que había en su lugar era sólo una copia de Charles Wallace, solamente un muñeco.

Ella reprimió un sollozo:

—¿Dónde está? —preguntó al hombre de los ojos rojos—. ¿Qué ha hecho con él? ¿Dónde está Charles Wallace?

—Pero mi querida niña, eres una histérica —le respondió mentalmente el hombre—. Está ahí, delante de ti, radiante y feliz. Completamente radiante y feliz por primera vez en su vida. Y está terminándose su cena, lo cual también sería prudente que hicieran ustedes dos.

—¡Usted sabe que no es Charles! —gritó Meg—. Lo ha atrapado de alguna manera.

—Silencio, Meg. No sirve de nada tratar de dialogar con él —dijo Calvin, hablándole al oído en voz baja—. Lo que tenemos que hacer es sujetar con fuerza a Charles Wallace. Él está allí, en algún lugar, ahí dentro, y no debemos dejar que lo alejen de nosotros. Ayúdame a agarrarlo, Meg. No pierdas el control. Ahora no. ¡Tienes que ayudarme a agarrar a Charles! —tomó al niño por un brazo con firmeza.

Tratando de controlar su histeria, Meg tomó el otro brazo de Charles y lo agarró con fuerza.

—¡Me estás haciendo daño, Meg! —dijo Charles bruscamente—. ¡Suéltame!

—No —respondió Meg con gravedad.

—Nos habíamos equivocado —la voz de Charles Wallace, pensó Meg, podría haber sido una grabación. Tenía una sonoridad metálica—. No es en absoluto un enemigo. Es nuestro amigo.

—¡Estás chiflado! —dijo Calvin con brusquedad.

—No lo entiendes, Calvin —dijo Charles Wallace—. La señora Qué, la señora Quién y la señora Cuál nos han confundido. Ellas son realmente nuestras enemigas. Nunca debimos haber confiado en ellas —habló con su voz más calmada y razonable, la voz que ponía nerviosos a los

gemelos. Parecía estar mirando directamente a Calvin mientras hablaba, y sin embargo, Meg estaba segura de que esos anodinos ojos azules no podían ver, y que alguien o algo más miraba a Calvin a través de Charles.

En ese momento, los ojos fríos y extraños se volvieron hacia ella:

—Meg, suéltame. Se los explicaré todo, pero tienen que soltarme.

—No —Meg apretó los dientes y no soltó su agarre, y Charles Wallace comenzó a tirar con una potencia que no era suya, y su propia fuerza de adolescente larguirucha no era rival contra él —. ¡Calvin! —jadeó cuando Charles Wallace liberó su brazo de ella y se puso en pie.

Calvin el atleta, Calvin el muchacho que cortaba la leña y se la llevaba a su madre hasta el interior de su casa, cuyos músculos eran fuertes y capaces, soltó la muñeca de Charles Wallace y la agarró como si fuera una pelota de fútbol americano. Meg, llevada por el pánico y la rabia, se lanzó al hombre de la silla con la intención de golpearlo como lo había hecho Charles Wallace, pero los hombres de negro fueron demasiado rápidos para ella, y uno de ellos la sujetó, inmovilizándole los brazos detrás de la espalda.

—Calvin, te aconsejo que me sueltes —la voz de Charles Wallace salió de debajo de Calvin.

Calvin, con su rostro contraído con una severa determinación, no aflojó su agarre. El hombre de los ojos rojos asintió y tres de los hombres se movieron hacia Calvin (al menos fueron necesarios tres de ellos), lo separaron y lo agarraron como a Meg.

—¡Señora Qué! —gritó Meg con desesperación—. ¡Oh, señora Qué!

Pero la señora Qué no acudió al llamado.

—Meg —dijo Charles Wallace—. Meg, escúchame.

—Está bien, te escucho.

—Estábamos completamente equivocados, te lo dije; no lo habíamos entendido. Hemos estado luchando contra nuestro amigo, contra el amigo de papá.

—Si papá me dice que es nuestro amigo, tal vez lo crea. Puede ser. A menos que tenga a papá bajo los efectos de un hechizo, o lo que sea, como a ti.

—Esto no es un cuento de hadas. ¿Hablas de hechizos? —dijo Charles Wallace—. Meg, tienes que dejar de luchar, relájate. Relájate y sé feliz. Oh, Meg, si simplemente te relajaras, te darías cuenta de que todos nuestros problemas se han terminado. No entiendes a qué maravilloso lugar hemos venido. Verás, en este planeta todo está en perfecto orden porque todo el mundo ha aprendido a relajarse, a ceder, a someterse. Todo lo que tienes que hacer es mirar en silencio y de manera constante a los ojos de nuestro buen amigo que está aquí, porque él es nuestro amigo, querida hermana, y él entrará en ti como ha entrado en mí.

—¡Lo has dicho bien, entrar en ti! —exclamó Meg—. Tú sabes que no eres tú. Tú sabes que nunca en tu vida me has llamado *querida hermana*.

—Cállate un momento, Meg —susurró Calvin y levantó la vista hacia el hombre de los ojos rojos—. Está bien, haga que sus secuaces nos suelten y deje de hablar con nosotros a través de Charles. Sabemos que es usted el que habla, o aquello que esté hablando a través suya. De todos modos, sabemos que ha hipnotizado a Charles.

—Una forma bastante primitiva de decirlo —masculló el hombre de los ojos rojos. Hizo un leve gesto con un dedo, y Meg y Calvin fueron puestos en libertad.

—Gracias —dijo Calvin con ironía—. Entonces, si es nuestro amigo, ¿nos dirá quién o qué es usted?

—No es necesario que sepan quién soy. Yo soy el Coordinador Supremo, eso es todo lo que necesita saber.

—Pero están hablando a través de usted, al igual que con Charles Wallace, ¿no es así? ¿También está hipnotizado?

—Te dije que era una palabra demasiado primitiva, sin las connotaciones correctas.

—¿Es usted quien va a conducirnos junto al señor Murry?

—No. No es necesario ni posible que yo me vaya de aquí. Charles Wallace los guiará.

—¿Charles Wallace?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Ahora —el hombre de los ojos rojos puso la espantosa mueca que pasaba por ser su sonrisa—. Sí, creo que bien podría ser ahora mismo.

Charles Wallace hizo un ligero gesto con la cabeza, diciendo: “Vengan”, y comenzó a caminar de una extraña y mecánica manera. Calvin lo siguió. Meg vaciló, llevando su mirada desde el hombre de los ojos rojos a Charles y Calvin. Quería agarrar la mano de Calvin, pero parecía que desde que habían comenzado sus viajes ella había estado buscando una mano con la que sostenerse, por lo que metió sus puños en los bolsillos y caminó detrás de los chicos. “Tengo que ser valiente”, se dijo a sí misma. “Y lo seré.”

Caminaron a través de un largo, blanco y aparentemente interminable pasillo. Charles Wallace continuó el ritmo desigual de su paso y no miró ni una sola vez hacia atrás para comprobar que lo seguían.

De repente, Meg echó a correr y se puso a la altura de Calvin:

—Cal —dijo—, escucha. Rápido. Recuerda que la señora Qué dijo que tu don era el de la comunicación y que eso era lo que te otorgaba. Hemos intentado luchar contra Charles físicamente, y no ha dado resultado. ¿No puedes intentar comunicarte con él? ¿No puedes tratar de llegar a él?

—Caramba, tienes razón —la cara de Calvin se iluminó con esperanza, y sus ojos, que habían estado sombríos, recuperaron su brillo habitual—. He estado en una situación de ansiedad tal, y quizá no consiga nada, pero al menos puedo intentarlo —ellos aceleraron su ritmo hasta que alcanzaron a Charles Wallace. Calvin extendió la mano para tocar su brazo, pero Charles lo apartó.

—Déjame en paz —gruñó.

—No voy a hacerte daño, compañero —dijo Calvin—. Sólo trato de ser amable. Hagamos las paces, ¿de acuerdo?

—¿Quieres decir que han cambiado de parecer? —preguntó Charles Wallace.

—Claro —la voz de Calvin era persuasiva—. Después de todo, somos personas razonables. Basta con que me mires un momento, Charlibus —Charles Wallace se detuvo y se volvió lentamente para mirar a Calvin con sus ojos fríos y vacíos. Calvin le devolvió la mirada, y Meg pudo sentir la intensidad de su concentración. Un enorme estremecimiento sacudió a Charles

Wallace. Durante un breve destello, sus ojos parecieron ver. Entonces todo su cuerpo giró violentamente, y se puso rígido. Comenzó su caminata de marioneta de nuevo.

—Debería haberlo sabido —repuso él—. Si quieren ver a Murry será mejor que vengan conmigo y no intenten más triquiñuelas.

—¿Es así como llamas a tu padre? ¿Murry? —preguntó Calvin. Meg notaba que estaba al mismo tiempo enojado y molesto por haberlo casi logrado.

—¿Padre? ¿Qué es un padre? —entonó Charles Wallace—. Simplemente se trata de otra concepción errónea. Si sientes la necesidad de un padre, entonces te sugiero que te presentes ante ELLO.

ELLO de nuevo.

—¿Quién es este ELLO? —preguntó Meg.

—Todo a su tiempo —dijo Charles Wallace—. Todavía no estás lista para ELLO. Antes de nada te diré algo acerca de este hermoso y progresista planeta de Camazotz —su voz adquirió los tonos secos y pedantes del señor Jenkins—. Tal vez no te hayas dado cuenta de que en Camazotz hemos superado todas las enfermedades, todas las deformidades.

—¿Hemos? —interrumpió Calvin.

Charles continuó como si no lo hubiera oído. “Y por supuesto que no lo había hecho”, pensó Meg.

—No permitimos que nadie sufra. Es mucho más condescendiente librarse de cualquier persona que esté enferma. Nadie tiene que padecer semanas y semanas con moqueo y dolores de garganta. En lugar de soportar tal malestar, simplemente los ponen a dormir.

—¿Quieres decir que los ponen a dormir cuando tienen un resfriado, o que son asesinados? —preguntó Calvin.

—Asesinato es una palabra muy primitiva —dijo Charles Wallace—. En Camazotz no existe el asesinato. ELLO se encarga de todas esas cosas —él se movió bruscamente a la pared del pasillo, se detuvo un momento y luego levantó la mano. La pared parpadeó, tembló, se tornó transparente. Charles Wallace caminó a través de ella, les hizo una señal a Meg y Calvin, y ellos lo siguieron. Estaban en una pequeña habitación cuadrada que irradiaba una opaca luz sulfurosa. Para Meg había algo ominoso en la compactibilidad de la habitación, como si las paredes, el techo y el piso pudieran moverse conjuntamente y aplastar a cualquiera que se atreviera a entrar.

—¿Cómo hiciste eso? —le preguntó Calvin a Charles.

—¿Hacer qué?

—Hacer que la pared se abriera así.

—Simplemente he reordenado los átomos —dijo Charles Wallace con altanería—. Ustedes han estudiado los átomos en la escuela, ¿no es así?

—Claro, pero...

—Entonces saben lo suficiente como para entender que la materia no es sólida, ¿verdad? Que tú, Calvin, estás compuesto sobre todo de espacio vacío. Que si toda la materia que hay en ti se uniera, sería del tamaño de la cabeza de un alfiler. Eso es un sencillo hecho científico ¿no es así?

—Sí, pero...

—Así que simplemente aparto los átomos a un lado y caminamos a través del espacio que

hay entre ellos.

El estómago de Meg parecía habersele caído, y se dio cuenta de que la caja cuadrada en la que se encontraban debía ser un elevador que había comenzado a subir a gran velocidad. La luz amarilla iluminó sus rostros, y el azul pálido de los ojos de Charles absorbió el amarillo y se pusieron verdes.

Calvin se humedeció los labios:

—¿Adónde vamos?

—Arriba —Charles continuó su conferencia—. En Camazotz somos todos felices porque somos todos iguales. Las diferencias crean problemas. Tú sabes eso, ¿verdad, querida hermana?

—No —dijo Meg.

—Oh, sí, tú lo sabes. Tú has visto en casa cuán cierto es. Tú sabes que ésa es la razón por la cual no eres feliz en la escuela. Porque eres diferente.

—*Yo soy diferente y soy feliz* —dijo Calvin.

—Pero tú finges *no ser* diferente.

—Yo soy diferente y me gusta ser diferente —la voz de Calvin sonó a un volumen anormalmente alto.

—Tal vez no me guste ser diferente —dijo Meg—, pero tampoco quiero ser como los demás.

Charles Wallace levantó la mano y el movimiento de la caja cuadrada cesó y una de las paredes pareció desaparecer. Charles salió, Meg y Calvin lo siguieron. Calvin apenas lo logró antes de que la pared emergiera de nuevo, y ya no pudieran ver dónde se había producido la abertura.

—Querías que Calvin se quedara atrás, ¿verdad? —dijo Meg.

—Simplemente estoy tratando de enseñarles a estar atentos. Se los advierto, si cualquiera de ustedes dos me provoca más problemas, los llevaré ante ELLO.

Al caer la palabra ELLO de los labios de Charles, de nuevo Meg sintió como si hubiera sido tocada por algo viscoso y horrible.

—Entonces, ¿qué es ELLO? —preguntó.

—Pueden llamarlo ELLO el Jefe —entonces Charles Wallace se rio nerviosamente, una risita que era el sonido más siniestro que Meg había oído jamás—. ELLO a veces se llama a sí mismo ELLO el Sádico Dichoso.

Meg habló con frialdad para esconder su miedo:

—No sé de lo que estás hablando.

—Se pronuncia *sá-di-co*, y no *sá-fi-co*, ya sabes —dijo Charles Wallace, y se rio nerviosamente de nuevo—. Hay mucha gente que no lo pronuncia correctamente.

—Bueno, no me importa —dijo Meg desafiante—. No quiero ver a ELLO, y eso es todo.

La voz extraña y monótona de Charles Wallace le rechinó en sus oídos:

—Meg, se supone que dispones de *algo* de inteligencia. ¿Por qué crees que tenemos guerras donde vivimos? ¿Por qué crees que la gente está confundida y es infeliz? Porque todos viven sus propias vidas de forma separada e individual. He intentado explicarles de la manera más sencilla posible que en Camazotz hemos eliminado los comportamientos individuales. Camazotz es UNA sola mente. Es ELLO. Y por esa razón todo el mundo es tan feliz y eficiente. Eso es lo que las

viejas brujas, como la señora Qué, no quieren que suceda en nuestro planeta.

—Ella no es una bruja —interrumpió Meg.

—¿No?

—No —dijo Calvin—. Tú sabes que no lo es. Tú sabes que para ellas es sólo un juego. Su forma, tal vez, de reírse en la oscuridad.

—En la oscuridad, efectivamente —continuó Charles—. Ellas quieren que sigamos confundidos en vez de bien organizados.

Meg sacudió la cabeza con violencia:

—¡No! —gritó—. Sé que nuestro mundo no es perfecto, Charles, pero es mejor que esto. ¡Ésta no es la única alternativa! ¡No puede ser!

—Aquí nadie sufre —entonó Charles—. Aquí nadie es infeliz nunca.

—Pero nadie es feliz tampoco —dijo Meg con seriedad—. Tal vez si uno no es a veces infeliz, tampoco sabe cómo ser feliz. Calvin, quiero ir a casa.

—No podemos dejar a Charles —le dijo Calvin—, y no podemos irnos antes de haber encontrado a tu padre. Lo sabes. Pero tienes razón, Meg, y también la señora Cuál. Esto es el Mal.

Charles Wallace negó con la cabeza, y el desprecio y la desaprobación parecieron emanar de él:

—Vengan. Estamos perdiendo el tiempo —él se movió rápidamente por el pasillo, pero continuó hablando—. ¡Cuán terrible es ser un organismo individual inferior! —clac, clac, clac. Su ritmo se aceleraba paso a paso, con sus cortas piernas marchando a toda velocidad, por lo que Meg y Calvin casi tuvieron que correr para ir a su lado—. Ahora miren esto —dijo él. Levantó la mano y de repente ellos pudieron ver a través de una de las paredes el interior de una pequeña habitación. En el cuarto, un niño pequeño estaba botando una pelota. Botaba a un ritmo constante, y las paredes de su pequeña celda parecían latir al compás de la pelota. Y cada vez que la pelota botaba, él gritaba como si estuviera sufriendo.

—Ése es el niño que vimos esta tarde —dijo Calvin bruscamente—, el niño que no botaba la pelota como los demás.

Charles Wallace se rio de nuevo:

—Sí. De vez en cuando surgen pequeños problemas de cooperación, pero son fácilmente subsanables. Después de hoy, nunca querrá desviarse de nuevo. Ah, aquí estamos.

Avanzó rápidamente por el pasillo y otra vez levantó la mano para hacer la pared transparente. Miraron en otra habitación pequeña o celda. En el centro de ella había una columna transparente, grande y cilíndrica, y dentro de esta columna había un hombre.

—¡PAPÁ! —gritó Meg.



NUEVE

ELLO



Meg se abalanzó sobre el hombre que se hallaba aprisionado en la columna, pero cuando llegó a lo que parecía ser la puerta de entrada, fue arrojada hacia atrás como si hubiera chocado contra una pared de ladrillo.

Calvin la agarró:

—Esta vez es transparente como el cristal —le dijo—. No podemos atravesarla.

Meg estaba tan revuelta y mareada por el impacto que no podía responder. Por un momento temió que fuera a vomitar o a desmayarse. Charles Wallace volvió a reír con esa risa que no era la suya, y esto fue lo que la salvó, una vez la más rabia la sobrepuso al dolor y al miedo. Charles Wallace, su verdadero y querido Charles Wallace, nunca se reía de ella cuando se hacía daño. En lugar de eso, rápidamente la rodeaba con sus brazos alrededor de su cuello y presionaba su mejilla contra la suya para darle un cariñoso consuelo. Pero el demonio Charles Wallace rio. Ella se apartó de él y volvió a mirar al hombre que estaba dentro de la columna.

—Oh, papá —susurró ella con nostalgia, pero el hombre de la columna no se movió para mirarla. Las gafas de carey, que siempre parecieron formar parte de él, ya no estaban, y la expresión de sus ojos se dirigía hacia adentro, como si estuviera absorto en sus pensamientos. Se había dejado crecer la barba y el marrón claro estaba moteado de gris. Su cabello también, aunque no se lo habían cortado. No se parecía al pelo largo del hombre de la foto en Cabo Cañaveral; ahora le caía suavemente casi hasta los hombros, por lo que parecía alguien de otro siglo, o un marinero de un barco naufragado. Pero no había duda, a pesar del cambio que se había producido en él, se trataba de su padre, su amado padre.

—Vaya, tiene un aspecto desastroso, ¿verdad? —dijo Charles Wallace, y soltó una risita.

Meg se volvió hacia él con una rabia feroz:

—¡Charles, ése es nuestro padre! ¡Nuestro padre!

—¿Y qué?

Meg se apartó de él y extendió los brazos al hombre de la columna.

—Él no nos ve, Meg —dijo Calvin suavemente.

—¿Por qué? ¿Por qué?

—Creo que es algo así como esas pequeñas mirillas que la gente tiene en las puertas de

entrada de los departamentos —explicó Calvin—. Ya sabes. Desde el interior uno puede mirar y verlo todo. Y desde afuera no se consigue ver nada en absoluto. Podemos verlo, pero él a nosotros no.

—¡Charles! —suplicó Meg—. ¡Déjame entrar con papá!

—¿Por qué? —preguntó Charles plácidamente.

Meg recordó que cuando estaban en la habitación con el hombre de los ojos rojos, ella había devuelto a Charles Wallace a su estado normal cuando se abalanzó sobre él y su cabeza se golpeó en el piso; así que ella se arrojó hacia él. Pero antes de que pudiera alcanzarle, él le asestó un fuerte puñetazo en el estómago. Ella abrió la boca para respirar. Atontada, se alejó de su hermano, de regreso a la pared transparente. Allí estaba la celda, allí estaba la columna con su padre dentro. A pesar de que podía verlo, a pesar de que estaba casi lo suficientemente cerca como para tocarlo, parecía hallarse más lejos de lo que lo había estado cuando ella se lo había mostrado a Calvin en la foto que había sobre el piano. Permanecía allí en silencio, como si estuviera congelado en una columna de hielo, con una expresión de sufrimiento y resistencia en su rostro que atravesó su corazón como una flecha.

—¿Dices que quieres ayudar a nuestro padre? —la voz de Charles Wallace le llegó desde atrás, carente de emoción alguna.

—Sí. ¿Tú no? —preguntó Meg, girándose y mirándolo penetrantemente.

—Por supuesto que sí. Por esa razón estamos aquí.

—Entonces, ¿qué *hacemos*? —Meg trató de contener la agitación de su voz, intentando sonar tan desprovista de sentimientos como Charles, pero a pesar de ello, terminó la frase con un tono demasiado agudo.

—Debes hacer lo mismo que yo y entrar en ELLO —dijo Charles.

—No.

—Veo que realmente no quieres salvar a nuestro padre.

—¿Cómo podría salvar a papá convirtiéndome en una zombi?

—Tendrás que confiar en lo que te digo, Margaret —otra vez habló con la voz plana y fría de antes—. ELLO te quiere y te llevará consigo. No olvides que yo también soy parte de ELLO ahora. Tú sabes que no lo habría hecho si ELLO no fuera lo correcto.

—Calvin —preguntó Meg con agonía—, ¿salvará realmente a papá?

Pero Calvin no le estaba prestando atención a ella. Parecía estar concentrado con todas sus fuerzas en Charles Wallace. Miraba el azul pálido, que era todo lo que quedaba de los ojos de Charles Wallace:

—*"Y al ser un espíritu tan sensible/para cumplir sus abominables órdenes.../te encerró... en un pino partido.../en cuyo hueco... permaneciste prisionero..."* —susurró él, y Meg recordó las palabras que le dijo la señora Quién.

Por un momento, Charles Wallace pareció escuchar. Entonces se encogió de hombros y se dio la vuelta. Calvin lo siguió, intentando mantener sus ojos fijos en los de Charles:

—Si quieres una bruja, Charles —dijo—, ELLO es la bruja. No nuestras señoras. Me alegro de haber estudiado *La tempestad* este año en la escuela, ¿no lo crees, Charles? Fue la bruja quien encerró a Ariel en el pino partido, ¿no es así?

La voz de Charles Wallace parecía venir de muy lejos:

—Deja de mirarme.

Respirando rápidamente con entusiasmo, Calvin continuó pinchando a Charles Wallace con su mirada:

—Eres como Ariel encerrado en el pino partido, Charles. Y yo puedo ayudarte a salir. Mírame, Charles. Vuelve con nosotros.

De nuevo el estremecimiento recorrió a Charles Wallace. La intensa voz de Calvin lo golpeó:

—Vuelve, Charles. Vuelve con nosotros.

Nuevamente Charles se estremeció. Y entonces fue como si una mano invisible lo hubiera golpeado en el pecho tirándolo al suelo, y la mirada con la que Calvin lo había prendado lo soltó. Charles se sentó en el suelo del pasillo lloriqueando, no con el sonido que emite un niño pequeño, sino con el ruido de un animal temeroso.

—Calvin —Meg se volvió hacia él, juntando las manos con fuerza—, trata de llegar a papá.

Calvin negó con la cabeza:

—Charles casi salió. Casi lo conseguí. Casi volvió con nosotros.

—Inténtalo con papá —dijo Meg de nuevo.

—¿Cómo?

—Con lo que has dicho del pino partido. ¿No está nuestro padre encarcelado en un pino partido aún más que Charles? Míralo, en esa columna de allí. Sácalo, Calvin.

Calvin habló como si estuviera exhausto:

—Meg. No sé qué hacer. No sé cómo entrar. Meg, están pidiendo demasiado de nosotros.

—¡Las gafas de la señora Quién! —dijo Meg de repente. La señora Quién le había dicho que la usaran sólo como último recurso, y sin duda ahora lo era. Ella metió la mano en su bolsillo y las gafas estaban allí, frescas y ligeras y reconfortantes. Las sacó con los dedos temblorosos.

—¡Dame esas gafas! —la voz de Charles Wallace se dirigió a ella con una dura orden, y él se levantó del suelo y corrió hacia ella.

Apenas tuvo tiempo para quitarse sus propias gafas y ponerse las de la señora Quién, y al hacerlo, una patilla resbaló por su mejilla y las gafas apenas se quedaron posadas en su nariz. Al abalanzarse Charles Wallace sobre ella, se arrojó contra la puerta transparente y la atravesó. Ahora estaba en la celda con la columna de encarcelamiento que retenía a su padre. Con el pulso tembloroso se enderezó las gafas de la señora Quién y guardó las suyas en su bolsillo.

—Dámelas —reclamó la voz amenazante de Charles Wallace, y él apareció en la celda con ella, mientras Calvin en el exterior golpeaba frenéticamente para entrar.

Meg le dio una patada a Charles Wallace y corrió hacia la columna. Sentía como si estuviera atravesando algo oscuro y frío. Pero llegó hasta él.

—¡Papá! —exclamó. Y él la rodeó en sus brazos.

Éste era el momento que ella había estado esperando, no sólo desde que la señora Qué llevó con ella, sino durante los largos meses y años que habían pasado desde que las cartas dejaron de llegar, y cuando la gente hacía comentarios acerca de Charles Wallace, y cuando la señora Murry mostraba un raro destello de soledad o tristeza. Éste era el momento que indicaba que ahora y siempre todo saldría bien.

Cuando ella se apretó contra su padre, lo olvidó todo excepto la alegría. Sólo existía la paz y el consuelo de descansar contra él, la maravilla del círculo de protección que ejercían sus brazos, la sensación de tranquilidad y total seguridad que su presencia siempre le dio.

Su voz se quebró en un sollozo feliz:

—¡Oh, papá! ¡Oh, papá!

—¡Meg! —exclamó él con feliz sorpresa—. Meg, ¿qué estás haciendo aquí? ¿Dónde está tu madre? ¿Dónde están tus hermanos?

Ella miró hacia fuera de la columna y Charles Wallace estaba en la celda, con una extraña expresión que deformaba su rostro. Se volvió hacia su padre. No había más tiempo para saludos, para alegría, para dar explicaciones:

—Tenemos que ayudar a Charles Wallace —dijo ella con la voz tensa—. Rápido.

Las manos de su padre se movían a tientas sobre su rostro, y al sentir el contacto de sus fuertes y delicados dedos, ella se dio cuenta con horror que podía verlo, que podía ver a Charles en la celda y a Calvin en el pasillo, pero que su padre no podía verlos a ellos, no podía verla a ella. Lo miró con pánico, pero sus ojos eran del mismo azul inmutable que recordaba. Ella movió su mano con brusquedad a través de su línea de visión, pero él no se inmutó.

—¡Papá! —exclamó ella—. ¡Papá! ¿No puedes verme?

Sus brazos la rodearon de nuevo con un reconfortante y tranquilizador gesto.

—No, Meg.

—Pero, papá, yo puedo verte a ti —su voz se apagó. De repente, ella se apartó de la nariz las gafas de la señora Quién y miró por encima de ellas, y de inmediato se quedó en la oscuridad total y absoluta. Se las arrancó del rostro, y se las dio a su padre—. Toma.

Él agarró las gafas con los dedos y dijo:

—Cariño, me temo que las gafas no me ayudarán.

—Pero son las de la señora Quién, no las mías —explicó ella, sin darse cuenta de que sus palabras sonaban como un sinsentido para él—. Por favor, pónelas, papá. ¡Por favor! —ella aguardó mientras lo tocaba a tientas en la oscuridad—. ¿Puedes ver ahora? —preguntó—. ¿Puedes ver ahora, papá?

—Sí —dijo—. Sí. Ahora la pared es transparente. ¡Qué extraordinario! ¡Casi pude ver los átomos reordenándose! —su voz desprendía el viejo y familiar sonido de excitación y descubrimiento. Era la forma en que sonaba a veces cuando llegaba a casa de su laboratorio después de un buen día y comenzaba a contarle a su esposa lo que había hecho en el trabajo. Entonces gritó—: ¡Charles! ¡Charles Wallace! —pero entonces dijo—. Meg, ¿qué le ha pasado? ¿Que sucede? Ése *es* Charles, ¿no es así?

—ELLO lo tiene en su poder, padre —explicó ella con nerviosismo—. ELLO ha entrado en él. Padre, tenemos que ayudarlo.

Durante un largo momento el señor Murry se quedó en silencio. El silencio se llenó de las palabras que él estaba pensando y no hablaba en voz alta a su hija. Luego dijo:

—Meg, estoy encarcelado aquí. Lo he estado durante...

—Papá, estas paredes... Tú puedes atravesarlas. Yo misma atravesé la columna para llegar a ti. Fue gracias a las gafas de la señora Quién.

El señor Murry no se detuvo a preguntar quién era la señora Quién. Golpeó la columna translúcida con su mano.

—Parece completamente sólida.

—Pero yo entré —repitió Meg—. Estoy aquí. Tal vez las gafas ayudan a que los átomos se reordenen. Inténtalo, papá.

Ella esperó, sin aliento, y después de un momento supo que estaba sola dentro de la columna. Extendió las manos en la oscuridad y sintió su superficie que la circundaba por todos lados. Parecía completamente sola, el silencio y la oscuridad por siempre impenetrables. Ella luchó contra el pánico hasta que oyó la voz de su padre que le decía muy débilmente.

—Volveré por ti, Meg.

Era una sensación casi tangible cómo la reordenación de los átomos en ese material extraño parecía permitirle entrar hasta donde ella estaba. En la casa de playa que tenían en Cabo Cañaveral había una cortina entre el comedor y la sala de estar hecha de largas hebras de arroz. Parecía una cortina sólida, pero se podía caminar a través de ella. Al principio Meg se había estremecido cada vez que se acercaba a la cortina; pero poco a poco se acostumbró a ella y la atravesaba corriendo, y dejaba balanceándose las largas hebras de arroz. Tal vez los átomos de estas paredes se reordenaban un poco de la misma manera.

—Meg, pon tus brazos alrededor de mi cuello —dijo el señor Murry—. Agárrate a mí con fuerza. Cierra los ojos y no tengas miedo —él la tomó en brazos, ella envolvió sus largas piernas alrededor de su cintura y se aferró a su cuello. Con las gafas de la señora Quién puestas, ella había sentido solamente una oscuridad tenue y fría al atravesar la columna. Sin las gafas, ella sintió la misma horrible viscosidad que había experimentado cuando tesoraron a través de la oscuridad exterior de Camazotz. Fuera cual fuera la Cosa Negra a la cual estaba subyugada Camazotz, estaba tanto dentro como fuera del planeta. Por un momento pareció que la fría oscuridad la arrancaría de los brazos de su padre. Trató de gritar, pero dentro de ese helado horror no era posible emitir sonido alguno. Los brazos de su padre se apretaron alrededor de ella, y ella se aferró a su cuello como si fuera a ahogarlo, pero ya no era presa del pánico. Sabía que si su padre no conseguía atravesar la pared, se quedaría con ella y no la abandonaría; sabía que mientras estuviera en sus brazos estaría a salvo.

Y entonces estuvieron fuera. La columna se alzaba en medio de la habitación, cristalina y vacía.

Meg parpadeó ante las figuras borrosas de Charles y de su padre, y se preguntó por qué no se aclaraban. Entonces ella tomó sus propias gafas de su bolsillo y se las puso, y sus ojos miopes fueron capaces de enfocar.

Charles Wallace golpeaba un pie impacientemente contra el suelo:

—ELLO no está complacido —dijo él—. ELLO no está en absoluto complacido.

El señor Murry soltó a Meg y se arrodilló delante del niño:

—Charles —su voz era tierna—. Charles Wallace.

—¿Qué quieres?

—Soy tu padre, Charles. Mírame.

Sus pálidos ojos azules parecían posarse en el rostro del señor Murry:

—Hola, papi —dijo con una voz insolente.

—¡Ése no es Charles! —gritó Meg—. Oh, papá, Charles no es así. ELLO lo posee.

—Sí —la voz del señor Murry sonó cansada—. Ya veo —él extendió sus brazos—. Charles, ven aquí.

“Papá lo logrará”, pensó Meg. Ahora todo saldrá bien.

Charles no se movió hacia los brazos extendidos. Permaneció de pie a unos pasos de su padre, y no lo miró.

—Mírame —ordenó el señor Murry.

—No.

La voz del señor Murry se tornó severa:

—Cuando te dirijas a mí, dirás: No, papá, o No, señor.

—Vamos, papi —contestó la fría voz de Charles Wallace, el mismo Charles Wallace que fuera de Camazotz había sido extraño, diferente, pero nunca grosero—. Tú no eres quien manda aquí.

Meg podía ver a Calvin golpeando de nuevo en la pared de cristal:

—¡Calvin! —gritó ella.

—Él no puede oírte —dijo Charles. Le hizo una mueca horrible a Calvin, y luego se mofó de él achatándose la nariz.

—¿Quién es Calvin? —preguntó el señor Murry.

—Él es... —comenzó Meg, pero Charles Wallace la interrumpió.

—Vas a tener que posponer tus explicaciones. Vámonos.

—¿Adónde?

—A ELLO.

—No —dijo el señor Murry—. No puedes llevar a Meg allí.

—¡Oh, no puedo!

—No, no puedes. Tú eres mi hijo, Charles, y me temo que tendrás que hacer lo que yo te diga.

—¡Pero no es Charles! —gritó Meg con angustia. ¿Por qué su padre no lo entendía?—. ¡Charles no es así, papá! ¡Tú sabes que no es así!

—Él era sólo un bebé cuando me fui —dijo el señor Murry con gravedad.

—Papá, es ELLO quien habla a través de Charles. ELLO no es Charles. Él está... está embrujado.

—Otra vez con los cuentos de hadas —dijo Charles.

—Papá, ¿conoces a ELLO? —preguntó Meg.

—Sí.

—¿Lo has visto?

—Sí, Meg —una vez más su voz sonaba agotada—. Sí, lo he hecho —se volvió hacia Charles—. Sabes que ella no sería capaz de resistirlo.

—Exacto —dijo Charles.

—¡Papá, no se puede hablar con él como si fuera Charles! ¡Pregúntale a Calvin! ¡Calvin te lo dirá!

—Vamos —dijo Charles Wallace—. Tenemos que irnos —él levantó la mano con despreocupación y salió de la celda, y no había otra cosa que Meg y el señor Murry pudieran hacer sino seguirlo.

Cuando salieron al pasillo, Meg agarró a su padre de la manga:

—¡Calvin, aquí está mi padre!

Calvin se volvió ansiosamente hacia ellos. Sus pecas y su cabello resaltaban enormemente en comparación a su pálido rostro.

—Hagan las presentaciones más tarde —dijo Charles Wallace—. A ELLO no le gusta que le hagan esperar —caminó por el pasillo, y su modo de andar parecía volverse más desigual con cada paso que daba. Los otros lo siguieron, caminando rápidamente para acompañarlo.

—¿Tu padre sabe lo de las señoras pronombre interrogativo? —le preguntó Calvin a Meg.

—No ha habido tiempo para nada. Todo es horrible —la desesperación se instaló como una piedra en la boca del estómago de Meg. Había estado tan segura de que en el momento en que encontrara a su padre todo se arreglaría, que todo se resolvería, que ella ya no sería responsable de nada. Pero en lugar de este feliz y esperado resultado, parecían estar encontrando todo tipo de nuevos problemas.

—No entiende lo de Charles —le dijo entre suspiros a Calvin, mirando con tristeza la espalda de su padre mientras caminaban detrás del niño.

—¿Adónde vamos? —preguntó Calvin.

—Vamos a ver a ELLO. ¡Calvin, yo no quiero ir! ¡No puedo! —ella se detuvo, pero Charles continuó su ritmo desigual.

—No podemos abandonar a Charles —dijo Calvin—. A ellas no les gustaría.

—¿A quiénes no les gustaría?

—A la señora Qué y compañía.

—¡Pero nos han traicionado! ¡Nos trajeron aquí, a este lugar terrible y nos abandonaron!

Calvin la miró con sorpresa:

—Quédate y tira la toalla si quieres —dijo él—. Yo voy con Charles —corrió para alcanzar a Charles Wallace y al señor Murry.

—No quise decir... —comenzó a responder Meg, y corrió tras ellos.

Justo cuando los alcanzó, Charles Wallace se detuvo y levantó la mano, y allí estaba el ascensor de nuevo con su siniestra luz amarilla. Meg sintió que el estómago se le sacudió al iniciar el rápido descenso. Se quedaron en silencio hasta que el movimiento cesó, y continuaron en silencio mientras siguieron a Charles Wallace través de largos pasillos y salieron a la calle. El edificio de la Central Primordial de Inteligencia se alzaba austero y anguloso detrás de ellos.

“Haz algo”, imploró Meg a su padre en silencio. “Haz algo. Ayúdanos. Sálvanos.”

Doblaron una esquina y al final de la calle se encontraron un extraño edificio en forma de cúpula. Sus paredes brillaban con un destello de llama violeta. Su techo plateado latía con una luz siniestra. La luz no era ni caliente ni fría, pero parecía extenderse y tocarlos. En este lugar, Meg tenía la certeza, debe estar esperándolos ELLO.

Anduvieron por la calle, más despacio ahora, y a medida que se acercaban al edificio abovedado el parpadeo morado parecía alcanzarlos, envolverlos, succionarlos: estaban dentro.

Meg podía sentir una pulsación rítmica. No se trataba de un palpitar externo, sino también de algo en su interior, como si el ritmo de su corazón y de sus pulmones ya no fuera el suyo sino que estuviera controlado por una fuerza exterior. Lo más cercana que había estado a esa sensación antes fue cuando había estado practicando la respiración artificial con las Girl Scouts, y la líder, una mujer enormemente corpulenta, había estado practicando con Meg, entonando: ¡FUERA el aire malo, DENTRO el bueno!, mientras sus pesadas manos presionaban, aflojaban, presionaban y aflojaban.

Meg jadeó, tratando de respirar a su propio ritmo, pero la inexorable cadencia dentro y fuera continuó. Durante un momento ella no pudo moverse ni mirar alrededor para ver lo que les estaba sucediendo a los demás. Simplemente tenía que permanecer allí, tratando de mantener el equilibrio entre el ritmo artificial de su corazón y de sus pulmones. Sus ojos parecían nadar en un mar rojo.

Entonces las cosas comenzaron a aclararse y pudo respirar sin resollar como un pez fuera del agua, y pudo mirar el gran edificio circular abovedado. Estaba completamente vacío excepto por el pulso, que parecía algo tangible, y un estrado redondo exactamente en el centro. ¿Sobre el estrado yacía... qué? Meg no podía distinguirlo, y sin embargo ella sabía que era de eso de donde emanaba el ritmo. Ella dio un paso adelante. Sentía que ahora estaba más allá del miedo. Charles Wallace ya no era Charles Wallace. Había encontrado a su padre pero él no había sido capaz de arreglar las cosas. En lugar de eso, todo estaba peor que nunca, y su adorado padre ahora era un barbudo, flaco y pálido, y después de todo, no era omnipotente. No importa lo que sucediera a continuación, las cosas no podrían ser más terribles o aterradoras de lo que ya eran.

¿Verdad que no?

A medida que siguió su paso lentamente hacia delante, por fin se dio cuenta de lo que era la Cosa que había en el estrado.

ELLO era un cerebro.

Un cerebro sin cuerpo. Un cerebro de un tamaño enorme, lo suficientemente grande como para ser completamente repugnante y terrible. Un cerebro vivo. Un cerebro que latía y temblaba, que secuestraba y ordenaba. No es de extrañar que el cerebro se llamara ELLO. ELLO era la cosa más horrible y repugnante que hubiera visto jamás, mucho más nauseabunda que nada que hubiera imaginado con su mente consciente, o que la hubiera atormentado en sus más terribles pesadillas.

Pero como ella había sentido que estaba más allá del miedo, ahora también estaba más allá de gritar.

Miró a Charles Wallace y él se quedó allí, vuelto hacia ELLO, con la mandíbula abierta y ligeramente suelta; y sus vacíos ojos azules girando lentamente.

Oh, sí, las cosas podrían ser siempre peores. Aquellos ojos que giraban en el redondo y tierno rostro de Charles Wallace dejaron helada a Meg por dentro y por fuera.

Ella apartó la mirada de Charles Wallace y la dirigió a su padre. Su padre estaba allí con las gafas de la señora Qué todavía encaramadas en su nariz, ¿acaso recordaba que las tenía puestas?, y él le gritó a Calvin:

—¡No te des por vencido!

—¡No lo haré! ¡Auxilie a Meg! —gritó Calvin. El interior de la cúpula estaba completamente en silencio, y sin embargo, Meg se dio cuenta de que la única forma de hablar era gritar con toda la fuerza posible. A cualquier lugar que mirara, a cualquier lugar donde se dirigiera, allí estaba el ritmo, que continuaba controlando la sístole y la diástole de su corazón, la inspiración y la espiración de su aliento. El miasma rojo comenzó a arrastrarse nuevamente ante sus ojos, y ella tenía miedo de perder el conocimiento, y si lo hacía, estaría completamente bajo el poder de ELLO.

La señora Qué le había dicho: “Meg, te concedo tus defectos”. ¿Cuáles eran sus mayores defectos? La ira, la impaciencia, la tozudez. Sí, era a sus defectos a los que tenía que recurrir ahora para salvarse.

Con un esfuerzo inmenso, ella trató de respirar contra el ritmo de ELLO. Pero su poder era demasiado fuerte. Cada vez que se las arreglaba para inspirar fuera de ritmo, una mano de hierro parecía estrujar su corazón y sus pulmones.

Entonces recordó que cuando ellos habían estado de pie ante el hombre de los ojos rojos, y el hombre de los ojos rojos hubo entonado la tabla de multiplicar, Charles Wallace había luchado contra su poder gritando canciones de cuna, y Calvin había recurrido al discurso de Gettysburg.*

“Georgie, Porgie, flan y pastel”, gritó ella. *“Besaba a las chicas y las hacía llorar.”***

Pero esto no iba a dar resultado. Era demasiado fácil que las canciones infantiles cayeran en el mismo ritmo de ELLO.

Ella no se sabía el discurso de Gettysburg. ¿Cómo surgió la Declaración de Independencia? Se la había aprendido justo el invierno pasado, no porque la hubieran obligado en la escuela, sino simplemente porque le gustaba:

“¡Sostenemos que estas verdades son evidentes por sí mismas!”, gritó ella, “que todos los hombres son creados iguales; que son dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables; que entre éstos están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad.”

Al gritar estas palabras, ella sintió una mente que se movía dentro de la suya, sintió a ELLO instigándola, estrujando su cerebro. Entonces se dio cuenta de que Charles Wallace estaba hablando, o que ELLO estaba hablando a través de él.

—Pero eso es exactamente lo que tenemos en Camazotz. Completa igualdad. Todo el mundo es exactamente igual.

Por un momento, su cerebro se tambaleó confuso. Luego vino un momento de ardiente verdad:

—¡No! —exclamó triunfantemente—. ¡Ser iguales y tener iguales derechos no es en absoluto lo mismo!

—¡Buena chica, Meg! —gritó su padre.

Pero Charles Wallace continuó como si no hubiera habido interrupción:

—En Camazotz todos son iguales. En Camazotz todo el mundo es igual a los demás —pero él no le dio ningún argumento ni ninguna respuesta, y ella se aferró a su momento de revelación.

Ser iguales y tener iguales derechos no es en absoluto lo mismo.

De momento había escapado del control de ELLO.

Pero ¿cómo?

Ella sabía que su pequeño y débil cerebro no era rival para esta enorme y palpitante masa sin cuerpo que se retorció sobre el estrado redondo. Se estremeció al mirar a ELLO. En el laboratorio de la escuela había un cerebro humano conservado en formol, y los alumnos de último año que se preparaban para ir a la universidad tenían que sacarlo y mirarlo y estudiarlo. Meg había sentido que cuando llegara ese día, no sería capaz de soportarlo. Pero ahora pensaba que si tuviera un cuchillo de disección, lo emplearía sobre ELLO, cortando sin piedad a través del cerebro y del cerebelo.

Unas palabras le fueron dichas en su interior, esta vez directamente, no a través de Charles:

—¿No te das cuenta de que si me destruyes a mí, también destruirás a tu hermanito?

¿Si ese gran cerebro fuera cortado, fuera aplastado, todas las mentes que están bajo su control en Camazotz morirían también? ¿Charles Wallace y el hombre de los ojos rojos y el hombre que dirigía la máquina deletreadora de segundo grado y todos los niños que juegan a la pelota y saltan la cuerda y todas las madres y todos los hombres y mujeres que entran y salen de los edificios? ¿Eran sus vidas completamente dependientes de ELLO? ¿Estaban más allá de toda posibilidad de salvación?

Sintió el cerebro entrar en ella otra vez en el momento en que dejó que el control que estaba ejerciendo su obstinación se disipara. Una niebla roja le nubló los ojos.

Débilmente oyó la voz de su padre, aunque sabía que estaba gritando a pleno pulmón:

—¡La tabla periódica de los elementos, Meg! ¡Dila!

Una imagen destelló en su mente con las tardes de invierno que había pasado sentada ante la chimenea estudiando con su padre:

—Hidrógeno, helio —comenzó a recitar obedientemente. Dilos en su orden atómico correcto. Qué iba a continuación. Ella lo sabía. Sí—: hidrógeno, litio, sodio, potasio, rubidio, cesio y francio —Meg le gritó la tabla a su padre apartándose de ELLO—: berilio, magnesio, calcio, estroncio, bario y radio.

—Demasiado rítmica —gritó su padre—. ¿Cuál es la raíz cuadrada de cinco?

Por un momento, ella era capaz de concentrarse. Devánate los sesos tú misma, Meg. No dejes que ELLO lo haga:

—¡La raíz cuadrada de cinco es 2.236 —exclamó triunfalmente—, porque 2.236 veces 2.236 es igual a 5!

—¿Cuál es la raíz cuadrada de siete?

—La raíz cuadrada de siete es... —ella se paró. No estaba pudiendo aguantar. ELLO estaba posesionándose de ella, y no lograba concentrarse, ni siquiera en las matemáticas, ¡y pronto también sería absorbida por ELLO, sería un ELLO!

—¡Tesarar, señor! —oyó decir a Calvin través de la oscuridad rojiza—. ¡Tesarar!

Ella sintió que su padre la agarraba por la muñeca, hubo una terrible sacudida que pareció romperle todos los huesos de su cuerpo. Después quedó la nada oscura del tesaracto.

Si el tesaracto con la señora Qué, la señora Quién y la señora Cuál había sido una experiencia extraña y terrible, aquello no fue nada en comparación con el de su padre. Después de todo, la señora Cuál tenía experiencia en ello, y el señor Murry... ¿Cómo es que sabía algo al respecto? Meg sintió que estaba siendo desgarrada por un torbellino. Se sumió en un dolor agónico que

finalmente se disolvió en la oscuridad de la completa inconsciencia.



* Se trata del discurso más célebre pronunciado por Abraham Lincoln, y al que hizo referencia Calvin en un capítulo anterior.

** “Georgie Porgie” es una canción infantil inglesa de origen muy antiguo.

DIEZ

Cero absoluto



La primera señal al recobrar la conciencia fue el frío. Después el sonido. Fue consciente de las voces que parecían viajar a través de ella recorriendo un páramo helado. Poco a poco los sonidos helados se fueron disipando y se dio cuenta de que las voces eran las de su padre y Calvin. No oía a Charles Wallace. Trató de abrir los ojos, pero los párpados no se movían. Intentó incorporarse, pero su cuerpo no respondía. Hizo el esfuerzo de darse la vuelta, de mover sus manos, sus pies, pero no consiguió nada. Sabía que tenía un cuerpo, pero estaba tan inerte como el mármol.

Oyó la voz congelada de Calvin:

—Su corazón late muy lentamente...

Luego la voz de su padre:

—Pero está latiendo. Está viva.

—A duras penas.

—No conseguíamos escuchar sus latidos al principio. Pensábamos que estaba muerta.

—Sí.

—Y luego comenzamos a sentir su corazón, muy débilmente, con unos latidos muy espaciados entre sí. Y entonces se hicieron más fuertes. Así que todo lo que tenemos que hacer es esperar.

Las palabras de su padre sonaban frágiles en sus oídos, como si estuvieran siendo desprendidas del hielo.

Calvin dijo a continuación:

—Sí. Tiene razón, señor.

Ella quería decirles a voz en grito: “¡Estoy viva! ¡Estoy muy viva! Únicamente me han convertido en piedra”.

Pero de igual forma que no podía moverse, tampoco podía hablar en voz alta.

Oyó la voz de Calvin de nuevo:

—En cualquier caso, usted ha logrado apartarla de ELLO. Consiguió apartarnos a ambos de sus garras porque no podríamos haber resistido. ELLO es mucho más poderoso y fuerte de lo que... ¿Cómo *logramos* que no entrara en nosotros, señor? ¿Cómo pudimos aguantar tanto

tiempo?

Su padre respondió:

—Porque ELLO no está en absoluto habituado a ser rechazado. Ésa es la única razón por la que pude evitar ser absorbido también. Ninguna mente ha tratado de resistirse a ELLO durante tantos miles de siglos que algunas de sus capacidades se han atrofiado por la falta de uso. Si no hubieran llegado cuando lo hicieron, no estoy seguro de cuánto tiempo más hubiera resistido. Estaba a punto de ceder.

Dijo Calvin:

—Oh, no, señor...

Su padre:

—Sí. Nada parecía importarme más que descansar, y por supuesto ELLO me ofrecía reposo absoluto. Casi había llegado a la conclusión de que me equivocaba al seguir luchando, que ELLO tenía razón después de todo, y que todo aquello en lo que creía con mi mayor pasión no era sino el sueño de un loco. Pero entonces Meg y tú aparecieron, me liberaron de mi prisión, y la esperanza y la fe regresaron.

Calvin:

—Señor, ¿por qué estaba en Camazotz después de todo? ¿Había una razón en especial para venir aquí?

Su padre respondió con una sonrisa glacial:

—Venir a Camazotz fue un completo accidente. Nunca tuve la intención, ni siquiera de salir de nuestro propio sistema solar. Me dirigía a Marte. Tesserar es aún más complicado de lo que esperábamos.

Calvin:

—Señor, ¿cómo fue capaz ELLO de internarse en Charles Wallace antes que en Meg y en mí?

Su padre:

—Por lo que me han dicho, es porque Charles Wallace pensó que podría entrar deliberadamente en ELLO y salir ileso. Confió demasiado en su propia fortaleza... ¡Escucha! ¡Creo que el latido se está volviendo cada vez más fuerte!

Sus palabras ya no le sonaban tan congeladas. Pero ¿eran sus palabras las que estaban congeladas o sus oídos? ¿Por qué oía sólo a su padre y a Calvin? ¿Por qué no hablaba Charles Wallace?

Silencio. Un largo silencio. Entonces escuchó la voz de Calvin de nuevo:

—¿No podemos hacer nada? ¿No podemos pedir ayuda? ¿Tenemos que seguir esperando?

Su padre:

—No podemos dejarla aquí. Y debemos permanecer juntos. *No* debemos tener miedo a tomarnos nuestro tiempo.

Calvin:

—¿Quiere decir que así lo hicimos? ¿Que actuamos con demasiada rapidez desde que llegamos a Camazotz, y que Charles Wallace se precipitó, y por eso fue atrapado?

—Puede ser. No estoy seguro. Aún no sé lo suficiente. De algún modo, el tiempo es diferente

en Camazotz. Nuestro tiempo, deficiente como es, al menos es lineal. Es probable que no sea completamente unidimensional, ya que no puede moverse hacia atrás y hacia delante en su propia línea, únicamente puede avanzar; pero al menos es coherente en su dirección. El tiempo en Camazotz parece estar invertido, torna hacia sí mismo. Así que no tengo ni idea de si me encarcelaron en esa columna durante siglos o sólo unos minutos —se hizo un momento de silencio. Entonces se oyó la voz de su padre otra vez—. Creo que ahora siento el pulso en su muñeca.

Meg no sentía los dedos de su padre sobre su muñeca. Ni siquiera sentía su muñeca. Su cuerpo aún estaba petrificado, pero su mente comenzaba a ser capaz de moverse. Trató desesperadamente de hacer algún tipo de ruido, una señal para comunicarse con ellos, pero nada pasó.

Sus voces empezaron a oírse de nuevo. Calvin dijo:

—Acerca de su proyecto, señor. ¿Estaba solo en él?

Su padre respondió:

—¡Oh, no! Había media docena de nosotros trabajando en ello y me atrevo a decir que algunos otros que no conocemos. Ciertamente no éramos la única nación que investigábamos en este tema. En realidad no es una idea nueva. Pero fuimos muy cautos para que en el extranjero no se supiera que estábamos tratando de hacerla posible.

—¿Vino solo a Camazotz? ¿O llegaron otros con usted?

—Vine solo. Ya lo ves, Calvin, no podía probarse previamente con ratas, monos o perros. Y no teníamos ni idea de si realmente funcionaría o de si provocaría una completa desintegración del cuerpo. Jugar con el tiempo y el espacio es peligroso.

—Pero ¿por qué usted, señor?

—Yo no fui el primero. Lo echamos a la suerte y a mí me tocó el segundo puesto.

—¿Qué sucedió con el primer hombre?

—No lo... ¡Mira! ¿Ha movido los párpados? —silencio. Entonces agregó—: fue sólo una sombra.

Pero *sí* he parpadeado, trató de decirles Meg. Estoy segura de que lo he hecho. ¡Y puedo escucharlos! ¡*Hagan* algo!

Pero sólo hubo otro largo silencio, durante el cual tal vez ellos la miraron, atentos para ver otra sombra, otro parpadeo. Entonces oyó la voz de su padre nuevamente, tranquila, un poco más cálida, más similar a su voz de siempre:

—Como te decía, lo echamos a la suerte y yo salí segundo. Sabemos que Hank fue. Lo vimos irse. Lo vimos desaparecer enfrente de todos nosotros. Estaba allí y de repente ya no estaba. Esperamos un año para que regresara o para recibir algún mensaje suyo. Esperamos. No sucedió nada.

Calvin dijo con la voz quebrada:

—¡Cielos, señor! Debieron haber estado muy preocupados.

Su padre:

—Sí. Es algo al mismo tiempo aterrador y excitante descubrir que la materia y la energía *son* lo mismo, que el tamaño es una ilusión, y que el tiempo es una sustancia material. Podemos

saber esto, pero es mucho más de lo que podemos comprender con nuestros endeble cerebritos. Creo que ustedes serán capaces de comprender mucho más que yo. Y Charles Wallace aún más que ustedes.

—Puede ser, pero ¿qué sucedió, señor, después de que se enviara al primer hombre?

Meg oyó suspirar a su padre:

—Luego llegó mi turno. Fui. Y aquí estoy. Un hombre más sabio y más humilde. Estoy seguro de que no he estado fuera dos años. Ahora que han venido por mí, tengo la esperanza de ser capaz de recuperar el tiempo. Lo que tengo que decirles a los demás es que no sabemos nada.

Calvin:

—¿A qué se refiere, señor?

Su padre:

—Justamente eso que he dicho. Somos niños jugando con dinamita. En nuestra loca carrera nos hemos arrojado a esto antes de...

Con un esfuerzo desesperado, Meg emitió un sonido. No era un sonido muy fuerte, pero se escuchó. El señor Murry se detuvo:

—Silencio. Escucha.

Meg exhaló un extraño gruñido. Ella descubrió que podía abrir los párpados. Sentía como si le pesaran más que el mármol pero consiguió abrirlos. Su padre y Calvin estaban inclinados sobre ella. No veía a Charles Wallace. ¿Dónde estaba su hermano?

Yacía en un campo abierto sobre una hierba marchita y gruesa. Parpadeó lentamente y con dificultad.

—Meg —dijo su padre—. Meg, ¿estás bien?

Sentía su lengua como si tuviera una piedra en la boca, pero se las arregló para gruñir:

—No puedo moverme.

—Inténtalo —le instó Calvin. Parecía ahora como si estuviera muy enojado con ella—. Mueve los dedos de los pies y de las manos.

—No puedo. ¿Dónde está Charles Wallace? —sus palabras se escuchaban débiles debido a su lengua de piedra. Tal vez no la entendían, porque no hubo respuesta.

—Nosotros también estuvimos inconscientes unos momentos —dijo Calvin—. Te pondrás bien, Meg. No te asustes —él estaba inclinado sobre ella, y aunque su voz seguía sonando enojada, la observaba con una mirada de ansiedad. Ella sabía que todavía tenía que llevar las gafas puestas porque era capaz de verlo con claridad, sus pecas, sus tupidas pestañas negras, el azul brillante de sus ojos.

Su padre estaba de rodillas en el otro lado. Las gafas redondas de la señora Quién todavía nublaban sus ojos. Él tomó una de sus manos y la frotó entre las suyas.

—¿Sientes mis dedos? —su voz sonaba bastante tranquila, como si no hubiera nada extraordinario en que ella estuviera completamente paralizada. Al oír la tranquilidad de su voz, ella se calmó. Entonces se dio cuenta de que unas grandes gotas de sudor resbalaban por su frente, y que la suave brisa que rozaba sus mejillas era fresca. Al principio sus palabras sonaban como si estuvieran congeladas y ahora notaba el viento de una temperatura agradable: ¿hacía un tiempo gélido o templado en este lugar?

—¿Sientes mis dedos? —preguntó de nuevo.

Sí, ahora sentía una presión en su muñeca, pero no podía asentir:

—¿Dónde está Charles Wallace? —sus palabras se escuchaban con más claridad. Comenzaba a sentir su lengua y sus labios fríos y entumecidos, como si hubiera recibido una dosis masiva de anestesia en el dentista. Se dio cuenta con un sobresalto de que su cuerpo y sus extremidades también estaban frías, que no sólo no tenía una temperatura corporal templada, sino que estaba helada de pies a cabeza, y que por eso las palabras de su padre le parecían como si fueran de hielo, y eso la hubiera paralizado.

—Estoy congelada —dijo ella débilmente. No había notado que Camazotz fuera tan frío, de un frío que cortaba con más crudeza que el viento en los rigurosos días de invierno en la Tierra. Estaba lejos de ELLO, pero esta frialdad inexplicable era casi tan terrible como si estuviera a su lado. Su padre no la había salvado.

Ahora ella era capaz de mirar un poco a su alrededor, y todo lo que veía estaba marchito y gris. Había árboles que bordeaban el campo donde seguía tumbada, y sus hojas eran del mismo color marrón que la hierba. Había plantas que podrían haber sido flores, pero estaban mustias y grises. En contraste con la monotonía del color, con el frío que la adormecía, el aire estaba impregnado de una delicada fragancia primaveral, casi imperceptible, que soplaba suavemente en su rostro. Ella miró a su padre y a Calvin.

Los dos estaban en mangas de camisa y parecían encontrarse perfectamente cómodos. Era ella, envuelta en sus ropas, la que se sentía tan congelada y rígida, incluso para temblar.

—¿Por qué tengo tanto frío? —preguntó—. ¿Dónde está Charles Wallace? —ellos no contestaron—. Padre, ¿dónde estamos?

El señor Murry la miró con una expresión de seriedad.

—No lo sé, Meg. No sé tesar muy bien. Se me ha debido ir de las manos. No estamos en Camazotz. No sé dónde estamos. Creo que estás tan fría porque atravesamos la Cosa Negra, y por un momento pensé que iba a arrancarte de mi lado.

—¿Es éste un planeta oscuro? —poco a poco su lengua comenzó a descongelarse, y sus palabras sonaban menos borrosas.

—No lo creo —dijo el señor Murry—, pero sé tan poco sobre todo que no puedo estar seguro.

—Entonces no deberías haber intentado tesar —ella nunca le había hablado a su padre de esta forma. Las palabras a duras penas parecían provenir de ella.

Calvin la miró, sacudiendo la cabeza:

—Era lo único que se podía hacer. Al menos nos sacó de Camazotz.

—¿Por qué nos hemos ido sin Charles Wallace? ¿Lo hemos abandonado allí? —las palabras que no eran realmente tuyas sonaron frías y acusadoras.

—No lo abandonamos sin más —repuso su padre—. Recuerda que el cerebro humano es un órgano muy delicado y puede dañarse fácilmente.

—Mira, Meg —Calvin se agachó sobre ella, tenso y preocupado—, si tu padre hubiera intentado sacar a Charles de un tirón cuando nos tesaré a nosotros, y ELLO lo hubiera mantenido agarrado, podría haber sido demasiado para él y lo habríamos perdido para siempre. Y en ese

momento teníamos que hacer algo.

—¿Por qué?

—ELLO estaba tomando posesión de nosotros. Tú y yo sucumbíamos, y si tu padre hubiera continuado ayudándonos, tampoco habría sido capaz de aguantar mucho más.

—Fuiste *tú* quien le dijo que nos tesarera —acusó Meg a Calvin.

—No es cuestión de culpar a nadie —interrumpió el señor Murry severamente—. ¿Puedes moverte ya?

Ahora todos los defectos de Meg prevalecían, y ya no eran de ninguna ayuda:

—¡No! Y será mejor que me lleves de nuevo rápidamente con Charles Wallace a Camazotz. ¡Se supone que tú podrías ayudarnos! —la decepción la dominaba de una manera tan oscura y corrosiva como la Cosa Negra. Las duras palabras salieron de sus labios fríos, a pesar de que ella no podía creer que era a su padre, a su amado y anhelado padre, a quien le estaba hablando de esta manera. Si sus lágrimas todavía no hubieran estado congeladas, habrían brotado de sus ojos.

Había encontrado a su padre y él no había arreglado las cosas como pensaba. Todo parecía estar empeorando cada vez más. Si la larga búsqueda de su padre había terminado, y él no era capaz de superar todas las dificultades, no había ninguna garantía de que todo saliera bien. No quedaba ninguna esperanza. Ella estaba congelada y Charles Wallace había sido devorado por ELLO, y su omnipotente padre no estaba haciendo nada. Se debatía en el columpio del amor y el odio, y la Cosa Negra la empujaba hacia el odio:

—¡Ni siquiera sabes dónde estamos! —le gritó a su padre—. ¡Nunca volveremos a ver ni a mamá ni a los gemelos! ¡No sabemos dónde está la Tierra! ¡Ni siquiera dónde está Camazotz! ¡Estamos perdidos en el espacio! ¿Qué vas a *hacer*? —ella no se daba cuenta de que estaba bajo el dominio de la Cosa Negra tanto como Charles Wallace.

El señor Murry se inclinó sobre ella, masajeando sus dedos fríos. Ella podía mirarlo a la cara:

—Hija mía, yo no soy una señora Qué, una señora Quién o una señora Cuál. Sí, Calvin me ha contado todo lo que ha podido. Soy un ser humano, y uno muy falible. Pero estoy de acuerdo con Calvin. Nos enviaron aquí por una razón. Y sabemos que todas las cosas son conciliadas para aquellos que aman a Dios, para aquellos que son los llamados conforme a su propósito.

—¡La Cosa Negra! —le gritó Meg—. ¿Por qué dejaste que casi se adueñase de mí?

—Tú nunca has tesarado de igual forma que el resto de nosotros —le recordó Calvin—. Ni a Charles ni a mí nos afectó nunca tanto como a ti.

—Entonces no deberían haberme llevado con ustedes —contestó Meg—, hasta que él hubiera aprendido a hacerlo mejor.

Ni su padre ni Calvin respondieron. Su padre continuó dándole un suave masaje. Sus dedos volvieron a la vida con un hormigueo de dolor.

—¡Me haces daño!

—Entonces eres capaz de sentir de nuevo —dijo su padre en voz baja—. Me temo que *va* a dolerte, Meg.

El penetrante dolor le recorrió lentamente a través de sus brazos, subió desde los dedos de sus pies hasta las piernas. Ella comenzó a gritarle a su padre cuando Calvin exclamó:

—¡Mira!

Hacia ellos venían en silencio tres figuras que recorrían la hierba marchita.

¿Qué eran?

En Uriel habitaban unas criaturas majestuosas. Los pobladores de Camazotz al menos tenían aspecto de personas normales. Pero ¿qué eran estas tres extrañas cosas que se acercaban a ellos?

Tenían el mismo color marchito de las flores. Si no hubieran caminado erguidas habrían parecido animales. Se dirigían directamente hacia los tres seres humanos. Tenían cuatro brazos y mucho más de cinco dedos en cada mano, y los dedos no eran dedos, sino largos tentáculos ondeantes. Tenían cabezas y rostros. Pero así como los rostros de las criaturas de Uriel poseían un aspecto mucho más parecido a los rostros humanos, los de éstos se parecían mucho menos. Donde debían estar los rasgos característicos de la cara, había en su lugar cavidades, y en lugar de orejas y cabello había más tentáculos. Las criaturas eran de estatura alta, Meg se dio cuenta de ello a medida que se acercaban, mucho más altas que cualquier hombre. No tenían ojos. Sólo unas sutiles cavidades.

El cuerpo rígido y congelado de Meg quiso estremecerse de terror, pero en lugar de temblar, sólo le produjo dolor. Ella gimió.

Las cosas se inclinaron sobre ellos. Parecían estar observándolos, sin embargo no tenían ojos con los cuales ver. El señor Murry continuó arrodillado junto a Meg, masajeándola.

“Él nos ha matado trayéndonos hasta aquí”, pensó Meg. “Nunca veré a Charles Wallace de nuevo, ni a mamá ni a los gemelos.”

Calvin se puso de pie. Hizo una reverencia a las bestias como si pudieran verlo, y dijo:

—¿Cómo están ustedes, señores... señoras?

—¿Quién eres tú? —preguntó la más alta de las bestias. Su voz no era ni hostil ni acogedora, y no provenía de la hendidura que correspondería a la boca en su rostro peludo, sino de los ondulantes tentáculos.

“Van a devorarnos”, pensó Meg con espanto. “Me están haciendo daño. Los dedos de mis pies, los dedos de mis manos... Me duelen.”

Calvin respondió a la pregunta de la bestia:

—Venimos... Venimos de la Tierra. No estoy seguro de cómo hemos llegado hasta aquí. Hemos tenido un accidente. Meg, esta chica, está... está paralizada. No puede moverse. Está terriblemente fría. Creemos que es por eso por lo que no puede moverse.

Una de las bestias se acercó a Meg y se puso a su lado en cuclillas sobre sus enormes caderas, y ella sintió una repulsión enorme cuando extendió un tentáculo para tocar su rostro.

Pero al hacerlo, el tentáculo le trajo la misma delicada fragancia que le llegaba con la brisa, y sintió un cálido y suave hormigueo que la recorrió por completo y que momentáneamente alivió su dolor. De pronto se sintió soñolienta.

“Debo parecerle tan extraña como ella me lo parece a mí”, pensó medio adormilada, y entonces se dio cuenta con sorpresa de que, por supuesto, la bestia no podía verla de ninguna forma. Sin embargo, una tranquilizadora sensación de seguridad fluyó a través de ella con la calidez que continuaba internándose en ella a medida que la bestia la tocaba. Entonces, la bestia la levantó, acunándola en dos de sus cuatro brazos.

El señor Murry se puso de pie rápidamente:

—¿Qué está haciendo?
—Me llevo a la niña.



ONCE

La Tía Bestia



—**N**o! —dijo el señor Murry bruscamente—. Por favor, déjenla en el suelo. Daba la impresión de que un sentimiento divertido emanaba de las bestias. La más alta, que parecía ser la portavoz, dijo:

—¿Nos tiene miedo?

—¿Qué van a hacer con nosotros? —preguntó el señor Murry.

La bestia respondió:

—Lo siento, nos comunicamos mejor con el otro —se volvió hacia Calvin—. ¿Quién eres?

—Soy Calvin O'Keefe.

—¿Qué es eso?

—Soy un chico. Un... un joven.

—¿Tú también tienes miedo?

—No... estoy seguro.

—Dime —preguntó la bestia—, ¿qué crees que harían si tres de nosotros llegaran de repente a su planeta de origen?

—Supongo que dispararles —admitió Calvin.

—Entonces, ¿no es eso lo que deberíamos hacer con ustedes?

Las pecas de Calvin parecieron resaltar aún más, pero él respondió con calma:

—Realmente preferiría que no lo hicieran. Quiero decir, la Tierra es mi hogar, y me gustaría estar allí más que en cualquier parte del mundo, quiero decir del universo, y estoy deseando volver, pero allí cometemos algunos disparates terribles.

La bestia más pequeña, la que sostenía a Meg, dijo:

—Y tal vez no estén acostumbrados a los visitantes de otros planetas.

—¡Acostumbrados! —exclamó Calvin—. Nunca hemos tenido visitantes de otros planetas, al menos que yo sepa.

—¿Por qué?

—No lo sé.

La bestia de estatura mediana dijo con un temblor de inquietud en su voz:

—No son de un planeta oscuro, ¿verdad?

—No —Calvin movió la cabeza con brío, aunque la bestia no podía verlo—. Estamos cubiertos por una sombra. Pero estamos luchando contra ella.

La bestia que sostenía a Meg preguntó:

—¿Ustedes tres están luchando contra la sombra?

—Sí —respondió Calvin—. Ahora que sabemos de su existencia.

La bestia se volvió hacia el señor Murry, hablando con severidad:

—Tú. El de más edad. Hombre. ¿De dónde has venido? Responde.

El señor Murry respondió firmemente:

—De un planeta llamado Camazotz —hubo un murmullo de las tres bestias—. Nosotros no somos de allí —aclaró el señor Murry, lenta y marcadamente—. Éramos forasteros allí, tal y como lo somos aquí. Yo estaba prisionero en ese lugar, y estos niños me rescataron. Mi hijo pequeño, mi bebé, aún está allí, atrapado en la mente oscura de ELLO.

Meg trató de darse la vuelta en los brazos de la bestia para mirar a su padre y a Calvin. ¿Por qué estaban siendo tan sinceros? ¿No eran conscientes del peligro? Pero de nuevo su ira se disipó cuando la suave calidez de los tentáculos fluyó a través de ella. Se dio cuenta de que podía mover los dedos de los pies y de las manos con relativa facilidad, y que el dolor ya no era tan agudo.

—Tenemos que llevar a esta niña con nosotros —dijo la bestia que la sostenía.

Meg le gritó a su padre:

—¡No me abandonen como hicieron con Charles! —con esta explosión de pánico un espasmo de dolor sacudió su cuerpo y ella se quedó sin aliento.

—Deja de luchar —dijo la bestia—. Estás empeorando la situación. Relájate.

—Eso es lo que decía ELLO —gritó Meg—. ¡Padre! ¡Calvin! ¡Socorro!

La bestia se volvió hacia Calvin y el señor Murry:

—Esta niña está en peligro. Deben confiar en nosotros.

—No tenemos otra alternativa —reconoció el señor Murry—. ¿Pueden salvarla?

—Eso creo.

—¿Puedo acompañarlos?

—No. Pero ustedes no estarán muy lejos. Sentimos que tienen hambre, están cansados, que les gustaría tomarse un baño y descansar. Y esta pequeña... ¿cuál es la palabra? —la bestia dirigió sus tentáculos a Calvin.

—Chica —dijo Calvin.

—Esta chica necesita atención inmediata y cuidado especial. La frialdad de... ¿cómo lo llaman?

—¿La Cosa Negra?

—La Cosa Negra. Sí. La Cosa Negra la destruirá a menos que se contrarreste su efecto —las tres bestias rodearon a Meg, y parecían estar auscultándola suavemente con sus tentáculos. El movimiento de los tentáculos era tan rítmico y fluido como la danza de una planta acuática, y acostada allí, acunada en esos cuatro brazos extraños, Meg, aunque no quisiera reconocerlo, tuvo una sensación de seguridad más profunda que cualquier cosa que hubiera conocido desde su niñez, cuando su madre, balanceándose en su vieja mecedora, la tenía entre sus brazos y le

cantaba para que se quedase dormida. Con la ayuda de su padre, había sido capaz de resistir a ELLO. Pero ahora no pudo resistir más. Ella inclinó su cabeza sobre el pecho de la bestia, y se dio cuenta de que su cuerpo gris estaba cubierto con la más delicada y suave piel que pudiera imaginar, y esa piel desprendía la misma fragancia agradable del aire.

“Espero no oler mal”, pensó ella. Pero entonces supo, con un profundo sentido de tranquilidad, que incluso si ella olía fatal, las bestias no lo tendrían en cuenta. A medida que la figura alta la acunaba, podía sentir cómo la gélida rigidez de su cuerpo se relajaba al contacto con el de ella. Esta felicidad no podía venir de una cosa como ELLO. ELLO sólo podía producir dolor, nunca aliviarlo. Las bestias deben ser buenas. Tienen que ser buenas. Ella suspiró profundamente, como un niño muy pequeño, y de repente se quedó dormida.

Cuando volvió en sí de nuevo, quedaba en el fondo de su mente un recuerdo de dolor, de dolor agonizante. Pero el dolor ya había pasado y su cuerpo estaba sumido en una sensación de bienestar. Se encontraba tumbada sobre algo maravillosamente suave dentro de una habitación cerrada. Estaba oscuro. Todo lo que conseguía ver eran sombras altas que se movían ocasionalmente, y se dio cuenta de que eran bestias que iban y venían. Le habían quitado sus ropas y le estaban frotando su cuerpo suavemente con algo caliente y ardoroso. Ella suspiró y se estiró, y descubrió que en efecto *podía* estirarse. Podía moverse de nuevo, ya no estaba paralizada, y su cuerpo estaba siendo bañado por ondas de calor. Su padre no la había salvado; las bestias sí.

—¿Así que ya te has despertado, pequeña? —las palabras le llegaron dulcemente a sus oídos —. ¡Qué renacuajo tan gracioso eres! ¿El dolor ha desaparecido ya?

—Completamente.

—¿Estás caliente y viva otra vez?

—Sí, estoy bien —ella trató de incorporarse.

—No, permanece inmóvil, pequeña. No debes esforzarte aún. Dentro de un momento te daremos una prenda de piel y después te alimentaremos. Ni siquiera debes tratar de comer sola. Debes ser como un niño pequeño otra vez. La Cosa Negra no renuncia a sus víctimas fácilmente.

—¿Dónde están papá y Calvin? ¿Han regresado por Charles Wallace?

—Están comiendo y descansando —dijo la bestia—, y estamos tratando de aprender el uno del otro y decidir qué es lo mejor para ayudarlos. Ahora sentimos que no son peligrosos, y que se nos permitirá ayudarlos.

—¿Por qué está tan oscuro aquí? —preguntó Meg. Ella intentó mirar a su alrededor, pero todo lo que veía eran sombras. No obstante tenía la sensación de estar al aire libre, como si una suave brisa se moviera ligeramente y no permitiera que la oscuridad fuera opresiva.

La perplejidad de la bestia le llegó a ella.

—¿Qué es esta oscuridad? ¿Qué es esta luz de la que hablan? Nosotros no lo entendemos. Tu padre y el chico, Calvin, nos han preguntado esto también. Dicen que ahora es de noche en nuestro planeta, y que no pueden ver. Dicen que nuestra atmósfera es lo que ellos llaman opaca, por lo que las estrellas no son visibles, y por ello se sorprendieron de que conociéramos las estrellas, que conociéramos su música y los movimientos de su danza mucho mejor que los seres como ustedes que pasan horas estudiándolas a través de lo que llaman telescopios. Nosotros no

entendemos el significado de esto: *ver*.

—Bueno, se refiere al aspecto que tienen las cosas —dijo Meg con impotencia.

—Nosotros no sabemos cuál es el aspecto de las cosas, como dices —aclaró la bestia—. Sabemos lo que *son* las cosas. Debe ser algo muy limitado, esta visión.

—¡Oh, no! —exclamó Meg—. ¡Es lo más maravilloso del mundo!

—¡Qué mundo tan extraño debe ser el tuyo! —dijo la bestia—. Que una cosa de apariencia tan peculiar sea tan importante. Intenta explicarme, ¿qué es eso a lo que llaman *luz*, sin la cual son incapaces de hacer casi cualquier cosa?

—Bueno, sin ella no podemos ver nada —dijo Meg, al darse cuenta de que era completamente incapaz de explicar la visión, la luz y la oscuridad. ¿Cómo puede explicarse la visión en un mundo en el que nadie ha visto jamás y donde no hay necesidad de tener ojos?—. Bueno, en este planeta —farfulló— tienen un sol, ¿no es así?

—Un sol maravilloso de donde proviene nuestro calor y los rayos que nos dan nuestras flores, nuestro alimento, nuestra música, y todas las cosas que tienen vida y crecimiento.

—Está bien —dijo Meg—, pues cuando nosotros nos ponemos frente al sol, es decir, cuando nuestra Tierra, nuestro planeta, se coloca frente a nuestro sol, recibimos su luz. Y cuando nos ponemos a su espalda, es de noche. Y en ese momento, si queremos ver, tenemos que utilizar luces artificiales.

—Luces artificiales —suspiró la bestia—. Qué complicada debe ser la vida en su planeta. Más tarde tendrás que explicarme un poco más.

—Muy bien —prometió Meg, y sin embargo ella sabía que tratar de explicar todo lo que se podía ver con los ojos sería imposible, porque las bestias veían, sabían, entendían, de una manera mucho más completa que ella o sus padres, o Calvin, o incluso Charles Wallace.

—¡Charles Wallace! —se lamentó ella—. ¿Qué están haciendo ellos acerca de Charles Wallace? No sabemos lo que ELLO le esté haciendo u obligándole a hacer. ¡Por favor, oh, por favor, ayúdennos!

—Sí, sí, pequeña, por supuesto que los ayudaremos. Ahora mismo se está celebrando una reunión para estudiar qué es lo mejor que podemos hacer. Nunca antes habíamos podido hablar con una persona que hubiera logrado escapar de un planeta oscuro, por lo que aunque tu padre se culpe a sí mismo por todo lo que ha pasado, creemos que debe ser toda una persona extraordinaria para haber salido de Camazotz con ustedes. Pero el chico, y sé que es muy especial, un niño muy importante..., hija mía, debes aceptar que no será nada fácil. *Regresar* a través de la Cosa Negra, de *vuelta* a Camazotz... No lo sé. No lo sé.

—¡Pero papá lo dejó allí! —dijo Meg—. ¡Él tiene que traerlo de vuelta! ¡No puede abandonar simplemente a Charles Wallace!

El mensaje de la bestia de repente se volvió tajante:

—Nadie dijo nada acerca de abandonar a nadie. Ésas no son nuestras formas. Pero sabemos que sólo porque queramos algo no significa que vayamos a conseguirlo, y todavía no sabemos *qué* hacer. Y no podemos permitir que, en tu estado actual, hagas cualquier cosa que nos ponga a todos en peligro. Veo que tú deseas que tu padre regrese corriendo de nuevo a Camazotz, y probablemente podrías obligarlo a hacerlo, pero ¿qué lograríamos entonces? No, no. Debes

aguardar hasta estar más calmada. Ahora, cariño, aquí tienes una bata para que estés caliente y cómoda —Meg sintió que la levantaba de nuevo, y que una prenda suave y ligera se deslizaba sobre ella—. No te preocupes por tu hermanito —sentía la suavidad de las palabras musicales emitidas por los tentáculos sobre su cuerpo—. *Nunca* lo abandonaremos en la sombra. Pero por ahora tienes que relajarte, debes estar feliz y recuperarte.

Sus apacibles palabras, la sensación de que esta bestia sería capaz de amarla sin importar lo que ella dijera o hiciera, sumieron a Meg en un cálido y plácido arrullo. Sintió el delicado tacto de un tentáculo en su mejilla, tan tierno como el beso de su madre.

—Hace mucho tiempo que mis propios pequeños crecieron y se fueron —dijo la bestia—. Tú eres tan pequeña y vulnerable. Ahora voy a darte de comer. Debes hacerlo lentamente y en silencio. Sé que estás débil, que no has comido nada durante demasiado tiempo, pero no debes apresurar las cosas o no te recuperarás.

Algo total, increíble e indescritiblemente delicioso le fue puesto en los labios a Meg, y ella tragó agradecida. Con cada bocado sentía que la fuerza regresaba a su cuerpo, y se dio cuenta de que no había comido nada desde el horrible pavo falso de Camazotz, que ella apenas había probado. ¿Cuánto tiempo había pasado desde el guiso de su madre? El tiempo ya no tenía ningún significado.

—¿Cuánto tiempo dura la noche aquí? —musitó ella adormilada—. Ya va a amanecer, ¿verdad?

—Silencio —dijo la bestia—. Come, pequeña. Cuando el tiempo es fresco, como ahora, nosotros dormimos. Y, cuando te despiertes, hará de nuevo calor y habrá muchas cosas que hacer. Ahora debes comer y dormir, y yo me quedaré a tu lado.

—Por favor, ¿cómo debo llamarla? —preguntó Meg.

—A ver. En primer lugar, trata de no decir palabra alguna durante un momento. Piensa sin decir nada. Piensa en todas las cosas a las que llamas gente, en diferentes tipos de personas —mientras Meg pensaba, la bestia le susurró con dulzura—: No, *madre* es un nombre especial y único; y un padre ya lo tienes aquí. Amiga no, ni maestro, ni hermano, ni hermana. ¿Qué es un conocido? ¡Qué palabra tan extraña y singular! Tía. Quizá. Sí, tal vez ésa sea la adecuada. Y piensas en palabras tan curiosas sobre mí. ¡*Cosa* y *monstrua*! *Monstrua* es una palabra verdaderamente horrible. Realmente no creo que sea una monstrua. *Bestia*. Ésa puede que sirva. *Tía Bestia*.

—Tía Bestia —masculló Meg adormilada y se rio.

—¿He dicho algo gracioso? —preguntó la Tía Bestia sorprendida—. ¿No está bien Tía Bestia?

—Tía Bestia es adorable —dijo Meg—. Por favor, Tía Bestia, canta para mí.

Si había resultado imposible describirle la visión a la Tía Bestia, aún más imposible hubiera sido describirle el canto de la Tía Bestia a un ser humano. Era una música aún más gloriosa que la del canto de las criaturas de Uriel. Una música más tangible que la forma o la vista. Poseía esencia y estructura. Rodeaba más firmemente a Meg que los brazos de la Tía Bestia. Parecía viajar con ella, arrastrarla a lo más alto con su poder y hacerla moverse entre la gloria de las estrellas; y por un momento, ella también sintió que las palabras Oscuridad y Luz no tenían

sentido, y que sólo esta melodía era real.

Meg no supo cuándo se quedó dormida envuelta en esa música. Cuando despertó, Tía Bestia también estaba dormida, con su suave y peluda cabeza sin rostro inclinada hacia delante. La noche había pasado y una opaca luz gris inundaba la habitación. Pero entonces se dio cuenta de que en este planeta no había necesidad de color, que los grises y marrones que se mezclaban entre sí no eran lo que las bestias percibían en realidad, y que lo que ella misma veía era sólo la fracción más pequeña de lo que era el planeta en realidad. Era ella la que estaba limitada por sus sentidos, no las ciegas bestias, puesto que debían ser poseedoras de sentidos que ella ni siquiera podía soñar.

Meg se movió ligeramente, y la Tía Bestia se inclinó sobre ella de inmediato.

—Qué sueño tan agradable, querida. ¿Te sientes bien?

—Me siento muy bien —dijo Meg—. Tía Bestia, ¿cómo se llama este planeta?

—Oh, querida —suspiró la Tía Bestia—. No me resulta en absoluto fácil describir las cosas de la forma en que sus mentes las conciben. ¿Ustedes llaman al lugar de donde vienen Camazotz?

—Bueno, es el lugar de donde venimos, pero no es nuestro planeta.

—Supongo que puedes llamarnos Ixchel —le dijo la Tía Bestia—. Compartimos el mismo sol con el perdido Camazotz, pero eso, damos gracias, es todo lo que compartimos con ellos.

—¿Luchan contra la Cosa Negra? —preguntó Meg.

—Oh, sí —respondió la Tía Bestia—. En ese aspecto nunca podemos relajarnos. Estamos llamados conforme a Su propósito, y aquellos a los que Él llama a éstos también Él los defiende. Por supuesto que tenemos ayuda, y sin ayuda sería mucho más difícil.

—¿Quién los ayuda? —preguntó Meg.

—Oh, querida, es tan difícil explicarte las cosas a ti, pequeña. Y ahora sé que no es sólo porque seas una niña. Entrar en los otros dos es tan difícil como entrar en ti. ¿Qué podría decirte que fueras capaz de entender? El bien nos ayuda, las estrellas nos ayudan, tal vez lo que ustedes llaman *luz* nos ayuda, el amor nos ayuda. Oh, mi niña, ¡no puedo explicarlo! Esto es algo que se sabe o no se sabe.

—Pero...

—Nosotros no prestamos atención a las cosas a las que ustedes llaman visibles, sino a las que no se ven. Puesto que las cosas que se ven son temporales. Pero las que no se ven, son eternas.

—Tía Bestia, ¿conoce a la señora Qué? —preguntó Meg con una repentina sensación de esperanza.

—¿Señora Qué? —la Tía Bestia estaba desconcertada—. Oh, niña, tu lenguaje es tan absolutamente simple y limitado que produce en mí un efecto de complicación extrema —sus cuatro brazos, o mejor dicho, sus cuatro tentáculos ondulantes, gesticularon con impotencia—. ¿Quieres que te acompañe hasta donde están tu padre y Calvin?

—¡Oh, sí, por favor!

—Vamos, entonces. Te están esperando para concretar los planes. Y habíamos pensado que te gustaría comer, ¿cómo lo llaman ustedes?, oh, sí, el desayuno, juntos. Tendrás demasiado calor vestida con esa gruesa piel. Te vestiré con algo más ligero, y luego iremos.

Como si Meg fuera un bebé, la Tía Bestia la bañó y la vistió, y esta nueva prenda, a pesar de estar hecha con piel, era más ligera que la más fina ropa de verano de la Tierra. La Tía Bestia rodeó la cintura de Meg con uno de sus tentáculos y la condujo a través de largos y oscuros pasillos en los que sólo podía distinguir sombras, y sombras de otras sombras, hasta que llegaron a una gran sala con columnas. A través de una claraboya abierta se colaban rayos de sol y convergían sobre una enorme y redonda mesa de piedra. Allí estaban sentadas varias de las grandes bestias junto a Calvin y el señor Murry, en una banca de piedra que circundaba la mesa. Debido a la gran altura de las bestias, ni siquiera los pies del señor Murry tocaban el suelo, y las piernas largas y desgarbadas de Calvin colgaban como si fueran las de Charles Wallace. La sala estaba parcialmente cerrada por arcos abovedados que conducían a unas calzadas largas y pavimentadas. No había paredes vacías, ni techos, por lo que aunque la luz era más opaca en comparación con la luz del sol que iluminaba la Tierra, Meg no tenía ninguna sensación de oscuridad o de frío. En el momento en el que la Tía Bestia hizo pasar a Meg, el señor Murry se dejó caer de la banca y fue corriendo hacia ella, abrazándola con ternura.

—Nos prometieron que estabas bien —dijo él. Mientras estuvo en los brazos de la Tía Bestia, Meg se sintió segura y a salvo. Ahora sus preocupaciones sobre Charles Wallace y su decepción en la falibilidad humana de su padre, le oprimieron la garganta.

—Estoy bien —masculló, mirando no a Calvin o su padre, sino a las bestias, puesto que era a ellas a quienes tenía que suplicar ayuda. A ella le parecía que ni su padre ni Calvin estaban lo suficientemente preocupados por Charles Wallace.

—¡Meg! —dijo Calvin alegremente—. ¡No has probado algo tan delicioso en tu vida! ¡Ven y come!

La Tía Bestia dejó a Meg en la banca y se sentó a su lado, y luego apiló un plato con un montón de comida: frutas extrañas y panes que sabían diferente a todo lo que Meg había comido antes. Todo era incoloro y sin brillo, y tenía un aspecto en absoluto apetecible, y al principio, a pesar de recordar la comida que la Tía Bestia le había dado la noche anterior, Meg se resistió a probarla, pero una vez que logró dar el primer bocado, comió con avidez; parecía como si nunca fuera a quedarse saciada.

Los otros aguardaron hasta que ella se fue frenando. Entonces el señor Murry dijo gravemente:

—Estábamos tratando de elaborar un plan para rescatar a Charles Wallace. Después de haber cometido el error de tesar para escapar de ELLO, pensamos que no sería conveniente que yo intente volver a Camazotz, ni siquiera solo. Si volviera a errar de nuevo, podría perderme fácilmente y vagar para siempre de galaxia en galaxia, y esto no sería de ayuda para nadie, y mucho menos para Charles Wallace.

Una oleada de desaliento tal se apoderó de Meg que ya no fue capaz de seguir comiendo.

—Nuestros amigos aquí presentes —continuó él— piensan que me mantuve dentro de este sistema solar sólo gracias al hecho de que todavía llevaba puestas las gafas que te dio tu señora Quién. Aquí están las gafas, Meg. Pero me temo que han perdido su poder y que ahora son sólo una montura de cristal. Quizás estaban destinadas para utilizarse una sola vez, y solamente en Camazotz. Quizás al atravesar la Cosa Negra dejaron de ser útiles —él empujó las gafas hacia

ella a través de la mesa.

—Estas personas saben tesar —Calvin señaló el círculo de las grandes bestias—, pero no pueden hacerlo hacia un planeta oscuro.

—¿Han probado a llamar a la señora Qué? —preguntó Meg.

—Todavía no —contestó su padre.

—¡Pero no has pensado en nada que sea de utilidad y eso es lo *único* que podemos hacer! Papá, ¿es que no te importa nada Charles?

En ese momento, la Tía Bestia se levantó diciendo:

—Niña —en un tono reprobatorio. El señor Murry no dijo nada, y Meg notó que lo había herido profundamente. Ella reaccionó como lo hubiera hecho frente al señor Jenkins, frunció el ceño con la mirada fija en la mesa y dijo:

—*Tenemos* que pedirles ayuda ya. Eres un simple estúpido si piensas que no.

La Tía Bestia les habló a los demás:

—La niña está turbada. No la juzguen con severidad. La Cosa Negra casi se apoderó de ella. A veces no podemos saber el daño espiritual que produce, incluso cuando la recuperación física es completa.

Meg miró con ira alrededor de la mesa. Las bestias estaban allí sentadas, en silencio, inmóviles. Ella sentía que estaba siendo evaluada y hallada perfectible.

Calvin se apartó de ella y se levantó:

—¿No se te ha ocurrido pensar que hemos intentado hablarles acerca de nuestras señoras? ¿Qué crees que hemos estado haciendo todo este tiempo? ¿Únicamente mirarnos a las caras? Si es así, compruébalo.

—Sí. Inténtalo, niña —la Tía Bestia se sentó de nuevo, y puso a Meg a su lado—. Pero no entiendo este sentimiento de ira que percibo en ti. ¿De qué se trata? Continúas alimentando la culpa y el reproche. ¿Por qué?

—Tía Bestia, ¿no las conoces?

—No —respondió la Tía Bestia—. Pero esto no me dice nada de... quienes sean que sean estas personas. Inténtalo.

Meg lo intentó. Sin acierto. Con torpeza. Al principio describió a la señora Qué y su enorme abrigo multicolor y sus chales y bufandas. A la señora Quién y sus ropas blancas y sus gafas brillantes. A la señora Cuál con su sombrero de pico y su capa negra, y su mudable presencia física. Entonces se dio cuenta de que esto era absurdo. Ella las estaba describiendo sólo para sí misma. Ésas no eran las señoras Qué, Quién o Cuál. Tampoco habría servido de nada si hubiera descrito a la señora Qué cuando tomó la forma de una criatura voladora de Uriel.

—Intenta no usar las palabras —dijo la Tía Bestia con dulzura—. No haces más que luchar contra ti misma y contra mí. Piensa en lo que *son*. Esta descripción no nos ayuda de ninguna manera.

Meg lo intentó de nuevo pero no pudo formar un concepto visual en su mente. Trató de pensar en la señora Qué cuando les explicaba qué era el tesaracto. Trató de pensar en ellas en términos matemáticos. En algún momento sintió un destello de comprensión por parte de la Tía Bestia o del resto, pero la mayoría de las veces todo lo que emanaba de ellas era un amable

desconcierto.

—¡Ángeles! —gritó Calvin de repente desde el otro lado de la mesa—. ¡Son ángeles de la guarda! —hubo un momento de silencio y él gritó de nuevo, con el rostro tenso debido al esfuerzo de su concentración—. ¡Son mensajeras! ¡Mensajeras de Dios!

—Por un momento pensé que... —comenzó a decir la Tía Bestia, luego se detuvo, suspirando—. No. No está lo suficientemente claro.

—Qué extraño es que no puedan transmitirnos lo que ellos mismos parecen saber —musitó una bestia alta y delgada.

Uno de los brazos tentaculares de la Tía Bestia rodeó de nuevo la cintura de Meg.

—Son muy jóvenes. Y en su Tierra, como la llaman ellos, nunca se comunican con otros planetas. Rotan solos en el espacio.

—Oh —dijo la bestia delgada—. ¿Y no se sienten *tristes*?

De repente, una voz estruendosa resonó a lo largo de la gran sala:

—¡AAAQUÍIII ESSSTAAAMOOOSSS!



DOCE

Los locos tontos y los débiles



Meg no podía ver nada, pero sintió su corazón palpar de esperanza. De común acuerdo, todas las bestias se pusieron de pie, se volvieron hacia una de las arcadas e inclinaron sus cabezas y tentáculos en señal de saludo. La señora Qué apareció de pie entre dos columnas. A su lado surgió la señora Quién, y detrás de ellas una luz trémula. Ninguna de las tres tenía exactamente el mismo aspecto que cuando Meg las había visto por primera vez. Sus siluetas parecían borrosas; los colores se entremezclaban como en una pintura de acuarela húmeda. Pero estaban allí; eran reconocibles; eran ellas.

Meg se separó de la Tía Bestia, saltó al suelo y corrió hacia la señora Qué. Pero la señora Qué levantó una mano en señal de advertencia y Meg se dio cuenta de que ella no se había materializado completamente, que era luz y no sustancia, y abrazarla ahora habría sido como tratar de abrazar un rayo de sol.

—Hemos tenido que darnos prisa, así que no nos quedó tiempo suficiente... ¿Nos habían llamado? —preguntó la señora Qué.

La más alta de las bestias se inclinó de nuevo y dio un paso fuera de la mesa hacia la señora Qué.

—Se trata del niño.

—¡Papá lo abandonó! —gritó Meg—. ¡Lo dejó en Camazotz!

De forma traumática para Meg, la voz de la señora Qué sonó con frialdad:

—Y ¿qué esperas que hagamos nosotras?

Meg apretó los nudillos contra sus dientes haciendo que su corrector dental le cortara la piel. Entonces extendió sus brazos en actitud suplicante:

—¡Pero se trata de Charles Wallace! ¡ELLO lo tiene, señora Qué! ¡Sávelo, por favor, sávelo!

—Sabes que no podemos hacer nada en Camazotz —dijo la señora Qué; su voz todavía sonaba fría.

—¿Quiere decir que dejará a Charles atrapado por ELLO para siempre? —la voz de Meg sonó de forma estridente.

—¿Acaso he dicho eso?

—¡Pero nosotros no podemos hacer nada! ¡Usted sabe que no podemos! ¡Lo hemos intentado! ¡Señora Qué, tiene que salvarlo!

—Meg, ésta no es nuestra misión —dijo la señora Qué tristemente—. Pensé que ya sabías que ésta no es nuestra misión.

El señor Murry dio un paso adelante e inclinó su cabeza, y para sorpresa de Meg, las tres damas le devolvieron el mismo saludo.

—No creo que hayamos sido presentados —dijo la señora Qué.

—Es mi padre, usted sabe que es mi padre —la iracunda impaciencia de Meg seguía creciendo—. Papá... ellas son la señora Qué, la señora Quién y la señora Cuál.

—Estoy encantado de... —musitó el señor Murry, y luego continuó—. Lo siento, mis gafas se rompieron, y no veo muy bien.

—No es necesario que nos vea —agregó la señora Qué.

—Si pudieran enseñarme lo suficiente sobre el taseracto para que yo pudiera volver a Camazotz...

—¿Quéee passsarrriaaa ennntooncesss? —preguntó entonces la señora Cuál con su sorprendente voz.

—Haría lo posible por arrebatarme mi hijo a ELLO.

—¿Yyy usteeed saaabee queee nooo tendrrriiaaaa niingúuun éxiitooo?

—No tengo otra opción más que intentarlo.

La señora Qué habló con delicadeza:

—Lo siento. No podemos permitir que vaya.

—Entonces, déjenme a mí —sugirió Calvin—. Antes estuve a punto de lograrlo.

La señora Qué negó con la cabeza:

—No, Calvin. Charles ha caído aún más profundamente en ELLO. No te permitiremos que quedes atrapado en sus garras, que es, como sabes, lo que sucedería.

Se hizo un largo silencio. Todos los suaves rayos de sol que se filtraban en el gran salón parecieron concentrarse en la señora Qué, la señora Quién y la débil luz que debía ser la señora Cuál. Nadie habló. Una de las bestias movía lentamente una sortija hacia atrás y hacia delante a través de la mesa de piedra. Finalmente Meg no pudo soportarlo más y gritó desesperada:

—Entonces, ¿qué van a hacer? ¿Van a deshacerse de Charles?

La voz de la señora Cuál recorrió la sala formidablemente:

—¡Siiileenciooo, niiniñaaa!

Pero Meg no podía quedarse en silencio. Se apretó con fuerza contra la Tía Bestia, pero la Tía Bestia no la rodeó con sus tentáculos para protegerla.

—¡Yo no puedo ir! —exclamó Meg—. ¡No puedo! ¡Saben que no puedo!

—¿Eeesss queee aalguieeen teee looo haaa peeediidooo? —la adusta voz le puso la piel de gallina a Meg.

La niña se echó a llorar y comenzó a golpear a la Tía Bestia como un niño pequeño con rabieta. Sus lágrimas caían por su rostro y salpicaban el pelaje de la Tía Bestia. La Tía Bestia aguantó la embestida en silencio.

—¡Está bien, iré! —sollozó Meg—. ¡Ya sé que quieren que vaya yo!

—No queremos que hagas nada si no estás totalmente convencida de ello —dijo la señora Qué—, o sin tu entera comprensión.

Las lágrimas de Meg se detuvieron tan bruscamente como habían empezado.

—Pero sí lo comprendo —de pronto se sintió cansada e inesperadamente en paz. Ahora la frialdad que, bajo los cuidados de la Tía Bestia, había abandonado su cuerpo también había salido de su mente. Miró hacia su padre y su confusa ira había desaparecido, ahora sólo sentía amor y orgullo. Ella le sonrió, pidiéndole perdón, y luego se apretó contra la Tía Bestia. Esta vez el brazo de la Tía Bestia la rodeó.

La voz de la señora Cuál era grave:

—¿Quéeee essss looo queee coomprrendesss?

—Que tengo que ser yo. Que no puede ser nadie más. No entiendo a Charles, pero él me entiende a mí. Yo soy la que está más cerca de él. Papá ha estado fuera durante mucho tiempo, desde que Charles Wallace era un bebé. No se conocen el uno al otro. Y Calvin conoce a Charles desde hace muy poco. Si hubiera pasado más tiempo, entonces tendría que haber sido él, pero... ¡oh!, lo veo, lo entiendo, tengo que ir yo. No hay nadie más que pueda hacerlo.

El señor Murry, que había estado sentado con los codos sobre las rodillas y la barbilla en sus puños, se levantó:

—¡No lo permitiré!

—¿Pooorrr quéee? —exigió la señora Cuál.

—Entiéndanlo, yo no sé qué o quiénes son ustedes, y llegados a este punto no me importa. No permitiré que mi hija se arroje sola a este peligro.

—¿Pooorrr quéee?

—¡Ustedes saben cuál es el resultado más probable! Y ella ahora está débil, más débil de lo que estaba antes. Estuvo a punto de ser asesinada por la Cosa Negra. No entiendo cómo pueden ni siquiera considerar tal cosa.

Calvin bajó de un salto:

—¡Tal vez ELLO tenga razón acerca de ustedes! O tal vez ustedes sean cómplices de ELLO. ¡Yo *seré* el que vaya si nadie va! ¿Para qué me trajeron aquí después de todo? ¡Para cuidar de Meg! ¡Ustedes mismas lo dijeron!

—Pero eso es lo que has hecho —le aseguró la señora Qué.

—¡Yo no he hecho nada! —gritó Calvin—. ¡No pueden enviar a Meg! ¡No lo permitiré! ¡Mi posición al respecto es inamovible! ¡No lo permitiré!

—¿No ves que estás haciendo que algo que ya es difícil para Meg, le resulte aún más difícil? —le preguntó la señora Qué.

La Tía Bestia volvió sus tentáculos hacia la señora Qué:

—¿Está lo suficientemente fuerte como para tesar de nuevo? ¿Saben por lo que ha pasado?

—Si la señora Cuál la lleva consigo, podrá hacerlo —aseguró la señora Qué.

—Si fuera de utilidad, yo podría ir también y sostenerla —el brazo de la Tía Bestia apretó a Meg.

—Oh, Tía Bestia... —comenzó a decir Meg.

Pero la señora Qué la cortó:

—No.

—Me lo temía —dijo la Tía Bestia humildemente—. Sólo quería que supieras que lo *haría*.

—Señora..., hum..., Qué —el señor Murry frunció el ceño y apartó el pelo de su rostro. Entonces empujó con su dedo corazón la parte superior de su nariz como si tratara de acercar las gafas a sus ojos—. ¿Tiene usted presente que se trata tan sólo de una niña?

—Y torpe —bramó Calvin.

—Eso me parece ofensivo —dijo con vehemencia Meg, con la esperanza de que la indignación controlara su temblor—. Soy mejor que tú para las matemáticas y lo sabes.

—¿Tienes el valor de ir sola? —le preguntó la señora Qué.

La voz de Meg sonó apagada:

—No. Pero eso no importa —se volvió hacia su padre y Calvin—. Saben que es lo único que podemos hacer. Saben que nunca me enviarían sola si...

—¿Cómo sabemos que no son cómplices de ELLO? —preguntó el señor Murry.

—¡Papá!

—No, Meg —dijo la señora Qué—. No culpo a tu padre por estar enojado y desconfiado y asustado. Y no puedo fingir que no estemos haciendo otra cosa que enviarte al más terrible de los peligros. Tengo que reconocer abiertamente que podría ser un peligro mortal. Lo sé. Pero no creo que vaya a suceder. Y la Médium Feliz tampoco lo cree.

—¿Ella no puede darnos una visión de lo que sucederá? —preguntó Calvin.

—Oh, con este tipo de cosas no —la señora Qué parecía sorprendida por la pregunta—. Si supiéramos de antemano lo que va a suceder, seríamos... seríamos como la gente de Camazotz, viviendo una vida que no es nuestra, con todo planeado y hecho para nosotros. ¿Cómo podría explicarlo? Oh, ya lo sé. En su idioma tienen una composición poética llamada soneto.

—Sí, sí —dijo Calvin con impaciencia—. ¿Qué tiene eso que ver con la Médium Feliz?

—Ten la cortesía de escucharme, por favor —la voz de la señora Qué era severa, y por un momento Calvin dejó de patear el suelo como un potro nervioso—. Es una composición poética muy estricta, ¿no es verdad?

—Sí.

—Está compuesta de catorce versos organizados en cuatro estrofas, dos cuartetos y dos tercetos, según creo. Lo cual produce un ritmo o metro muy estricto, ¿no es así?

—Sí —asintió Calvin.

—Y cada verso tiene que terminar con un rígido patrón de rima en consonante. Y si el poeta no lo hace exactamente de esta manera, no es un soneto, ¿verdad?

—Así es.

—Pero dentro de esta estricta estructura el poeta tiene total libertad para decir lo que quiera, ¿es correcto?

—Sí —Calvin asintió de nuevo.

—Pues eso es lo que quiero decir exactamente —dijo la señora Qué.

—¿Qué?

—¡Oh, muchacho, no seas necio! —lo regañó la señora Qué—. ¡Sabes perfectamente adónde quiero llegar!

—¿Quiere decirme que está comparando nuestras vidas con un soneto? ¿Un patrón estricto, pero con libertad dentro de él?

—Eso es —dijo la señora Qué—. Se les ha dado la pauta, pero ustedes mismos tienen que escribir el soneto. Lo que escriban en él depende exclusivamente de ustedes.

—Por favor —dijo Meg—. Por favor, si tengo que ir, quiero que sea ya y acabar de una vez por todas. Cada minuto que pasa, hace que sea más difícil.

—Ella... tiiiieeneee raaazónnn —retumbó la voz de la señora Cuál—. Haaa lleegaaado laaa horrraaa.

—Puedes decir adiós —la señora Qué no le estaba dando permiso, sino una orden.

Meg hizo una reverencia torpemente a las bestias:

—Muchas gracias a todas. Sé que me han salvado la vida —no añadió lo que no podía evitar pensar: “¿Salvada para qué? ¿Para que ELLO pueda apoderarse de mí?”.

Ella puso sus brazos alrededor de la Tía Bestia, pegada contra su suave y fragante pelaje:

—Gracias —susurró ella—. Te quiero.

—Y yo a ti, pequeña —la Tía Bestia presionó sus pendientes contra el rostro de Meg.

—Cal —dijo Meg tendiéndole la mano.

Calvin se acercó a ella y le tomó la mano, luego la atrajo bruscamente hacia él y la besó. Él no dijo nada, y se dio la vuelta antes de tener la oportunidad de ver la felicidad sorprendida que iluminó los ojos de Meg.

Por fin, ella se volvió hacia su padre:

—Yo..., lo siento, papá.

Él tomó ambas manos entre las suyas y se inclinó hacia ella con sus ojos miopes:

—¿Qué es lo que sientes, Megatrona?

Las lágrimas inundaron sus ojos al oír su viejo apodo.

—Quería que lo hicieras todo en mi lugar. Quería que todo fuera fácil y simple... Así que traté de fingir que todo era culpa tuya... porque tenía miedo, y no quería tener que hacer nada por mí misma.

—Pero yo lo quería hacer por ti —dijo el señor Murry—. Eso es lo que todos los padres quieren —él la miró a sus ojos oscuros y asustados—. No dejaré que vayas, Meg. Iré yo.

—No —la voz de la señora Qué sonó más severa de lo que Meg la había oído nunca—. Usted le va a permitir a Meg el privilegio de aceptar este peligro. Usted es un hombre sabio, señor Murry. Va a permitir que ella vaya.

El señor Murry suspiró y atrajo a Meg hacia él.

—Pequeña Megapársec. No tengas miedo de tener miedo. Intentaremos ser valientes por ti. Eso es todo lo que podemos hacer. Tu madre...

—Mamá siempre me empuja a que me enfrente al mundo —dijo Meg—. Ella quería que yo hiciera esto. Tú sabes que sería así. Dile... —comenzó a hablar, se atragantó, luego levantó la cabeza y dijo—: no. Olvídalo. Se lo diré yo misma.

—Buena chica. Por supuesto que lo harás.

En ese momento Meg caminó lentamente alrededor de la gran mesa donde la señora Qué todavía permanecía entre las columnas.

—¿Vendrá conmigo?

—No. Sólo irá la señora Cuál.

—La Cosa Negra... —el miedo le hacía temblar la voz—. Cuando mi padre me tesoró a través de ella, casi me atrapa.

—Tu padre es especialmente inexperto —dijo la señora Qué—, aunque un buen hombre y a quien vale la pena enseñar. De momento sigue tratando de tesar como si estuviera operando con una máquina. Pero no permitiremos que la Cosa Negra te atrape. No lo creo.

Esto no era precisamente reconfortante.

La visión momentánea y la fe que se habían apoderado de Meg disminuyeron.

—Pero supongo que no seré capaz de liberar a Charles Wallace de ELLO.

—Detente —la señora Qué levantó la mano—. Les dimos unos dones cuando los llevamos a Camazotz. No dejaremos que te vayas con las manos vacías en esta ocasión. Pero lo que podemos darte ahora no es algo que se pueda tocar con las manos. Te doy mi amor, Meg. Nunca lo olvides. Mi amor eterno.

La señora Quién, con sus ojos que le brillaban detrás de las gafas, le sonrió radiante de orgullo a Meg. Ella palpó el bolsillo de la chamarra y le devolvió las gafas que había usado en Camazotz.

—Tu padre tiene razón —la señora Quién tomó las gafas y las escondió entre los pliegues de sus ropas—. Han perdido su poder. Y lo que tengo que darte esta vez debes tratar de entenderlo no palabra por palabra, sino intuitivamente, de la misma forma que entendiste el tesoracto. Escucha, Meg. Escúchame bien: *La locura de Dios es más sabia que los hombres; y la debilidad de Dios es más fuerte que los hombres. Porque mirad vuestra vocación, hermanos, que no sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles; antes lo loco del mundo escogió Dios para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios para avergonzar a los fuertes; y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es** —ella hizo una pausa, y luego dijo—: que el bien prevalezca —sus gafas parecieron titilar. Detrás de ella, a través de ella, una de las columnas se hizo visible. Hubo un destello final proveniente de las gafas, y desapareció. Meg miró nerviosamente donde la señora Qué había permanecido antes de que la señora Quién hablara. Pero la señora Qué ya no estaba allí.

—¡No! —gritó el señor Murry, y dio un paso hacia Meg.

La voz de la señora Cuál llegó a través del titileo:

—Nooo pueeedooo toomarr tuuu maaanooo, niiiñaaa —inmediatamente Meg fue arrastrada a la oscuridad, a la nada y luego al frío voraz de la Cosa Negra. “La señora Cuál no permitirá que me atrape”, pensaba una y otra vez mientras el frío de la Cosa Negra parecía quebrarle sus huesos.

Para cuando quiso darse cuenta ya la había atravesado, y ella estaba sin aliento pero de pie en la misma colina en la cual habían aterrizado la primera vez en Camazotz. Tenía frío y se sentía un poco entumecida, pero no peor que en algunas ocasiones en las que iba al campo durante el invierno y pasaba una tarde entera patinando en un estanque congelado. Miró a su alrededor. Estaba completamente sola. Su corazón empezó a latir con fuerza.

Entonces, como un eco que resonara en todas partes, escuchó la inolvidable voz de la señora

Cuál:

—Áúuunnn nooo teee heee daaadooo miii doonnn. Túuu tiiieenesss alllgooo queee EEELLOOO nooo tieeenee. Esssteee aaalllgooo esss tuuu úuuniicaaa arrmmaaa. Perrrooo deeeebsss deeeesscubrrrrirlooo porrr tiii misssmaa —entonces la voz cesó, y Meg supo que estaba sola.

Caminó lentamente por la colina con su corazón latiendo dolorosamente contra sus costillas. Debajo de donde se encontraba ella estaba la misma hilera de casas idénticas que habían visto antes, y más allá de éstas, los edificios lineales de la ciudad. Caminó por la silenciosa calle. Estaba oscuro y la calle desierta. No había niños jugando a la pelota o saltando la cuerda. Ninguna madre junto a las puertas. Ningún padre regresando del trabajo. En la misma ventana de cada casa había una luz, y a medida que Meg bajaba por la calle todas las luces se apagaban simultáneamente. ¿Era provocado por su presencia, o simplemente porque ya era la hora de apagar las luces?

Se sentía más atontada que presa de la rabia o la decepción o incluso el miedo. Iba dando un paso delante del otro con precisa regularidad, sin permitir que su ritmo decayera. Ella no estaba pensando, no estaba planeando nada; simplemente caminaba lentamente pero sin pausa hacia la ciudad y hacia el edificio abovedado donde la esperaba ELLO.

Ahora se acercaba a los edificios de la periferia de la ciudad. En cada uno de ellos había una línea vertical de luz, pero se trataba de una luz tenue e inquietante, no la cálida iluminación de las entradas de las casas de la Tierra. Y no se veían ventanas iluminadas donde alguien se hubiera quedado trabajando hasta tarde, o donde estuvieran limpiando una oficina. Entonces de cada edificio salió un hombre, tal vez vigilantes, y todos ellos comenzaron a recorrer la fachada de su correspondiente edificio. Parecían no verla. O al menos no le prestaron ninguna atención, y ella continuó su camino.

“¿Qué tengo yo que no tenga ELLO?”, pensó de repente. “¿Qué podría ser?”.

Ya estaba a la altura del más imponente de los edificios de negocios. Más líneas verticales de luz mortecina. Las paredes brillaban levemente para arrojar una débil iluminación a las calles. La Central Primordial de Inteligencia estaba delante de ella. ¿Estaría el hombre de los ojos rojos todavía sentado allí? ¿O se le permitiría descansar? Pero no era allí donde debía ir, aunque el hombre de los ojos rojos parecía el perfecto caballero que pretendía ser, comparado con ELLO. Pero él ya no era de ninguna importancia en la búsqueda de Charles Wallace. Ella debía ir directamente hasta ELLO.

“ELLO no está acostumbrado a que le opongan resistencia. Papá dijo que fue lo que le ayudó a resistir, y también a Calvin y a mí. Papá me salvó entonces. Ahora no hay nadie aquí para salvarme. Tengo que hacerlo yo misma. Tengo que resistir por mí misma. ¿Es eso lo que tengo que ELLO no tiene? No, estoy segura de que ELLO puede resistir. Simplemente no está acostumbrado a que otras personas lo hagan.”

La Central Primordial de Inteligencia bloqueaba con su enorme perímetro rectangular el final de la plaza. Ella se dio la vuelta para rodearla, y casi imperceptiblemente sus pasos aminoraron el ritmo.

Ya no estaba lejos de la gran cúpula que albergaba a ELLO.

“Voy por Charles Wallace. Eso es lo que importa. Eso es en lo que tengo que pensar. Me gustaría poder sentirme atontada como lo estaba al principio. ¿Y si ELLO se lo hubiera llevado a otro lugar? ¿Y si ya no estuviera allí?”

“En cualquier caso tengo que ir allí en primer lugar. Es la única manera que puedo averiguarlo.”

Sus pasos se hicieron cada vez más lentos al pasar ante las grandes puertas de bronce y las enormes losas del edificio de la Central Primordial de Inteligencia, y entonces, finalmente, vio delante de ella la extraña y ligera cúpula palpitante de ELLO.

“Papá dijo que era normal que tuviera miedo. Dijo que siguiera adelante y tuviera miedo. Y la señora Quién dijo... No entiendo lo que dijo, pero creo que quiso dar a entender que no debo odiarme y aceptarme como soy. Y la señora Qué dijo que recordara que me quiere. Eso es lo que tengo que pensar. No en tener miedo. Y tampoco en querer ser tan inteligente como ELLO. La señora Qué me quiere. Y eso es algo bastante importante, ser querida por alguien como la señora Qué.”

Ya había llegado.

No importaba lo mucho que sus pies hubieran tardado en llevarla, finalmente ya estaba allí.

Justo delante de ella se encontraba el edificio circular, sus paredes brillantes con una llama purpúrea, su techo plateado palpitando con una luz que a Meg le parecía enfermiza. De nuevo pudo sentir la luz, que no era ni caliente ni fría, pero que se proyectaba para tocarla y tiraba de la niña hacia ELLO.

Hubo una succión repentina y ella se encontró dentro.

Era como si le hubiera arrebatado el aire. Respiraba de forma entrecortada y luchaba por hallar su propio ritmo y desprenderse del ensordecedor pulso de ELLO. Sentía el inexorable ritmo en el interior de su cuerpo, haciéndose dueño de su corazón, de sus pulmones.

Pero no de ella misma. No de Meg. Aún no se había apoderado de ella.

Ella parpadeó rápidamente contra el ritmo hasta que el velo rojo que cubría sus ojos se disipó y pudo ver. Allí estaba el cerebro, allí estaba ELLO, posado en el estrado, palpitante y tembloroso, con su aspecto suave y vulnerable y nauseabundo. Charles Wallace estaba agazapado junto a él, con los ojos que todavía giraban lentamente, con la mandíbula todavía descolgada, como ella lo había visto antes, con un tic en su frente que repetía el repugnante ritmo de ELLO.

Al verlo otra vez sintió como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago, pues tuvo que hacerse consciente de que aunque estaba viendo a Charles, no era el verdadero Charles. ¿Dónde estaba Charles Wallace, su amado Charles Wallace?

“¿Qué es lo que tengo que ELLO no tiene?”

—No tienes nada que ELLO no tenga —dijo Charles Wallace con frialdad—. ¡Cómo me alegra tenerte de vuelta, querida hermana! Te estábamos esperando. Sabíamos que la señora Qué te enviaría. Ella es amiga nuestra, ya lo sabes.

Durante un momento terrible, Meg le creyó, y en ese momento sintió que su cerebro era absorbido por ELLO.

—¡No! —gritó con todas sus fuerzas—. ¡No! ¡Mientes!

Por un momento volvió a estar libre de las garras de ELLO.

“Mientras pueda estar lo suficientemente enojada, no podrá apoderarse de mí. ¿Es eso lo que yo tengo que ELLO no tiene?”

—Tonterías —dijo Charles Wallace—. Tú no tienes nada que ELLO no tenga.

—Mientes —respondió ella, y sólo sentía rabia hacia ese chico que no era en absoluto Charles Wallace. No, no era rabia, era odio; puro y simple odio, y a medida que ella se perdía en el odio también empezaba a perderse en ELLO. El velo rojo cubrió su mirada; su estómago se agitaba a su ritmo. Su cuerpo temblaba con la fuerza de su odio y con la fuerza de ELLO.

Con el último vestigio de conciencia que le quedaba sacudió su mente y su cuerpo. El odio no era nada que ELLO no tuviera. ELLO lo sabía todo acerca del odio.

—¡Mientes sobre eso y mientes sobre la señora Qué! —gritó ella.

—La señora Qué te odia —dijo Charles Wallace.

Y ahí fue donde ELLO cometió su error fatal, puesto que entonces Meg dijo automáticamente: “La señora Qué me quiere; eso es lo que ella me dijo, que me quiere”, de repente ella lo supo.

¡Lo supo!

Amor.

Eso era lo que ella tenía y que no tenía ELLO.

Ella tenía el amor de la señora Qué, y de su padre, y de su madre, y el amor verdadero de Charles Wallace, y de los gemelos, y de la Tía Bestia.

Y también tenía el amor que ella misma sentía por ellos.

Pero ¿cómo podría usarlo? ¿Qué se suponía que debía hacer? Si le diera su amor a ELLO, quizá se marchitaría y moriría, ya que estaba segura de que ELLO no podía soportar el amor. Pero ella, con toda su debilidad y su locura y su bajeza y su insignificancia, era incapaz de amar a ELLO. Tal vez no era demasiado pedir, pero ella no podía hacerlo.

Sin embargo, podía amar a Charles Wallace.

Podía ponerse en pie allí y amar a Charles Wallace.

Su Charles Wallace, el verdadero Charles Wallace, el niño por quien ella había vuelto a Camazotz, a ELLO; el bebé que era mucho más de lo que ella era, y que, a pesar de todo, seguía siendo completamente vulnerable.

Ella podía amar a Charles Wallace.

—Charles. Charles, te quiero. Mi hermano pequeño que siempre cuida de mí. Vuelve conmigo, Charles Wallace, apártate de ELLO, vuelve, vuelve a casa. Te quiero, Charles. Oh, Charles Wallace, te quiero.

Las lágrimas se derramaban por sus mejillas, pero ella no era consciente.

Ahora era incluso capaz de mirarlo, a esa cosa animada que no era su verdadero Charles Wallace. Ella era capaz de mirarlo y amarlo.

—Te quiero. Charles Wallace, eres mi querido y adorado hermano, y la luz de mi vida y el tesoro de mi corazón. Te quiero. Te quiero. Te quiero.

Poco a poco su boca se cerró y sus ojos dejaron de dar vueltas. El tic de la frente cesó su cargante ritmo. Lentamente él avanzaba hacia ella.

—¡Te quiero! —gritó ella—. ¡Te quiero, Charles! ¡Te quiero!

Entonces, de repente, él corrió y se arrojó a sus brazos gritando entre sollozos:

—¡Meg! ¡Meg! ¡Meg!

—¡Te quiero, Charles! —ella gritó de nuevo y sus sollozos eran tan fuertes como los suyos, sus lágrimas se mezclaron con las de él—. ¡Te quiero! ¡Te quiero! ¡Te quiero!

Un torbellino de oscuridad. Una ráfaga helada. Un violento aullido de resentimiento que a ella parecía desgarrarle. La oscuridad de nuevo. A través de la oscuridad, sintió la presencia de la señora Qué, que venía a rescatarla, por lo que sabía que no podía ser ELLO quien ahora la tenía entre sus garras.

Y después la sensación de la tierra bajo sus pies, de algo que llevaba en sus brazos y de ella cayendo rendida al dulce perfume de la tierra en otoño, y Charles Wallace que le gritaba:

—¡Meg! ¡Oh, Meg!

Ahora ella lo abrazaba con todas sus fuerzas, y los bracitos del niño se estrechaban con fuerza a su cuello.

—¡Meg, me has salvado! ¡Me has salvado! —decía una y otra vez.

—Meg —oyó decir, y allí estaban su padre y Calvin corriendo hacia ellos a través de la oscuridad.

Sin soltar a Charles trataba de ponerse de pie y mirar a su alrededor:

—¡Papá! ¡Cal! ¿Dónde estamos?

Charles Wallace, agarrado a su mano con fuerza, también miraba a su alrededor, y de pronto se echó a reír, con su propia, dulce y contagiosa risa.

—¡En el huerto de los gemelos! ¡Y hemos aterrizado encima del brócoli!

Meg se echó a reír también, al tiempo que trataba de abrazar a su padre y a Calvin, sin dejar a Charles Wallace ni siquiera un segundo.

—¡Meg, lo conseguiste! —gritó Calvin—. ¡Salvaste a Charles!

—Estoy muy orgullosa de ti, hija mía —el señor Murry la besó profundamente, luego se volvió hacia la casa—. Ahora tengo que ver a tu madre —Meg notó que estaba tratando de controlar su ansiedad e impaciencia.

—¡Mira! —ella señaló en dirección a la casa, y allí se encontraban los gemelos y la señora Murry que caminaban hacia donde estaban ellos, a través de la hierba alta y húmeda.

—Mañana a primera hora tengo que conseguir unas gafas nuevas —dijo el señor Murry, entrecerrando los ojos a la luz de la luna, y corriendo luego hacia su esposa.

La voz de Dennys llegó airadamente sobre el césped:

—¡Eh, Meg, es hora de ir a la cama!

Sandy gritó de repente:

—¡Papá!

El señor Murry corrió por el césped y la señora Murry corrió hacia él hasta que estuvieron el uno en los brazos del otro, y después hubo un tremendo y alegre revoltijo de brazos y piernas y muestras de afecto entre el matrimonio Murry y Meg y Charles Wallace y los gemelos. Calvin sonreía junto a ellos hasta que Meg extendió su abrazo y lo acercó hacia ellos y la señora Murry le dio un abrazo especial. Hablaban y reían todos a la vez cuando fueron sorprendidos por un

estrépito, y Fortinbras, que no podía soportar perderse esa felicidad ni un segundo más, catapultó su elegante cuerpo negro justo a través de la tela metálica de la puerta de la cocina. Corrió por el césped para unirse a la alegría, y casi los hizo caer a todos al suelo con la exuberancia de su saludo.

Meg estaba segura de que la señora Qué, la señora Quién y la señora Cuál debían encontrarse cerca, porque sintió a través de ella una inundación de alegría y de amor que era aún más grande y profunda que la alegría y el amor que ya había allí.

Ella dejó de reír y escuchó, y Charles también prestó atención:

—¡Escuchen!

Luego hubo un zumbido y la señora Qué, la señora Quién y la señora Cuál aparecieron de pie frente a ellos, y la alegría y el amor fueron tan tangibles que Meg sintió que si ella supiera dónde extender su brazo podría haberlos tocado con las manos.

La señora Qué dijo sin aliento:

—Oh, queridos míos, lo siento pero no tenemos tiempo para despedirnos de ustedes como es debido. La cuestión es que tenemos que...

Pero ellos nunca supieron qué era lo que la señora Qué, la señora Quién y la señora Cuál tenían que hacer, pues una ráfaga de viento llegó y las tres desaparecieron.



* Corintios 1:25.

*Una nueva visión
de Una arruga en el tiempo*
(fragmento inédito)



Temerosa de formular la pregunta que realmente estaba pensando, Meg dijo:

—Pero papá, ¿cómo pudo la Cosa Negra...? ¿Cómo pudo adueñarse de Camazotz?

Si el señor Murry, que todavía seguía masajeando firmemente los miembros de Meg, sabía lo que ella estaba pensando sobre la rendida Camazotz en relación con su propia Tierra en sombras, no dio ninguna indicación al respecto. Él respondió:

—Bueno, Megatrona, si crees que tal vez el cerebro llegó y simplemente se apoderó de todas las mentes de Camazotz, que ELLO y la Cosa Negra son una misma cosa, no creo que se trate de algo tan simple.

—Bueno, ¿entonces qué sucedió?

—Bien, en primer lugar, estoy seguro de que debe haber sido un proceso largo y lento, que tuvo lugar a lo largo de no sólo miles, sino de millones de siglos. Y que éste fue uno de los muchos finales posibles.

—Pero ¿cómo?

—Bueno, supongo que por el resultado lógico de dos cosas. Del completo totalitarismo en ciertos países...

—¿Qué es el totalitarismo?

Calvin había vuelto y estaba de pie con una pila de madera en sus brazos. El señor Murry lo miró, y Calvin dijo:

—Es como Rusia bajo el dominio de Kruschev. O Alemania con Hitler. Países que se encuentran bajo el dominio de dictaduras: Franco, Mussolini, Castro, Mao...

—Bueno, entonces, ¿qué pasa con países como... como el nuestro? —preguntó Meg—. ¿Aquellos que no se encuentran sometidos por las dictaduras? ¿Las democracias?

El señor Murry suspiró. Alzó a Meg en sus brazos diciendo con mucho cuidado:

—Creo que te llevaremos de vuelta al borde del bosque antes de encender el fuego. Estarás un poco más segura allí —entonces respondió la pregunta—: es la consecuencia lógica de disponer de demasiada prosperidad. O por decirlo de otro modo, es el resultado de un deseo de seguridad demasiado fuerte.

Aunque Meg todavía no podía mover los brazos ni las piernas, ya no estaba asustada al

descansar en los brazos de su padre, y él la llevó con ternura hacia el bosque. En ese momento se sentía completamente segura y protegida, y era el sentimiento más hermoso del mundo. Así que ella le dijo:

—Pero papá, ¿qué hay de malo con la seguridad? A todo el mundo le gusta estar cómodo y seguro.

—Sí —respondió el señor Murry con gravedad—. La seguridad es una cosa de lo más seductora.

—Pero..., pero yo quiero estar segura, papá. Detesto la sensación de inseguridad.

—Sin embargo, no amas la seguridad lo suficiente para permitir que tu vida sea guiada por ella, Meg. No pensaste en la seguridad cuando viniste a rescatarme con la señora Quién, la señora Qué y la señora Cuál.

—Pero yo no tuve nada que ver con eso —protestó Meg—. No demostré valentía ni nada por el estilo. Ellas me llevaron.

Calvin, que iba caminando junto a ellos con la madera, dijo, sonriendo cálidamente a Meg:

—Sí, pero cuando llegamos aquí, no estuviste lloriqueando o pidiendo regresar a casa donde podrías haber estado cómoda y segura. Estuviste gritando: ¿dónde está papá? ¡Llévenme con papá! Nunca pensaste en estar segura.

—Oh —dijo Meg—. Oh —ella meditó un momento más—. Pero todavía no entiendo por qué la seguridad no es buena. ¿Por qué, papá?

—He llegado a la conclusión —dijo el señor Murry lentamente— de que se trata del mayor mal que existe. ¿Supón que tu tatarabuela y todas las personas de su generación se hubieran preocupado por la seguridad? Nunca habrían atravesado las tierras en aquellos endeble carromatos de madera. Nuestro país ha sido más grandioso cuando ha estado más inseguro. Este anhelo enfermo por la seguridad es una cosa peligrosa, Meg, tan insidioso como el estroncio 90 de nuestras explosiones nucleares que tanto te preocupaban que pudieran tener efectos sobre Charles Wallace, cuando leíste en tu libro de ciencia que había sido hallado en grandes cantidades en la leche. Uno no puede ver el estroncio 90. No puede sentirse ni tocarse, pero está ahí. De la misma forma tenemos la temerosa búsqueda por la conformidad, por la seguridad. Quizá sea por culpa de la Cosa Negra, Meg. Quizás esta ansiedad por la seguridad sea el germen de una enfermedad que ha sido sembrado en nuestra tierra. No lo sé, Meg. Todo de lo que soy consciente ahora es que mi lucha es mucho mayor que la que hemos librado en Camazotz —habían llegado ya al bosque, y dejó suavemente a la niña al pie de un gran roble—. Ahora encenderemos un fuego para que te calientes —dijo él—. Aquí no hay maleza. Creo que no habrá peligro. ¿Puedes moverte ya?

Meg se dio cuenta de que apenas podía levantar el brazo unos pocos centímetros.

—¿Lo ves? Pero ya estoy mejor —dijo ella—. A cada momento que pasa siento que puedo moverme un poquito más.

El señor Murry la miró con gravedad, pero se dio la vuelta...





Foto: © Sigrid Estrada

Madeline L'Engle fue una escritora estadounidense, nacida en Nueva York en 1918 y fallecida en Litchfield, Connecticut, el 6 de septiembre de 2007. Es una de las más célebres representantes de la novela fantástica, la ciencia ficción y la literatura juvenil del siglo XX.

Sus primeros pasos dentro del terreno de la literatura de creación estuvieron orientados hacia el público adulto, pero pronto advirtió que las mentalidades de los jóvenes estaban más abiertas a las novedades y dificultades que sus escritos podían proponer, por lo que escribió *Una arruga en el tiempo*. Esta famosa novela que constituyó la primera entrega de lo que más tarde se conocería como el Quinteto del Tiempo, fue tan exitosa que mereció el premio Newbery Medal (1963), fue finalista del premio Hans Christian Andersen (1964), y en 1965 fue reconocida con el Sequoyah Award y el Lewis Carroll Shelf Award.

Además del mencionado Quinteto del Tiempo, Madeleine L'Engle escribió otra serie de novelas que le reportaron gran reconocimiento entre los seguidores de la literatura juvenil, entre las que destacan la serie de la familia Austin, y su popular novela *Camila*, recientemente adaptada al cine.

madeleinelengle.com

UNA ARRUGA EN EL TIEMPO

Título original: *A Wrinkle in Time*

© 1962, Crosswicks, Ltd.

Se reproduce el texto Una nueva visión de *Una arruga en el tiempo* (fragmento inédito), según licencia de los herederos de Madeleine L'Engle.

Traducción: José Manuel Moreno Cidoncha

Imagen de portada: © Dieter Wiesmüller

Adaptación de portada: Bogart Tirado

D.R. © 2016, Editorial Océano, S.L.
Milanesat 21-23, Edificio Océano
08017 Barcelona, España
www.oceano.com

D.R. © 2016, Editorial Océano de México, S.A. de C.V.
Eugenio Sue 55, Col. Polanco Chapultepec
Del. Miguel Hidalgo, C.P. 11560, México, D.F.
www.oceano.mx
www.grantravesia.com

Primera edición en libro electrónico: mayo, 2016

eISBN: 978-607-735-870-1

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo y por escrito del editor.

Libro convertido a ePub por:
Mutãre, Procesos Editoriales y de Comunicación

OCEANO



GRANTRAVESÍA



www.oceano.mx



GRANTRAVESÍA

www.grantravesia.com



www.facebook.com/oceanograntravesia



www.twitter.com/oceanoGTravesia



www.youtube.com/user/oceanotravesia



www.instagram.com/grantravesia

Índice



Portada

Página de título

Dedicatoria

La capacidad de arrugar el tiempo

La señora Qué

La señora Quién

La señora Cuál

La Cosa Negra

El tesseracto

La Médium feliz

El hombre de los ojos rojos

La columna transparente

ELLO

Cero absoluto

La Tía Bestia

Los locos tontos y los débiles

Una nueva visión de *Una arruga en el tiempo*

(fragmento inédito)

Datos de la autora

Página de créditos